Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime

Immanuel Kant

edición bilingüe alemán-español







FILOSOFÍA

La Biblioteca Immanuel Kant es una iniciativa académica y editorial de la la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Nacional Autónoma de México y el Fondo de Cultura Económica. Esta colección ofrece versiones críticas bilingües de las principales obras del gran filósofo alemán, así como estudios que contribuyen a la mejor interpretación y difusión de su pensamiento.

Los volúmenes incluyen amplios ensayos introductorios redactados por especialistas y están complementados por notas de comentario al texto, tablas cronológicas, tablas de correspondencias de términos e índices analíticos y temáticos.

Durante más de dos siglos las obras de Kant han sido objeto de numerosas ediciones, traducciones e interpretaciones. La Biblioteca Immanuel Kant no ignora esos antecedentes; al contrario, los toma en cuenta para procesarlos conforme a criterios académicos y proporcionar al lector versiones actualizadas que se apoyan en un sólido aparato crítico. Se aspira a esclarecer al máximo posible lo que Kant realmente expresó y, así, facilitar a las personas interesadas el acceso a uno de los sistemas filosóficos más importantes y profundos de todos los tiempos.

A fin de garantizar la calidad académica necesaria, esta colección cuenta con un comité especializado de docentes e investigadores; sin embargo, el impulso

continúa en la otra solapa



Agradecemos al Kant Archiv de la Phillips Universität de Marburgo por el respaldo académico brindado a este proyecto.

Primera edición, 2004
Primera reimpresión, 2011

Kant, Immanuel
Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime/Immanuel Kant. – Traducción, estudio introductorio, notas e índice analítico de Dulce María Granja Castro; revisión técnica de traducción de Peter Storandt. – México : FCE : UAM : UNAM, 2004
264 p. ; 16 × 22 cm – (Colec. Biblioteca Immanuel Kant)
ISBN 970-32-1496-7 (UNAM)
ISBN 978-968-16-7225-6 (FCE)

1. Estética – Obras anteriores a 1800 – 2. Arte – Filosofía

BH183.K318 Dewey 111.85 KAN

Distribución mundial

ISBN FCE: 978-968-16-7225-6
ISBN UNAM: 970-32-1496-7

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Estudio preliminar

para Guillermo José
con todo mi amor maternal

Estilo y carácter de la obra

Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime es un ensayo que ve la luz en 1764 y que revela, junto con los *Sueños de un visionario,* lo mejor del empeño del filósofo de Königsberg como estilista literario. A juzgar por el éxito de la obra, podría decirse que el esfuerzo del autor fue inmejorable pues el libro se publicó ocho veces durante su vida. El humor y la ironía son empleados oportuna y elegantemente en las páginas fáciles y entretenidas de esta obra, casi más literaria que filosófica, que, a juicio de los reseñadores del momento, "debería estar no sólo en el estudio de los eruditos sino también en los tocadores de las damas".[1] En efecto, las *Observaciones* pertenecen al "estilo popular", al igual que un par de obras muy cercanas a la que ahora nos ocupa, el *Ensayo sobre las enfermedades*

[1] Así se expresaba Ludwig Ernst Borowski (1740-1831), discípulo y amigo personal del filósofo que escribió en 1792 una de sus biografías más importantes. Dicha biografía fue autorizada y revisada detalladamente por el propio Kant, si bien no se publicó hasta 1804. En ese año, pocos meses después de la muerte de Kant, vieron la luz en Königsberg simultáneamente las tres biografías más importantes que, junto con su correspondencia personal, constituyen el manantial más completo de datos fidedignos que poseemos sobre la personalidad y la vida del pensador prusiano. Casualmente, los tres biógrafos fueron todos pastores protestantes: Reinhold Bernhard Jachmann, Ludwig Ernst Borowski y Ehregott Andreas Christoph Wasianski. Los tres habían conocido a Kant personalmente: fueron alumnos y/o amigos suyos, pasearon y conversaron con él, compartieron su mesa e incluso, especialmente Wasianski, lo asistieron en los últimos días de su vida, cuando Kant prácticamente no podía valerse por sí mismo. Las tres biografías fueron editadas por Nicolovius y llevaban el título genérico *Über Immanuel Kant*, pero cada uno de esos tres trabajos tiene un título específico. Es de llamar la atención que cuando Kant revisó el manuscrito de Borowski no censuró aquella expresión referente a las *Observaciones*; *cfr.* L. E. Borowski, *Darstellung des Lebens und Charakters Immanuel Kants. Von Kant selbst genau revidiert und berichtigt*, Königsberg, 1804 (existe una traducción al español de la biografía de Kant por Borowski; *vid. Relato de la vida y carácter de Immanuel Kant*, estudio preliminar, notas y traducción de Agustín González Ruiz, Madrid, Tecnos, 1993).

de la cabeza[2] y los *Sueños de un visionario*,[3] así como aquella otra de los años de madurez, la *Antropología desde un punto de vista pragmático*,[4] tan afín en varios aspectos al libro que tenemos en las manos.

En este punto parece oportuno hacer una precisión: durante la segunda mitad del siglo XVIII encontramos en lengua alemana dos tipos de escritura filosófica que podrían quedar personificados, respectivamente, por las figuras de Moses Mendelssohn y Christian Wolff. "El estilo es el hombre mismo", dice el bello aforismo del conde de Buffon[5] y, como veremos a continuación, éste se aplica aquí con exactitud, pues el estilo de las obras y la vida de los pensadores emblemáticos de esos dos tipos de escritura filosófica están en total correspondencia. Así, considero que es oportuno detenerse un poco en este par de pensadores a fin de representarnos con cierto detalle el panorama literario en que aparecen las *Observaciones* y previendo que más adelante necesitaremos remitirnos nuevamente a ambos.

En primer término tenemos el "estilo popular", *i.e.* la escritura novedosa, ágil y de vivos colores, más en consonancia con la mentalidad de las jóvenes generaciones, no ajena a los modelos ingleses y franceses y cuya figura más representativa es Moses Mendelssohn, quien nació en Dessau el 26 de septiembre de 1729 y murió en Berlín el 4 de enero de 1786; era hijo de un humilde maestro de escuela judío y desde muy niño su padre le enseñó el hebreo y lo educó en los preceptos del Talmud, la Biblia y las obras de Maimónides. Sus tempranos estudios determinaron en él una especie

[2] *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, publicado en cinco entregas en la revista *Königsbergsche Gelehrte und Politische Zeitung* (Diario erudito y político de Königsberg), núms. 4-8, del 13 al 27 de febrero de 1764. La bibliografía sobre las varias traducciones existentes de numerosas obras de Kant puede consultarse en D. M. Granja, *Kant en español*, México, UNAM, 1997.

[3] *Träume eines Geistersehers erläutert durch Träume der Metaphysik*, Königsberg, Johann Jacob Kanter, 1766.

[4] *Antropologie in pragmatischer Hinsicht*, Königsberg, F. Nicolovius, 1798.

[5] Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), su famoso aforismo "le style est l'homme même" corresponde al breve e impecable discurso intitulado *Sobre el estilo*, que pronunciara en 1753 con motivo de su recepción en la Academia Francesa.

de afección nerviosa de la que nunca se recuperó totalmente; a los catorce años, a pesar de la oposición de su familia, marchó a Berlín en donde, no obstante que vivía casi en la miseria, aprendió en poco tiempo el latín, el alemán erudito, el francés, el inglés, matemáticas y filosofía. Su precaria situación económica mejoró al entablar relación con un rico judío fabricante de sedas llamado Isaac Bernhard, quien lo nombró en 1750 preceptor de sus hijos, posteriormente tenedor de los libros de su empresa y finalmente socio en la fabricación de sedas. Todo esto permitió a Mendelssohn tomar estado y establecer su casa propia en 1762. Aunque Mendelssohn nunca siguió una carrera académica y es considerado un "filósofo popular de la Ilustración alemana", adquirió por sí sólo formación filosófica estudiando a fondo especialmente las obras de Spinoza, Locke, Shaftesbury, Leibniz, Wolff y Baumgarten. Su gran afición literaria fue fruto de su íntima amistad con Lessing, a quien conoció en 1754 y en cuya colaboración escribió el libro *Pope, ein Metaphysiker* (Pope, un metafísico), Danzig, 1755, para optar por el premio ofrecido por la Academia de Berlín. Las relaciones entabladas con Lessing desde ese entonces no se interrumpieron jamás y los escritores tomaron poco a poco profunda comunidad y amistad espiritual íntima; basta señalar que fue Lessing quien entregó a la imprenta, en 1755, el primer libro de Mendelssohn: *Philosophische Gespräche* (Diálogos filosóficos). A éste siguió, también en 1755, *Briefe über die Empfindungen* (Cartas sobre las sensaciones); en 1757 apareció *Betrachtungen über die Quellen und die Verbindungen der schönen Künste und Wissenschaften* (Consideraciones sobre las fuentes y las relaciones entre las bellas artes y las ciencias), escrito para la revista *Bibliothek der Schönen Wissenschaften und Freien Künste* (Biblioteca de las ciencias de lo bello y de las artes libres) que el librero Friedrich Nicolai había fundado recientemente. En 1758 Mendelssohn publica una pequeña obra titulada *Betrachtungen über das Erhabene und Naive in den schönen Wissenschaften* (Consideraciones sobre lo sublime y lo ingenuo en las ciencias de lo bello). En estas obras

Mendelssohn, siguiendo a Shaftesbury, propone una clasificación de las facultades del alma en pensamiento, voluntad y sensibilidad; esta última es considerada una facultad especial por medio de la cual el alma capta las cualidades estéticas y se relaciona con el conocimiento de los principios morales. La substancia del pensamiento de Mendelssohn es la filosofía de Leibniz, en particular la doctrina de la armonía preestablecida que, por otra parte, Mendelssohn considera hallarse desde Spinoza. Mendelssohn se interesó señaladamente por probar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. En el campo de la filosofía de la religión Mendelssohn expuso sus ideas en *Abhandlung über die Evidenz in den metaphysischen Wissenschaften* (Sobre la evidencia en las ciencias metafísicas), obra que obtuvo en 1763 el primer premio en el concurso abierto por la Academia de Berlín, en el que también había concursado Kant con sus *Untersuchungen über die Deutlichkeit der Grundsätze der natürlichen Theologie und der Moral* (Investigación sobre la nitidez de los principios de la teología natural y de la moral); Mendelssohn publicó otras dos obras relevantes en este campo de la filosofía de la religión: primeramente, en 1767, *Phaedon oder über die Unsterblichkeit der Seele in drei Gesprächen* (Fedón o sobre la inmortalidad del alma en tres diálogos), su obra más leída, considerada como la más célebre y en la que revela lo mejor de su madurez de juicio; posteriormente, en 1785, publicó *Morgenstunde oder Vorlesungen über das Dasein Gottes* (Horas matinales o lecciones sobre la existencia de Dios). Mendelssohn contribuyó en buena medida a la difusión del deísmo gracias a su gran entusiasmo, su argumentación clara y su estilo fácil y elegante. Su intervención también jugó un papel importante en la muy famosa "polémica del panteísmo"; señalemos brevemente el papel que Mendelssohn desempeñó en ella. Personalmente Mendelssohn estaba adherido al judaísmo confesional y rechazó rotundamente todo intento de conversión; el monoteísmo propio de su religión estaba tan arraigado en él y su repugnancia por el panteísmo y el ateísmo era tan decidida que le costaron la vida. En efecto, cuando en 1785 F. H. Jacobi publicó su libro titulado

Briefe an Moses Mendelssohn über die Lehre des Spinoza (Cartas a Moses Mendelssohn sobre la doctrina de Spinoza) en el cual Jacobi acusaba a Lessing de ser un panteísta seguidor de Spinoza, Mendelssohn se sintió tan indignado por considerar que la memoria de su gran amigo se veía deshonrada que, a fin de restituir el buen nombre de Lessing y defender su memoria combatiendo esa acusación, decidió emprender inmediatamente la preparación del libro titulado *Moses Mendelssohn an die Freunde Lessings* (Moses Mendelssohn a los amigos de Lessing), sin embargo no logró verlo publicado pues murió poco después de haberlo concluido, cuando el libro aún estaba en la imprenta.

En segundo término tenemos la escritura tradicional, erudita y académica, árida y rigurosa, destinada al estudio y no al esparcimiento, y cuyo representante más sobresaliente es el ilustre Christian Wolff, el más grande de todos los filósofos dogmáticos. Wolff nació en Breslau el 24 de enero de 1679 y murió en Halle el 9 de abril de 1754. Su padre, un modesto curtidor, pronto se percató de las extraordinarias dotes de su hijo, por lo que facilitó sus estudios, primeramente en filosofía y posteriormente en teología. Debido a las muchas disputas y discrepancias de sus maestros, pues a la sazón la Silesia protestante estaba en dura lucha contra el catolicismo que algunos profesores trataban de reinstaurar en ese país, el joven Wolff se marchó a Jena en 1699 en busca de una formación científica más sólida. Ahí pudo aprender la filosofía de Descartes, Spinoza y Leibniz y aprovechó para estudiar matemáticas y física. También entabló amistad con Leibniz. Con la intención de graduarse, Wolff partió a Leipzig en 1702; un año más tarde era nombrado *Privatdozent* de la universidad y poco tiempo después fue admitido en la Facultad de Filosofía como profesor adjunto. Por recomendación de Leibniz, en 1707 le fueron otorgadas las cátedras de matemáticas y física en la Universidad de Halle. Su método de enseñanza, su claridad y el acierto con el que exponía sus lecciones le dieron pronto gran numero de discípulos y oyentes. Con éxito cada vez mayor, su incesante labor de cátedra se extendió a la filosofía y otras dis-

ciplinas científicas y empezó a publicar sus primeros frutos. Estas publicaciones fueron obras destinadas a apoyar su labor docente, como tratados y monografías. Recelosos, los profesores pietistas de la Facultad de Teología vieron en el nuevo maestro un enemigo que minaba los fundamentos de la fe y lo acusaron de favorecer la irreligiosidad y la inmoralidad así como de defender doctrinas que conducían al ateísmo y al fatalismo. La comisión nombrada para dictaminar este caso se manifestó favorable a Wolff, pero entonces los acusadores se dirigieron al rey Federico Guillermo a quien convencieron fácilmente de los cargos que le hacían al célebre maestro. En un edicto del monarca, el 8 de noviembre de 1723 se despojaba a Wolff de su cátedra, se le ordenaba abandonar la ciudad de Halle en un plazo de veinticuatro horas, bajo pena de horca, y el territorio prusiano en dos días y se castigaba la divulgación de su sistema o sus escritos con cadena perpetua. Wolff marchó a la Universidad de Marburgo, donde se le había ofrecido una cátedra. El proceso en contra de Wolff siguió su curso y en 1736 se resolvió definitivamente a su favor, por lo cual el rey lo invitó a volver a Halle en condiciones muy ventajosas, que el filósofo rechazó. No fue sino hasta 1740 cuando regresó a Halle a raíz de que el nuevo monarca, Federico II, en uno de sus primeros actos de gobierno lo nombró su consejero privado, le dio el cargo de vicecanciller de la universidad y le otorgó la cátedra de derecho natural y político en la misma. En 1743 Wolff fue nombrado canciller y en 1745 elevado a la dignidad de barón. Desde 1711, Wolff fue miembro de la Academia de Ciencias de Berlín y desde 1710 de la Sociedad Real de Londres. También perteneció a la Academia de Ciencias de París y a la de San Petersburgo. La obra de Wolff es copiosísima, fue escrita en latín y en alemán y puede clasificarse en tres grandes grupos: 1° obras monográficas referentes a la filosofía y a las matemáticas; 2° tratados destinados a la enseñanza, tanto de la filosofía como de las matemáticas; 3° escritos breves de cuestiones científicas varias. El célebre profesor de la Universidad de Halle expuso sus ideas con la sequedad y precisión de un erudito e inició la costumbre de emplear el idioma nacio-

nal, y no sólo el latín, en las especulaciones científicas. Fijó la terminología filosófica alemana y contribuyó enormemente a enriquecer el léxico general de la filosofía. Además, dio al pensamiento filosófico un tono de seriedad y profundidad haciendo que la labor filosófica se caracterizara por el rigor en su estructuración sistemática y por el método científico apropiado para obtener deducciones y conclusiones necesarias y universalmente válidas. La severidad del estilo de este célebre maestro de toda una generación se podría ilustrar muy bien con la siguiente cita: "Aquellos que dan lugar al estilo literario y prefieren las formas oratorias y poéticas al método filosófico demostrativo, pervierten e impiden el uso del entendimiento".[6]

Es bien sabido que Kant abordó no pocos de los problemas más arduos de la historia de la filosofía en los campos especulativo y práctico. Sin embargo, es menos sabido que el gran pensador de Königsberg también abordó problemas menos difíciles de manera elegante y afortunada, con un estilo ágil y popular. Una de sus obras más accesibles y entretenidas es precisamente ésta sobre los sentimientos de lo bello y lo sublime. Sobre lo bello se discutía y se discute en salones y cafés: ¿lo bello es subjetivo o es objetivo?, ¿es bello aquello que es bello o aquello que place? Sin duda lo bello está ligado al sentimiento de placer, mientras que lo sublime está ligado al temor, a lo terrible, a la angustia. Lo bello inspira amor, lo sublime inspira respeto; lo bello atrae, lo sublime conmueve. Kant fue, por así decirlo, un filósofo ambidiestro que cultivó los dos estilos que hemos descrito y que escribió tanto con la tinta de vivos colores como con aquella otra de tonalidad más austera. Si las tres *Críticas* son un ejemplo eximio del estilo académico propio de un *magister*, la obra que tenemos en las manos nos revelará a un Kant de sociedad que escribe, como muchos de sus colegas, amena y pintorescamente, eximiéndose de principios teóricos y de argumentaciones, y que se dirige a un vasto público abordando los temas de interés para las nuevas generaciones.

[6] Christian Wolff, *Philosophia moralis sive Ethica*, 1, §131.

Suele pensarse que las obras pertenecientes al "estilo popular" corresponden a un Kant menor. Yo no lo juzgo así y trataré de mostrarlo, por lo menos en lo que respecta a las *Observaciones.* Esta obra reclama especial interés por varios motivos. Es una obra que nos informa de manera insustituible sobre un momento de la preparación y de la evolución filosófica de Kant, además de ilustrarnos sobre aspectos importantes de su personalidad y sus costumbres. Considero que en sus escritos de juventud Kant nos ofrece las obras más frescas, originales y fecundas, de modo que sería muy conveniente estudiar más a fondo la influencia que tuvieron sobre su pensamiento sucesivo. Tanto por lo que anticipan como por aquello que aún no presentan, permiten entender mejor lo que será el futuro pensamiento definitivo de Kant. En efecto, el conocedor encontrará en este pequeño tratado los antecedentes de no pocos de los problemas centrales de la moral abordados en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* de 1785 y en la *Crítica de la razón práctica* de 1788, así como algunos de los principales temas de la estética de la *Crítica de la facultad de juzgar* de 1790. Sin exagerar, se podría decir que quien ignore estas páginas, quizá las más fáciles y parecidas a una amena charla de sobremesa, no comprenderá enteramente el sentido de algunos conceptos definitivos de la moral y de la estética de las obras de madurez, no tendrá más que el significado en abstracto, no entenderá el sentido particular.

Estamos frente a un Kant de sociedad, que quiere distinguirse del Kant académico y que se exime de argumentaciones, todo lo contrario de su práctica simultánea como *magister.* Kant fue, desde su juventud, un pensador de mente abierta: atento a toda corriente, nunca minimizaba ninguna doctrina y sometía a cuidadoso escrutinio todo argumento. Además, Kant no fue amigo de la polémica y la refutación: sabía defender sus ideas, pero no pretendía imponerlas ni ganar adeptos; no le interesaba entrar en disputas y su crítica frente a otras posiciones filosóficas fue siempre generosa y benevolente. Durante la década de 1760 Kant examinaba las doctrinas y los conceptos de los filósofos célebres, los temas y los términos de

sus maestros y principales colegas, decidido a dilucidarlos y enriquecerlos. Sus escritos de ese periodo manifiestan una mente que piensa y juzga por sí misma y que no acepta una doctrina por el solo peso de la autoridad o la reputación. Sin embargo, en las *Observaciones* todo se mantiene en el ambiente de un amable juego que deleita a la sociedad de su tiempo. Ciertamente no faltan los puntos polémicos ni los trazos mordaces, pero éstos se desarrollan siempre en el nivel de la conversación y no se apela a principios teóricos. En esta obra Kant escribe contra las convenciones, contra los prejuicios, contra los fanatismos religiosos, etc. Son todos ellos temas que encierran una fuerte carga teórica a la cual, sin embargo, Kant no hace alusión. La constante actitud crítica propia de la Ilustración se halla bien expresada en su combate a los prejuicios y la ignorancia. Sin embargo, existía en el siglo XVIII como problema de la época el enorme prejuicio respecto a la inferioridad de la raza negra. Si bien Kant no fue impermeable a su momento, veremos en este ensayo que dicho prejuicio no fue en él tan grave como en el caso de otro gran ilustrado: David Hume. Quizá este hecho pueda hacernos ver, a más de dos siglos de distancia, que efectivamente hay progreso en el conocimiento y el pensar, por más que esto sea lento y penoso; hoy tal prejuicio está superado por lo menos en las legislaciones positivas de la mayoría de los Estados. El especialista encontrará en estas páginas una serie de importantes nociones filosóficas del siglo XVIII. La revisión que Kant hace de ellas consistirá más bien en dilucidar y penetrar tesis ya establecidas, modificándolas y enriqueciéndolas. La novedad está en la perspectiva con la que Kant las enfoca y genera una nueva antropología casi más literaria que filosófica, digamos coloquial, que es sin duda el antecedente de su *Antropología desde un punto de vista pragmático* de 1798.

En este tratado Kant hará, en alguna medida, una refutación tácita de algunos conceptos sobre lo bello y lo sublime de las doctrinas en boga. En efecto, al inicio del tratado Kant declara que tratará las cuestiones más bien con los ojos del observador que con los ojos del filósofo. Considero que

este silencio que guardará Kant como filósofo puede interpretarse como una elemental toma de posición: una suspensión del juicio, una posición de reserva especulativa frente a una rica temática que le ofrece no pocas sugerencias. Kant usa conceptos que le vienen de esas doctrinas en boga, pero como ignorándolos y sin pronunciarse, resguardado por el carácter no académico de su discurso. Veremos un poco más adelante que por más que este ensayo no pretende ser argumentativo, conserva la estructura de una demostración. Finalmente, considero que la afable sociabilidad de Kant encerraba una constante curiosidad antropológica y ésta un profundo interés moral. Así, tras de estas páginas, a primera vista fáciles y entretenidas, hay, como veremos, una temática y una elaboración llenas de seriedad, incluso de gravedad.

La época y el contexto de las Observaciones *en el conjunto de la obra kantiana*

Kant es mayormente conocido por tres grandes obras que tienen en común la palabra *crítica* en sus títulos: *Crítica de la razón pura* (1781), *Crítica de la razón práctica* (1788) y *Crítica de la facultad de juzgar* (1790). Por ello, el pensamiento contenido en esos libros frecuentemente se designa como "filosofía crítica", en tanto que los tratados aparecidos antes de que la primera *Crítica* viera la luz se consideran como "obras precríticas". Desde los veinte años y hasta los treinta y cinco, Kant se había ocupado, casi exclusivamente, de cuestiones de física natural y teórica, había publicado ya diez tratados sobre temas diversos de esta ciencia y empezaba a ocuparse de cuestiones de lógica, metafísica, moral, antropología y educación. Así, al concluir el llamado periodo precrítico había publicado, adicionalmente, doce tratados sobre filosofía, dos sobre antropología y uno sobre educación.[7] El libro que tenemos en las manos es una de las

[7] *Vid.* tabla cronológica al final de este volumen.

obras más representativas del periodo precrítico y puede, quizá como ningún otro, ayudarnos a formar una idea completa del carácter y la personalidad, la vida y la filosofía de su autor. En efecto, tanto los rasgos biográficos de Kant como los aspectos doctrinales de su filosofía, los cuales en muchas ocasiones se presentan entrelazados en las caracterizaciones más conocidas de este pensador, nos ofrecen una descripción de la vida y obra de Kant que suele ser sólo la mitad de la verdad pues se hace hincapié en las grandes obras críticas y se minimizan o se relegan otras obras por considerarlas "menores".

Las *Observaciones* fueron escritas en 1763, cuando Kant contaba treinta y nueve años de edad y corresponden al periodo al que el propio Kant se refería como el de sus "años de magisterio". Esta etapa se caracteriza por una fuerte actividad docente aunada a una franca apertura social y mundana. Fue ésta una época de juventud grata y laboriosa que años más tarde, al ser evocada en el recuerdo, Kant consideró "la más satisfactoria de mi vida".[8] Ciertamente Kant sigue padeciendo en este periodo limitaciones materiales y exceso de trabajo académico, pero su juventud y disponibilidad para adaptarse le permiten superar estos obstáculos. Si lo característico de los años posteriores de la vida de Kant, especialmente los de gestación y exposición de la filosofía crítica, será la concentración de todas sus energías vitales e intelectuales en una meta, en esta etapa, en cambio, Kant se entrega al trato social y a la anchura de la vida. Rink nos informa que durante estos años Kant "pasaba fuera de casa, en compañía de otras personas, buena parte de las tardes y las noches e incluso tomaba parte no pocas veces en los juegos; cuando no estaba convidado, comía fuera de casa, en el restaurante, en una mesa a la que se sentaban también otras personas cultas".[9] Así, Kant no rechaza invitaciones y frecuenta abiertamente los ambientes no académicos, los salones aristocráticos y la mesa

[8] *Cfr.* la carta que Kant envía a Lagarde con fecha del 25 de marzo de 1790.
[9] Friedrich Theodor Rink, *Ansichten aus Immanuel Kants Leben*, Königsberg, 1805, p. 22.

de oficiales y funcionarios. Pero sobre todo, en este periodo Kant inicia un vínculo que perdurará durante toda su vida con algunos comerciantes y hombres de negocios de la colonia inglesa, muy numerosa e influyente en Königsberg, especialmente después de la Guerra de los Siete Años que había sido ganada gracias a la ayuda de Inglaterra.

Kant no sólo era sociable, además tenía en alta estima la amistad; la consideraba por encima del amor pues estaba convencido de que la amistad no sólo implica amor sino que además exige respeto. Kant estaba inclinado, desde su fuero interno, a la amistad auténtica y de hecho mantuvo durante toda su vida una sólida y entrañable amistad con algunos miembros de la colonia inglesa, especialmente con el escocés Joseph Green y con Robert Motherby, el socio de éste. La amistad con ellos ejerció, según comenta Jachmann,[10] un influjo sobre la disposición y el carácter de Kant.

Quizá no sea aventurado decir que había en Kant cierta anglofilia, si es que atendemos al trato con sus amigos ingleses, sus referencias al mundo anglosajón en obras como la *Antropología*, su conocimiento de buena parte de la producción literaria inglesa de ese tiempo: Fielding, Richardson, Swift, Johnson, Boswell, Chesterfield, Harrington, Pope, etc., a los que cita en sus anotaciones manuscritas o reflexiones y, por último, el hecho de que Kant mismo se jactaba de tener antepasados escoceses. De hecho Herder, que había sido discípulo de Kant entre 1762 y 1764, llamaría a su maestro el "Shaftesbury de Alemania".[11] Así pues, esa asidua presencia en los ambientes no académicos se reflejará, sin duda, tanto en el estilo de escritura accesible a un vasto público, a semejanza de los autores anglosajones, como en algunos de los temas centrales de las presentes *Observaciones*. Pronto el *magister* Kant se hizo más conocido por sus escritos de este género –y en primer lugar por las *Observaciones* que examinamos– que por todos sus otros escritos especulativos precedentes.

[10] *Cfr.* Reinhold Bernhard Jachmann, *Immanuel Kant, geschildert in Briefen an einen Freund*, en *Über Immanuel Kant*, Königsberg, 1804.

[11] *Cfr. Herders sämtliche Werke*, ed. de Bernhard Suphan, vol. IV, p. 175.

En esta actitud los factores ambientales y personales confluían con los factores culturales. El encuentro con la sociedad de Königsberg concordaba con el sentido de la *Geselligkeit*, con la *social virtue* o *mutual goodwill*, sostenida por los empiristas ingleses como un rasgo natural primario. Esta experiencia de la sociabilidad que Kant estaba viviendo en concreto en sus diversos aspectos, con todas sus posibilidades y limitaciones, será uno de los temas centrales de las presentes *Observaciones*. Sin embargo, como veremos más adelante, se desenvolverá de una manera tal que lo distingue y lo aleja del curso clásico del empirismo británico.

Por otra parte, esta obra también deja sentir el nuevo estilo personal (existencial) que Rousseau introduce en la literatura filosófica y que tanto cautivó a Kant. En efecto, el año de 1762 fue un año decisivo para Kant: al finalizar el verano llega a sus manos *Émile ou De l'éducation*, libro que Rousseau había publicado pocos meses atrás y que estaba prohibido tanto en la Francia católica como en la Suiza calvinista. La obra cautivó a tal punto a Kant que éste, a fin de no interrumpir su lectura, suspendió durante varios días su régimen habitual de vida renunciando a la caminata que invariablemente tomaba como parte de su disciplina de salud. Rousseau jugó un papel esencial en la nueva orientación que tomó el pensamiento kantiano. La enorme admiración que Kant sentía por Rousseau se aprecia, a simple vista, por el mero hecho de que el único adorno existente en el cuarto de trabajo de Kant era un retrato del filósofo ginebrino.[12] Fue enorme lo que para Kant significó desde el primer momento la obra de Rousseau:

[12] El profesor de teología y biógrafo de Kant, Johann Gottfried Hasse (1759-1806), cuenta que:

> Al entrar en la casa [de Kant] se encontraba uno con un gran silencio y un sosiego extraordinario [...] Después de subir la escalera [...] se cruzaba a la izquierda por un vestíbulo de paredes desnudas, muy modestas y un poco ahumadas, y se entraba en una habitación un poco más amplia, que era la sala, en la que no se encontraba tampoco ningún lujo. Un sofá, algunas sillas forradas de tela, un armario con alguna porcelana, un buró donde el filósofo guardaba un poco de plata y dinero, un termómetro y una consola [...] eran todos los muebles que cubrían una parte de las blancas paredes. A través de una puerta bastante modesta, se penetraba en el no menos sencillo cuarto de trabajo [...] Aquel cuarto respiraba todo él sobriedad y un callado retraimiento de los ruidos de la ciudad y del mundo. Dos mesas, habi-

Necesito leer y releer a Rousseau hasta que no me cautive ya la belleza de la expresión y pueda analizarlo con toda la razón solamente. La primera impresión que saca de las obras de J.-J. Rousseau un lector que no acuda a ellas solamente por distracción y pasatiempo, es la de que se dan en él una extraordinaria agudeza de espíritu, el noble brío del genio y un alma sensible en un grado tan alto como quizá no se hayan dado juntos en ningún otro escritor de ninguna época ni de ningún pueblo. La impresión siguiente es la de un estupor ante las ideas tan extrañas y tan absurdas, tan contrapuestas a todo lo usual que este autor sostiene y que llega uno a suponer que sólo expone para poder demostrar su talento extraordinario y la fuerza mágica de su elocuencia y para parecer como un hombre original que, con sus novedades cautivadoras y desconcertantes, se destaca por encima de todos sus rivales en el campo del ingenio. Newton vio por vez primera el orden y la regularidad combinados con la mayor sencillez allí donde, antes de venir él, sólo se encontraba el desorden y la desorbitada multiplicidad, y desde entonces recorren los cometas una trayectoria geométrica; Rousseau descubrió por vez primera, entre la variedad de las formas humanas, la naturaleza profundamente escondida del hombre y la ley oculta por virtud de la cual queda justificada la providencia de acuerdo a sus observaciones.

Yo mismo soy, por inclinación, un investigador. Siento una gran sed de conocimientos y la inquietud afanosa de seguir adelante, y cualquier progreso produce en mí una profunda satisfacción. Hubo un tiempo en que creía que todo esto podía constituir el honor de la humanidad y en el que despreciaba a la plebe ignorante, pero Rousseau me ha sacado de mi error: aquella ilusoria superioridad ha desaparecido; he aprendido a respetar al ser humano, y me consideraría mucho más inútil que el más humilde trabajador si no creyera que los esfuerzos del pensamiento pueden dar un

tualmente cubiertas de libros, un sencillo sofá, unas pocas sillas y una cómoda formaban todo el mobiliario del cuarto de trabajo de Kant, cuyo único adorno consistía en un retrato de Rousseau colgado de la pared.

Cfr. Johann Gottfried Hasse, *Letzte Äusserungen Kants von einem seiner Tischgenossen*, Königsberg, 1804, p. 6.

valor a los demás seres humanos y contribuir a restaurar los derechos de la humanidad.

Estas citas textuales de Kant refiriéndose a Rousseau son parte de las anotaciones que escribió en los márgenes de su ejemplar de las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime.* Así pues, podría decirse que algunos de los pasajes más significativos de las *Observaciones* no se encuentran en el texto publicado, sino que permanecieron como pequeños fragmentos manuscritos que vieron la luz varios años después de la muerte del filósofo.[13] Los primeros en dar a conocer estas anotaciones fueron Friedrich Wilhelm Schubert (1799-1869) y Karl Rosenkranz (1805-1879), como parte de su edición de las obras de Kant.[14] Actualmente estas reflexiones o anotaciones se encuentran en la mayoría de las ediciones de las obras de Kant bajo el título de *Fragmentos de los escritos póstumos.*[15] Dado que estos fragmentos son copiosísimos (muchos de ellos son importantes y en sus temáticas se recorre el territorio de la obra kantiana en toda su extensión), considero conveniente referirnos a ellos, aunque sea brevemente, a fin de enmarcar adecuadamente las reflexiones referentes a Rousseau que acabamos de leer así como algunas otras que citaremos más adelante.

Desde su juventud, Kant tenía la costumbre de consignar por escrito cuanta idea le venía a la cabeza. En esa época el papel era escaso, de modo

[13] *Cfr. Bemerkungen in den* Beobachtungen über das Gefühl des Schönen und Erhabenen, edición y comentario de Marie Rischmüller, Hamburgo, Felix Meiner, 1991. Este libro contiene el más pormenorizado estudio existente hasta el momento de las numerosas anotaciones que Kant hiciera en su libro personal de las *Observaciones* así como las notas que Kant tenía en hojas interpoladas en esta misma obra. También al respecto *vid.* Paul Arthur Schilpp, *La ética precrítica de Kant*, México, UNAM, 1966, pp. 62-92.

[14] *Cfr. Immanuel Kants sämtliche Werke*, ed. de Karl Rosenkranz y Friedrich Wilhelm Schubert, Leipzig, L. Voss, 1838-1842, 14 vols. (el vol. 11, primera parte, que lleva el título *Fragmente aus seinem Nachlasse*, contiene algunas de estas reflexiones).

[15] Estas reflexiones fueron publicadas en segundo lugar por Gustav Hartenstein (1808-1890) en su edición de las obras de Kant: *Immanuel Kants sämtliche Werke*, Leipzig, L. Voss, 1867-1868, 8 vols. (en el vol. 8, bajo el título *Fragmente aus dem Nachlasse*, pp. 618, 624 y 630, se encuentran las reflexiones a las que hemos hecho referencia).

que frecuentemente Kant usaba el papel que lograba encontrar a mano: una carta recién recibida, la nota de un comerciante, el borrador de un escrito, el margen en blanco de un libro, etc. En muchos casos, estas anotaciones y pensamientos sueltos son recursos nemotécnicos para no olvidar la idea que le había venido a la mente y carecen de valor científico o literario. Sin embargo, revelan una profunda agudeza en tanto que son los indicios que anticipan el trabajo ordenado y sistemático del entendimiento y son sumamente importantes para comprender cabalmente las obras ya terminadas. Además, Kant daba sus cursos tomando como base algunos textos o manuales escolares en boga (*e.g.* la *Lógica* de Meier o la *Metafísica* de Baumgarten) y para preparar sus clases tenía la costumbre de escribir al margen de esos manuales las reflexiones, críticas y demás observaciones que el texto en cuestión le sugería. Así pues, esos libros utilizados durante años estaban prácticamente repletos de las anotaciones manuscritas de Kant. El conjunto de todas esas anotaciones, pensamientos y reflexiones manuscritos ocupa diez volúmenes enteros de la edición de las obras de Kant de la Real Academia Prusiana de Ciencias,[16] es decir, una mayor extensión que la ocupada por las obras que Kant publicó en vida. Toda esa herencia manuscrita de notas, reflexiones y fragmentos no está fechada, pero el editor de esos manuscritos póstumos, Erich Adickes, los clasificó por temas y logró establecer una cronología bastante aproximada.

Regresemos a nuestro asunto. Para apreciar el significado completo y el grado de originalidad de las tesis que Kant presenta en las *Observaciones*, debemos examinar los temas centrales de la obra en relación con su contexto histórico y con la corriente de ideas existentes en su tiempo. De esto nos ocuparemos a continuación. En las *Observaciones* Kant examina dos senti-

[16] *Kants gesammelte Schriften*, ed. de la Königlich Preussischen und der Deutschen Akademie der Wissenschaften, 30 vols., Berlín, primeramente G. Reimer y más tarde Walter de Gruyter, 1902 y ss. Los 30 volúmenes de esta gran edición canónica se dividen en cuatro grupos: vols. I a IX, *Obras*; vols. X a XIII, *Correspondencia*; vols. XIV a XXIII, *Fragmentos de los escritos póstumos* (es decir, toda la herencia manuscrita de fragmentos, reflexiones y anotaciones); vols. XXIV a XXX, *Lecciones*. Para las reflexiones a las que hemos hecho referencia véase también el vol. XX, §§14s., 38s., 44s. 55 y 73.

mientos que solemos considerar únicamente bajo el punto de vista estético pero que para él revisten, además, un aspecto ético y social. Trasladar las nociones de lo bello y lo sublime de su plano contemplativo y estético a una esfera práctica y antropológica podría parecer, *prima facie,* algo extraño. Sin embargo, Kant nos hará ver que lo bello y lo sublime no se encuentran primordialmente fuera de nosotros, en los objetos de la naturaleza o del arte, sino que son, más bien, disposiciones del ser humano y, más precisamente, disposiciones naturales y prácticas de éste; son parte inherente de la moral y de la vida comunitaria humana, es decir, de la sociabilidad.

El sentimiento de lo bello

En el curso del siglo XVIII dos concepciones sobre la belleza contendían en el campo filosófico alternándose y prevaleciendo una sobre la otra. La primera es la concepción racionalista, cuyo origen se remonta a Platón y hunde sus raíces en Pitágoras.

En la filosofía griega, en los siglos V y VI a.C., e incluso todavía más atrás, la idea de belleza era inseparable de las ideas de bondad y de divinidad; era un concepto complejo e indisolublemente vinculado con muchos de los demás conceptos que constituyen el núcleo del pensamiento filosófico de la Antigüedad griega. El término *belleza* expresaba perfección, nobleza y valor y unía el mundo humano finito con lo divino e infinito, enlazando lo mesurable con lo inmensurable, lo limitado con lo ilimitado.

Las tesis platónicas sobre la belleza se encuentran en dos de los más importantes diálogos del periodo de madurez, compuestos probablemente entre el primer viaje a Sicilia y el segundo: el *Banquete* y la *República.* En el primero Platón muestra a Sócrates relatando el discurso que le había hecho una sacerdotisa de nombre Diótima acerca de la ascensión del alma hacia la verdadera Belleza gracias al impulso de Eros. Partiendo de las formas bellas, es decir de los cuerpos bellos, el hombre se remonta a la contemplación de la belleza que hay en las almas y desde ahí a la ciencia,

de modo que puede contemplar la belleza de la sabiduría y darse cuenta del "anchuroso océano de la belleza intelectual y de las amables y majestuosas Formas que contiene en su seno", hasta llegar a la contemplación de una Belleza que es:

> eterna, improducida, indestructible, no sujeta a aumentos ni a decadencias; no en parte bella y en parte fea; ni bella unas veces y otras no; ni bella relativamente a unas cosas y fea con respecto a otras; ni bella aquí y fea allá; ni bella para unos y para otros fea. Como tampoco es posible figurarse esta belleza en la imaginación cual si tuviese bello rostro, ni hermosas manos, ni otra cosa alguna de las que constituyen las partes del cuerpo, ni como algún género de palabras o conocimiento científico. Y no subsiste en ningún otro ser que viva o exista en la tierra, en el cielo o en cualquier otro sitio; sino que eternamente es de por sí y se halla consigo misma en solitaria y bellísima unicidad de Idea. Todas las demás cosas bellas lo son por participación de Ella, en modo tal que, con sus engendramientos o extinciones, no la acrecientan ni disminuyen en nada, impasible como es en absoluto.[17]

Para Platón esta Belleza esencial posee realidad objetiva, realidad que rebasa la realidad subjetiva de los conceptos abstractos; no cabe decir que esté dentro de nosotros, limitada a nosotros, originándose en nuestra mente y pereciendo con nosotros o por acción nuestra. La Belleza absoluta es real, subsistente; sin embargo, no por esto se halla en un mundo propio de ella, separado espacialmente de las cosas. Esta Belleza no está en parte alguna y es absurdo pretender aplicarle las categorías del espacio y el tiempo a algo que esencialmente es espiritual y asequible tan sólo a la inteligencia. Ahora bien, el que la Belleza no esté en parte alguna no significa que sea irreal; por el contrario, en la *República* veremos que esta Belleza absoluta es el Principio último de unidad y se identifica con la Idea del Bien. Antes de pasar a la *República* digamos una breve palabra sobre Eros.

[17] *Banquete,* 210 e1-212 a7. Véase tambien *Hipias menor,* 289 d2-5.

En el *Banquete*,[18] Eros o el Amor ocupa un lugar intermedio entre lo divino y lo mortal. Eros es el hijo de Pobreza e Ingenio; por ser pobre, Eros es deseo; es el ardiente deseo de poseer la felicidad y de tener siempre con nosotros el bien. Por ello Eros no se limita al deseo físico e incluye también el deseo de inmortalidad. Eros busca la inmortalidad mediante el engendramiento de hijos; pero también busca engendrar en belleza respecto del alma. Por este Eros superior los poetas, como Homero, o los hombres de Estado, como Solón, dejan una progenie más duradera como testimonio del amor que hubo entre ellos y la Belleza. Así, al contacto con la Belleza el ser humano se hace inmortal y, como veremos ahora, produce la verdadera virtud.

En la *República* Platón hace notar que el verdadero filósofo trata de conocer la naturaleza esencial de cada cosa; le concierne discernir la esencia de la Belleza y la esencia de la Bondad que se hallan realizadas en diversos grados en las cosas bellas y en las cosas buenas particulares y concretas. Los que no son filósofos no atienden a la naturaleza esencial de las cosas, no se ocupan del verdadero ser de lo real, que es estable y permanente, y su interés se queda en las fugaces apariencias que se hallan en incesante cambio; estos hombres carecen de conocimiento científico y sus mentes se encuentran en estado de "opinión". En contraste, el estado mental del filósofo es un estado de conocimiento cuyo objeto es el Ser, la realidad plena, la Idea o Forma. Platón parte de la concepción según la cual lo que en el mundo hay de orden y de inteligencia, tiene un fundamento objetivo en una realidad invisible y trascendente. Todo aquel que habla no puede dejar de emitir juicios de valor, juicios que presuponen normas, modelos objetivos, valores que pueden aprehenderse con diferentes grados de discernimiento. Platón se esfuerza por concebir lo Absoluto, el Modelo ejemplar de todas las cosas, la Perfección absoluta, el último Principio ontológico gracias al cual podemos emitir dichos juicios

[18] *Banquete*, 201 d8 y ss.

de valor. En la *República*[19] Platón explica la ascensión del espíritu hacia el primer principio de todo y afirma que la Idea del Bien es la causa universal de todas las cosas bellas y buenas y descubre su posición preeminente. No se ha de suponer que el Bien sea un simple concepto, o que exista como un objeto más entre los objetos; no es sólo un principio epistemológico, sino también un principio ontológico, un principio del ser. La Idea del Bien en la *República* ha de considerarse idéntica a la Belleza de la que habla el *Banquete*. Ambas Ideas son la cima de la *Dialéctica* o ascensión del espíritu hacia el primer principio de todo, el cual no es otro que el Uno. Aristóteles, quien sin duda conocía perfectamente lo que Platón enseñaba en la Academia, afirma en la *Ética a Eudemo*[20] que Platón identifica el Bien con el Uno y en la *Metafísica*,[21] si bien no menciona explícitamente el nombre de Platón, alude a él diciendo que es uno "de los que afirman la existencia de las esencias inmutables, sostienen que el Uno en sí es el Bien en sí y piensan que su esencia consiste en su unidad". Por último, cabe citar el pasaje de Aristóxenes de Tarento[22] en el que repite lo que él había oído contar a Aristóteles respecto de la enseñanza de Platón acerca del Bien: los oyentes que asistían a la disertación de Platón con la esperanza de oír algo sobre los bienes humanos como la felicidad, la riqueza, la salud y el poder, se quedaban sorprendidos y se alejaban de ahí al escuchar un discurso que versaba todo él sobre las matemáticas, la astronomía, los números y la identidad del Bien y el Uno.[23]

[19] *República*, 517 b7-c4.
[20] *Ética a Eudemo*, 1218 a24.
[21] *Metafísica*, 1091 b13-15.
[22] Aristóxenes de Tarento, filósofo griego peripatético y jefe de la escuela de música que lleva su nombre; nacido en Tarento hacia 356 ó 352 a.C., tomó en Atenas durante muchos años las lecciones de Aristóteles quien lo consideró uno de sus discípulos predilectos. A la muerte del estagirita en 322 sufrió un gran desengaño pues éste no lo nombró como su sucesor y a partir de esa fecha su vida se perdió en la oscuridad, se ignora incluso la fecha de su muerte. Suidas le atribuyó numerosas obras sobre filosofía, música, biografías, historia, ciencias, etc. Los seguidores de Aristóxenes constituyeron una secta musical que sostenía que bastaba el oído musical para apreciar los intervalos, a diferencia de los pitagóricos que se servían exclusivamente del cálculo.
[23] *Cfr.* Aristóxenes, *Armónica*, 44 5M.

Ahora bien, las tesis platónicas sobre la belleza no se encuentran únicamente en el *Banquete* y en la *República*, sino también en diálogos de la vejez, como *Teeteto* y *Filebo*. En ellos encontraremos que lo bello es un dato objetivo extraído por nuestra razón y que tiene como paradigma la perfección pitagórica de los cuerpos geométricos, los objetos ordenados, regulares, simétricos, armónicos y proporcionados. En efecto, la influencia pitagórica se descubre en Platón, sobre todo en los diálogos del último periodo de su vida. La física del gran filósofo y aun la misma teoría de las Ideas presentan las huellas del gran matemático de Samos. Sin embargo, esto no significa que la teoría de las Ideas se reduzca a la formulación matemática de la misma ni que la ontología platónica se agote en sus teorías matemáticas. Para Platón, al igual que para Pitágoras, las cosas han sido formadas según modelos numéricos y todo ha sido dispuesto según número, peso y medida; todo el universo sensible está marcado con la impronta de la belleza pues los elementos que lo componen se reducen a figuras geométricas perfectas. La medida y la proporción son los elementos geométricos de la belleza. Lo bello es el *métron-métrion kairós* del *Filebo* y del *Teeteto*.

Los grandes maestros de la Edad Media pusieron de relieve la riqueza y fecundidad de la teoría platónica sobre la belleza. Para los medievales el orden y sus elementos son los constitutivos de lo bello, el cual es descrito mediante términos como *ordo, magnitudo, integritas* y con expresiones como *debita proportio, aequalitas numerosa, commensuratio partium elegans*, etc. Para los escolásticos medievales el orden estético está íntimamente conectado con lo que ellos llamaban "forma" de los seres, es decir, el principio de unidad, constitución y perfección de un ser. Sin embargo, la gran aportación de los escolásticos medievales a la concepción de la belleza está en su teoría del "esplendor de la belleza" o *claritas pulcri*. Según dicha teoría el orden de lo bello es de tal naturaleza que puede provocar en el sujeto que lo percibe una contemplación fácil y completa de la cual nace el placer estético. Cuanto más resplandezca la forma

o principio de unidad del objeto, más profundamente bella será la impresión que se recibe.

Quizá un buen ejemplo que nos permite ilustrar el paradigma de la concepción pitagórico-platónica de la belleza y su continuación durante la Edad Media sea uno de los trabajos del insigne matemático italiano del siglo XIII, Leonardo de Pisa.[24] Me refiero a lo que se conoce como "serie de Fibonacci". Ésta es una serie numérica que representa la llamada "proporción áurea" descubierta por los antiguos geómetras pitagóricos en la música, la astronomía, innumerables objetos de la naturaleza y, más recientemente, en la espiral logarítmica y en la simetría dinámica.[25] Volveremos a encontrar la influencia pitagórica en la concepción platónica de la belleza que se desarrolla durante el Renacimiento al pretender determinar matemáticamente las leyes de la belleza reduciéndola a proporciones exactas. Así, por ejemplo, Leonardo da Vinci dirá que no sólo se encuentra la proporción en los números y medidas, sino también en los sonidos, tiempos y lugares, y en todo lo demás. De manera semejante, hacia 1509, Paciolo en su *De divina proportione* se propuso determinar las relaciones numéricas de la ley estética de la proporción áurea pitagórica; y para uso de pintores y escultores se hicieron diversos intentos por determinar el canon de Policleto, es decir, las leyes de la belleza en la figura humana. Otros artistas como el escultor Lorenzo Ghiberti y el arquitecto Leone Battista Alberti también hablaron de la belleza en términos de *orden, medida* y *forma.*

[24] Leonardo de Pisa nació hacia 1170; su verdadero nombre era Leonardo Bonacci o Fibonacci (por contracción de *Filius Bonacci*). Después de haber estudiado la aritmética de los pueblos de Oriente, recorrió Sicilia, Grecia, Siria y Egipto buscando incrementar sus conocimientos matemáticos;al regreso de sus viajes introdujo en Italia los caracteres numéricos árabes y fueron tan importantes sus descubrimientos matemáticos que nada nuevo se pudo añadir a esta ciencia durante tres siglos. Entre sus obras destacan: *Practica geometricae* y *Liber quadratorum* así como su *Comentario* al libro X de los *Elementos* de Euclides.

[25] Un buen estudio sobre las relaciones de la serie de Fibonacci con la naturaleza y con el arte es el realizado por Jay Hambidge bajo el título *Practical Applications of Dynamic Symmetry*, New Haven, Yale University Press, 1932; también puede consultarse A. H. Church, *On the Interpretation of Phenomena of Phyllotaxis*, Londres, Oxford University Press, 1920.

Prosiguiendo una línea de desarrollo afín a la concepción platónica, encontramos las tesis de Leibniz, Wolff y Baumgarten sobre la belleza. Nos referiremos a ellas más detalladamente por formar parte de la cuna filosófica en que nace Kant. Veremos a continuación que belleza es la *perfectio* de Leibniz; es el *consensus in varietate* de Wolff, en su *Ontologia*; es la *perceptio perfectionis sensitivae* de Baumgarten, en su *Metaphysica*.

La concepción leibniziana del universo está dominada, al igual que la de Platón, por un punto de vista estético y el sistema completo de su filosofía está impregnado de su concepción de la belleza. Incluso podría decirse que hasta ese momento la estética seguía careciendo de un campo propio claramente delimitado y que será Kant quien emprenderá la tarea de separarla de la moral y de la metafísica. Así pues, no es casual que las concepciones leibnizianas sobre la belleza estén expuestas en dos obras referentes, respectivamente, a temas morales y metafísicos: *De beatitude* y la *Monadologia*. La estética leibniziana reúne, en una secuencia de conexiones, cuatro nociones encadenadas: fuerza, forma, finalidad y representación. Oponiéndose a Descartes y a Spinoza y acercándose a Platón, Leibniz sostiene que no hay una radical separación entre extensión y pensamiento ya que ambos elementos se identifican en uno tercero que es síntesis de éstos y que resuelve la antinomia existente entre el cuerpo y el espíritu: la *fuerza*. La fuerza constituye la base de toda cosa y toda materia, y éstas no han de explicarse mecánicamente sino mediante razones espirituales e inmateriales. Además la fuerza, idéntica en el fondo, se diversifica en un número infinito de objetos diferentes; cada objeto esconde una fuerza absolutamente particular que lo constituye como individuo y que no es otra cosa que su *forma* misma, su esencia, la fuente de la que brota su peculiar orientación y desarrollo. La forma explica la profunda y verdadera naturaleza de cada cosa. Para Leibniz todas las cosas son sustancias idénticas y al mismo tiempo específicas, es decir, son "formas originarias"; la genuina originalidad radica en la diferencia de las formas y la forma brota del fondo mismo de

cada cosa pues no es sino la esencia de ésta. Ahora bien, para Leibniz todo ser actúa ininterrumpidamente y en él no hay jamás un reposo absoluto. La fuerza y la forma, en continuo desarrollo, apuntan a una finalidad que no es más que la realización perfecta de cada ser. Dicha realización es el ejercicio de la actividad propia de cada ser; en la ejecución de tal actividad cada ser manifiesta y representa la armónica perfección del universo y expresa su propia esencia. Así pues, para Leibniz el universo rebosa de fuerzas y formas que obedecen a una finalidad que las armoniza entre sí creando la unidad dentro de la variedad. El universo está compuesto de un número infinito de fuerzas espirituales activas que se desenvuelven armoniosamente según las leyes de la continuidad y la jerarquía; cada cosa es un individuo, una fuerza, un punto de energía, una sustancia viva en permanente esfuerzo vital. Esto es lo que Leibniz designa con el nombre de *mónada.* Así pues, el universo todo es una grandiosa obra estética que impone en nosotros la respetuosa admiración de lo sublime.[26] La permanente actividad de la *mónada* al reflejar la armonía del universo recibe el nombre de *representación.* Las representaciones tienen una jerarquía por la cual éstas se ordenan de las menos conscientes (*cognitio obscura*) a las más conscientes (*cognitio distincta*), de suerte que hay lugar para infinitos grados intermedios correspondientes a todos los grados de claridad; una de esas actividades de cualidad inferior al conocimiento claro y científico de las cosas corresponde a la belleza. Ésta es la representación confusa de la perfección, la percepción imprecisa de todo cuanto constituye el orden. Así pues, para Leibniz el dominio estético no es otro que el dominio del conocimiento y su estética puede considerarse intelectualista en el sentido de que la perfección implica conocimiento y juzgar estéticamente entraña tomar conciencia de una serie de rasgos comunes.

Wolff y Baumgarten suscribieron la tesis leibniziana según la cual la belleza es la actividad lógica e intelectual de representación confusa de

[26] *Cfr.* Raymond Bayer, *Historia de la estética,* México, FCE, 2000, pp. 176-181.

la perfección. El primero distingue dos partes en las facultades humanas: la *pars inferior,* que corresponde a la esfera de la sensibilidad, y la *pars superior,* que corresponde al entendimiento; Wolff trata de responder a qué facultad corresponde la representación confusa de la perfección. En la clasificación wolffiana de las ciencias, la estética es una especie de lógica menor que busca las leyes que pueden guiar el trabajo de la facultad de la belleza. Por su parte Alexander Baumgarten (1714-1762) publica en 1750 su *Aesthetica* y en 1758 su *Aestheticorum altera pars,* marcando con ello un momento decisivo en el desarrollo del filosofar sobre la belleza. Baumgarten trató de dar al problema de la belleza un dominio propio, pues a su juicio tal problema no puede quedar retraído en ninguna de las ramas de la filosofía, y dio el nombre de *estética* a la ciencia de la belleza. Sin embargo, siguiendo a su maestro Wolff, Baumgarten sostuvo una concepción claramente intelectualista de la estética al definirla como "ciencia del conocimiento sensible o gnoseología inferior" y al considerarla como la "hermana menor de la lógica". De este modo, no logró considerar a la estética con independencia de la lógica. En efecto, para Baumgarten la sensación de placer es un juicio intelectual confuso y por ello la estética aparece como un apéndice de la lógica, es decir, como la lógica de lo sensible. Así, el objeto de la estética es la actividad del pensamiento en cuanto se propone poseer un "conocimiento sensitivo" análogo, pero inferior, al conocimiento por razón. De este modo, Baumgarten define a la estética como ciencia del conocimiento sensible (*scientia cognitionis sensitivae*) y considera que el fin de tal ciencia es la *perfectio cognitionis sensitivae quae talis.*[27] Para Baumgarten la belleza se manifiesta en el acuerdo de diversos pensamientos entre sí y los signos que sirven para expresarlos; gracias a este orden interno de las cosas pensadas la multiplicidad puede reducirse a unidad.

Desde el inicio del siglo XVIII encontramos nuevas variaciones sobre el mismo tema. Crousaz, por ejemplo, en su *Traité du beau* (1715) hacía

[27] *Cfr. Aesthetica*, §§1 y 14.

consistir la belleza en algo que se aprueba con la razón, a la manera de una teoría, y que puede ser reducido a ideas tales como la de *unidad en la diversidad*, *orden*, *proporción* y *regularidad*, las cuales son caracteres reales de lo bello fundados en la naturaleza. También algunos ingleses, como Shaftesbury y en menor medida Hutcheson, utilizan la metafísica para fundar una concepción objetiva de la belleza muy próxima a la que acabamos de describir: bello es la "armonía, orden y proporción" de Shaftesbury en sus *Characteristics* y la "regularidad o uniformidad en la variedad" de Hutcheson en su *Inquiry*.

En esta breve revisión de las dos concepciones sobre la belleza que contendían en el campo filosófico del siglo XVIII, concluyamos el examen de la primera diciendo que ésta era la antigua tendencia que identificaba lo bello con lo bueno en la unidad de lo real perfecto, subordinando el valor de la belleza a valores extraestéticos, especialmente a entidades metafísicas y supeditando el ámbito de la estética al dominio del conocimiento lógico y racional. Sin embargo, la concepción moderna científica del mundo sustituía poco a poco la visión de un cosmos armonioso y bello por la de un universo ordenado aprehendido mediante el conocimiento de sus leyes; remplazaba el antiguo sentido de orden, entendido como teleológico y referido a la divinidad, por un nuevo sentido de orden referido ahora al método científico. Gracias al desarrollo de la ciencia física, se otorgaba cada vez más importancia al estudio empírico e inductivo de la naturaleza y se planteaban objeciones cada vez más frecuentes al racionalismo cartesiano en el sentido de que éste servía sólo para exponer de manera sistemática verdades ya conocidas pero era impotente para descubrir nuevas verdades. Los nuevos descubrimientos geográficos, el encuentro con nuevas fuentes de riqueza y, sobre todo, el progreso de la física sobre una base experimental, propiciaron el fortalecimiento de una corriente empirista del pensamiento que vio en la experiencia la fuente del conocimiento y que señaló la necesidad de aplicar al hombre la concepción moderna científica del mundo desarrollando la ciencia del hombre sobre bases empíricas.

Así pues, alejándose de aquella corriente clásica, aparece una nueva línea en la concepción de la belleza que, alternándose con la primera, domina también durante este siglo. Esta nueva concepción de la belleza germina en la Francia del siglo XVII con el abate Du Bos, pasa a Inglaterra con Hume, Home y Burke y, de ahí, llegará a Kant. En los escritores ingleses del siglo XVIII se aprecia que ha nacido ya una nueva sensibilidad y una concepción muy distinta de la belleza y la experiencia, como resultado de los grandes cambios de la ciencia, de sus aplicaciones prácticas y de sus desarrollos tecnológicos: para ellos la belleza no era ya la proporción y armonía de los objetos, sino más bien una relación del sujeto con dichos objetos y el término que usaron para designar tal relación fue *gusto*. En esta nueva concepción de la sensibilidad y la belleza, el mejor juez de la obra de arte ya no será la razón sino el sentimiento, pues la finalidad del arte es gustar, emocionar, cautivar. La sensación desempeñará el papel predominante del proceso estético, el sentimiento y el gusto ocuparán el primer plano. Veremos ahora una concepción subjetiva y empírica de sensación y sentimiento en la que la belleza no requiere la asistencia de la razón. Bello es lo placentero, la seducción de los sentidos, la inclinación y satisfacción hedonística, la vitalidad, la voluptuosidad, el regocijo. Lo bello es siempre sensual, delicado, mórbido, curvilíneo, pequeño, gracioso, nítido, pulido, elegante, encantador. Los atractivos encantos de la belleza la manifiestan siempre como alegre, vivaz, radiante y festiva, e inspiran siempre sentimientos de descanso, gozo y solaz. Bello es todo lo que deleita y atrae; las diversas emociones que despierta se caracterizan por ser siempre dulces y agradables. *Gusto*, *sentimiento*, *placer*, serán ahora las palabras y las ideas dominantes. De hecho, las artes se desplazarán de las grandes salas marmóreas y de los majestuosos palacios en que estaban encerradas para la aristocracia, a los salones burgueses en los que la elegancia, la finura y el encanto eran considerados como virtudes estéticas de mayor importancia que la grandiosidad y la magnificencia. La belleza será encontrada en lo familiar de la vida cotidiana.

Iniciemos la revisión de esta segunda concepción de la belleza con los puntos de vista de David Hume (1711-1776), nacido y muerto en Edimburgo. Las reflexiones de Hume sobre el arte y la belleza están firmemente ancladas en su concepción de la vida social y en su teoría sobre la naturaleza humana y fuertemente influidas por la obra del abate Jean-Baptiste du Bos,[28] quien en 1719 publicó sus *Réflexions critiques sur la poésie et sur la peinture*, obra que se fue ampliando y enriqueciendo en cada una de las numerosas ediciones de las que fue objeto, se tradujo rápidamente a diversas lenguas y dominó el pensamiento europeo sobre el arte durante los siguientes cincuenta años. A todo lo largo de la obra de Hume podemos encontrar numerosas observaciones sobre el arte y la belleza, pero el único lugar en el que se ocupa explícitamente de esto es en un pequeño ensayo de alrededor de veinte páginas titulado *Of the Standard of Taste* (Acerca de la norma del gusto), publicado en 1757 cuando Hume contaba cuarenta y seis años de edad y en el que el autor toma prestados, casi palabra por palabra, numerosísimos pasajes de la obra de Du Bos.[29]

Hume comienza su ensayo señalando que, al considerar nuestras observaciones cotidianas, notamos que no obstante que la gente y sus gustos o sentimientos difieren de muchas maneras entre sí, todos convienen

[28] Jean-Baptiste du Bos, historiador, diplomático y filósofo francés nacido en Beauvais en 1670 y muerto en 1742, fue secretario de la Academia Francesa desde 1723 hasta su muerte. Du Bos es el primer teórico del arte en la lengua francesa y su obra representa el primer intento de basar la teoría del arte sobre un principio general. Perteneció a la escuela sensista de Condillac y también se le asocia con la naciente psicología empirista de Locke. Para lograr una mejor reducción de todas nuestras percepciones a los sentidos, introdujo un nuevo sentido, el gusto o sentido estético; este sexto sentido está determinado por la organización física individual. Sin embargo, su explicación del gusto estético es finalista pues lo hace depender de la tendencia innata a la acción y lo convierte en un estímulo de la misma. Su obra influyó de manera importante en Gotthold Ephraim Lessing y Johann Georg Sulzer así como en la estética romántica cultivada posteriormente en Jena; también escribió *Histoire des quatre Gordians* e *Histoire de la ligue de Cambrai* (1709), así como *Histoire critique de l'établissement de la monarchie française dans les Gaules* (1734).

[29] Debe señalarse que esto no ha de tomarse como un plagio; en efecto, era una práctica muy extendida en esa época, pues se partía del supuesto de que los lectores educados identificarían sin duda alguna el material que se estaba copiando sin requerir de notas al pie de página.

en que la elegancia y la sencillez es lo que debe buscarse en un escritor, tal y como el heroísmo y la prudencia son las virtudes que ha de tener el hombre de acción. Las discrepancias comienzan cuando hay que decidir a quién se han de atribuir tales méritos. En este punto parece oportuno hacer una precisión, ya que tanto para Hume como para sus antecesores franceses el término *sentimiento* encierra ambigüedades, pues puede significar no sólo afecto sino también opinión. Para Hume la belleza no es más que un poder especial de producir placer y su percepción de la belleza no es cosa del entendimiento, sino de los gustos o sentimientos. La belleza pertenece al orden de lo afectivo; belleza es lo que por constitución de nuestra naturaleza, por costumbre o por capricho, es apto para aportar placer o satisfacción al alma. Ahora bien, los gustos o sentimientos no lo son de unos supuestos principios absolutamente evidentes; los gustos y sentimientos lo son de cada cosa en particular; además lo son en tanto constituyen juicios del individuo al aprobar o rechazar una acción o un sentimiento. La aprobación estética no constituye un asunto de la razón pues el gusto es un fenómeno del sentimiento cuyo fundamento primero y último es el placer. Así pues, no se puede demostrar que algo es bello o feo mediante un argumento racional; tampoco es posible convencer a alguien de la belleza o fealdad de algo mediante tales argumentos racionales. La razón no es la maestra de los sentimientos y las pasiones sino más bien su esclava. Ahora bien, las pasiones pueden ser directas o indirectas. Las primeras se derivan inmediatamente de la experiencia, como por ejemplo, el placer, el dolor, la aversión, el miedo, la esperanza, etc. Las segundas se derivan de la doble relación entre impresiones e ideas, como por ejemplo, el amor y el odio. En todo caso, los juicios de aprobación o rechazo de sentimientos y pasiones son juicios de hecho y, por ende, no son juicios necesarios. En efecto, para Hume el placer y el displacer o dolor son los dos tipos fundamentales de experiencia que regulan o condicionan empíricamente la aprobación o el rechazo. Por ello la experiencia estética, al igual que

la acción voluntaria y la conducta, no se sigue de un razonamiento ni de la obediencia a un principio, sino de la aparición de un sentimiento de placer o de la eliminación de un sentimiento de dolor. En realidad, para Hume la belleza no es una cualidad de las cosas en sí mismas, sino que sólo existe en la mente de quien contempla las cosas, de modo que cada mente percibe distintas bellezas, pues un mismo objeto puede despertar los más diversos sentimientos. De acuerdo con este punto de vista adscribimos la belleza, por ejemplo, a un poema, cuando encontramos que su lectura nos causa placer una y otra vez y suponemos que causará placer a otros. Sin embargo, Hume está en un aprieto pues, como veremos a continuación, esta relación causal no es un asunto tan simple.

Hume considera que es natural que el ser humano busque una norma del gusto, es decir, una regla que permita reconciliar diversos sentimientos pues junto a la experiencia pasional subjetiva hay también una experiencia pasional intersubjetiva. Ahora bien, si el gusto es un fenómeno del sentimiento y si el fundamento último del sentimiento es el placer, ¿cómo podrá Hume alcanzar un estándar del gusto y hacer de la subjetividad algo universal? Hume tratará de resolver la dificultad que presenta esta norma del gusto ligada por esencia al placer y, por lo tanto, eminentemente subjetiva, partiendo de la idea de que hay una naturaleza humana igual en todos los hombres que hace posible y justifica ciertas reglas del gusto. Así por ejemplo, las reglas de la composición literaria no se han establecido *a priori* sino que están basadas en las leyes del gusto, es decir, en la observación de lo que universalmente causa placer. Al establecer las reglas de la composición literaria el crítico literario busca las generalizaciones de lo que siempre causa placer, busca un criterio y sus condiciones de aplicación. De este modo, el juicio que dice "*A* es bella" (en el que *A* es el nombre o la descripción de un individuo) no puede ser verdadero o falso (pues la experiencia estética es subjetiva y los sentimientos que suscita el objeto son todos ellos correctos) pero sí puede estar o no estar justificado. El juicio estaría justificado si el sujeto que lo emite ha identificado co-

rrectamente las causas del placer y si tiene razón para suponer que *A* será una causa de placer para todo el que se encuentre en las mismas condiciones en que él se encuentra. Pero notemos que entonces se ha evaporado la belleza como expresión del sentimiento.

En contraste con la concepción racionalista de la belleza, según la cual la universalidad de los juicios estéticos tenía su fundamento objetivo en la perfección del objeto, vemos que en la concepción empirista de la belleza, el juicio estético está desprovisto de universalidad ya que se funda exclusivamente en la impresión subjetiva. Sin embargo, no podemos dejar de advertir que decir "esto me gusta" no equivale a decir "esto es bello". Así pues, el juicio estético tiene una universalidad que la concepción empirista no puede explicar. Si bien Hume planteó específicamente el problema del gusto y preparó el escenario para su discusión filosófica, no ofreció una respuesta.

Así pues, se precisaba una nueva explicación de la vida cognitiva del hombre y de sus juicios estéticos y morales y esto es lo que Kant intenta ofrecer.

Examinemos ahora a un pensador que, a pesar de no ser una figura prominente, contribuyó en cierta medida a preparar el foro en el que Kant haría su aparición: Henry Home, nacido en Kames, condado de Berwick, Escocia, en 1699 y muerto en Edimburgo en 1782; jurisconsulto, literato y moralista, primo de David Hume. Su primera formación fue como literato, pero decidió hacerse abogado y en 1724 fue admitido en la Barra Escocesa; llegó a ser juez en 1752 y asumió el título nobiliario de lord Kames. En 1763 fue promovido a la Suprema Corte de Justicia y conservó ese puesto hasta su muerte. En sus primeros trabajos Home pretendía reformar el sistema legal escocés al remplazar el antiguo sistema feudal por una sociedad civil moderna; de ese modo, trató temas de leyes y justicia buscando discernir los principios generales que esclarecen e informan los casos particulares. Esta misma búsqueda de principios fue aplicada por Home en sus dos principales obras de filosofía social y filosofía del arte:

Essays on the Principles of Morality and Natural Religion (Edimburgo, 1751) y *Elements of Criticism* (3 vols., Londres, 1762-1765). Estas dos obras poseen múltiples puntos de vinculación, pero me concentraré básicamente en la segunda porque, a pesar de que reputados pensadores, por ejemplo Adam Smith, expresaron opiniones muy desfavorables sobre ella, en 1807 había llegado ya a la octava edición y en 1763, tan sólo un año después de su publicación, ya había sido traducida al alemán por J. N. Meinhard y Rautenberg, traducción ésta que tuvo también varias ediciones, una de las cuales llegó a manos de Kant.

Aunque el pensamiento de Home está fuertemente influido por el de Hume, en sus *Essays* Home defenderá las tesis de Hutcheson sobre el sentido moral contra las objeciones que Hume le formulara y considerará que ese sentido moral se extiende también a los sentimientos de inviolabilidad de la propiedad y de respeto a los contratos, los cuales constituyen, según Home, la base de la naciente sociedad comercial. Para él, éstos son los principales sentimientos que se necesitan para asegurar la armonía social en este nuevo orden y se complementan con el placer del sentimiento de lo bello. El sentimiento de lo bello es un ornamento del orden social pero, en última instancia, es irrelevante para asegurar dicho orden. En la segunda obra, en cambio, Home otorgará un papel más importante al gusto y al sentimiento de lo bello como elementos que aseguran la armonía de la sociedad civil: allí sostendrá que las bellas artes tienen una influencia benéfica en la sociedad ya que ayudan a unificar las distintas clases y rangos sociales en los mismos elegantes placeres, promueven la benevolencia, el amor al orden y la sumisión al gobernante y, al inspirar delicados sentimientos, hacen que esa sumisión sea realmente agradable. Debido a este nuevo papel otorgado al sentimiento de belleza en el orden social, Home analiza el aspecto sensitivo de la naturaleza humana con el objeto de determinar los objetos naturalmente agradables o desagradables y sostiene que los principios fundamentales de las bellas artes, o elementos de la crítica, deben ser tomados de la naturaleza humana. Las bellas artes se

derivan de la naturaleza humana porque el hombre, como ser sensitivo, es capaz de placer y las bellas artes están destinadas a dar placer a la vista o al oído. Por esta razón Home inicia sus *Elements of Criticism* con una amplia exposición, de casi doscientas páginas, en torno a la naturaleza humana y dedica los primeros capítulos a las emociones y las pasiones, pues esto constituye el prolegómeno psicológico que, según Home, requiere la estética. Las percepciones y las ideas se producen independientemente de nuestra voluntad, e incluso llegamos a querer que cesen ciertos encadenamientos de ideas; las ideas siguen a las percepciones de acuerdo a las leyes de la asociación (semejanza, contigüidad en espacio o tiempo, causa y efecto). Las emociones y las pasiones se producen en relación con nuestro encadenamiento de percepciones e ideas; una pasión es una emoción que está acompañada por un deseo. La regla general que rige la producción de las emociones es la de que amamos lo agradable y rechazamos lo desagradable; según Home, el principio básico de la crítica establece que toda obra de arte es agradable en la medida en que se aviene al curso natural de nuestras ideas y, por el contrario, toda obra de arte que contraviene dicho curso es, en esa misma medida, desagradable.

En los objetos naturalmente agradables Home distingue dos formas de belleza: la intrínseca y la relacional. Belleza intrínseca es la que posee un objeto en sí mismo; en cambio, belleza relacional es la que posee un objeto en relación con otros objetos. La primera es captada sólo por la sensibilidad; la segunda va acompañada por un acto de inteligencia o de reflexión. Los elementos de la primera forma de belleza son la regularidad, uniformidad, proporción, orden y simplicidad. Los elementos de la segunda son el uso y la utilidad.

Antes de concluir este breve examen sobre el sentimiento de lo bello es necesario tener presente los puntos de vista de otro importante teórico británico del gusto: Edmund Burke, nacido en Dublín el 12 de enero de 1729 y muerto el 9 de julio de 1797. Burke estudió en Londres lenguas

clásicas, filosofía y leyes y fue célebre escritor, orador y político. Su obra principal, *Philosophical Inquiry into the Origin of Our Ideas of the Sublime and Beautiful* (*Investigación filosófica sobre el origen de nuestras ideas de lo sublime y lo bello*) fue emprendida en 1747, cuando el autor contaba apenas dieciocho años de edad y publicada en 1757, el mismo año en que Hume publicó su célebre ensayo *Of the Standard of Taste*. La obra de Burke despertó gran atención en Alemania; en efecto, pocos meses después de haber sido publicada, Lessing la tradujo para su uso personal al encontrar en ella algunos elementos (que desarrollaría más tarde en su célebre *Laokoon*) en torno a la diferencia entre las artes figurativas o miméticas y las artes literarias o patéticas y sus respectivas relaciones al espacio y al tiempo.[30] Por su parte, Mendelssohn publica en 1758 su breve escrito sobre las características de lo sublime y lo ingenuo, al cual nos hemos referido más arriba, que no es otra cosa que una amplia reseña de la obra de Burke, al igual que su *Rhapsodie über die Empfindungen* de 1761. Las traducciones francesa y alemana de la obra de Burke vieron la luz pública en 1765 y 1773 respectivamente.

En su *Enquiry* Burke anuncia su propósito de demostrar que el gusto no es un asunto meramente personal sino que, por el contrario, hay ciertos principios que le confieren regularidad y uniformidad. El arguye que en la medida en que los órganos de percepción son los mismos en todos los hombres, la manera de percibir los objetos externos es la misma en todos los hombres. Burke considera que el término *gusto* es vago y se propone darle mayor consistencia catalogando las diferentes clases de objetos sensibles y los diversos tipos de placer y displacer que tales objetos nos provocan. Esto no significa que el placer y el displacer puedan adscribirse a los objetos: placer y displacer son, más bien, aspectos de nuestra percepción sensorial de dichos objetos, la cual es invariable en todos los hombres. Para Burke, los

[30] Hay que recordar que esta distinción se encontraba ya en el *Perì hýpsous*, XXXVI y en Marco Fabio Quintiliano, *De institutione oratoria*, libro XII, 7, 10.

objetos suaves son bellos porque producen efectos placenteros sobre nuestro cuerpo: por ejemplo, una cama blanda y limpia nos dispone a todos al descanso y la calma y no sólo a algunas personas con cierto gusto. Burke insiste en que las preferencias que la gente demuestra son universales y transhistóricas y manifiesta especial interés en el uso positivo que el placer y el displacer desempeñan en la actividad humana, por lo cual la división crucial en la estética es, para él, la que se hace entre los objetos que ocasionan placer y los que ocasionan displacer.

Burke nos ofrece un enfoque fisiológico del placer y una explicación tautológica de la belleza; para él los juicios de gusto proporcionan los elementos para un análisis psicológico de nuestras operaciones sensoriales, las cuales tienden hacia la preservación de la especie humana. En el siguiente apartado ampliaremos el punto de vista fisiológico de Burke examinando el contraste que establece entre lo bello y lo sublime: para gustar y gozar no hace falta esfuerzo alguno, hay una pasividad de la sensibilidad y de las emociones; es una sensibilidad de goce opuesta al esfuerzo. Todo lo contrario ocurrirá con el sentimiento de lo sublime en el cual, por así decirlo, se "tensan" nuestras facultades.

El sentimiento de lo sublime

Uno de los primeros escritos sobre el concepto de lo sublime fue un tratado intitulado *Περὶ ὕψους* (*Perì hýpsous* o *Sobre lo sublime*) que durante mucho tiempo se atribuyó a Longino.[31] Sin embargo, un estudio detenido del tratado descubrió indicaciones históricas y particularidades literarias que permitieron demostrar que el tratado no puede pertenecer a Longino, sino que fue escrito por un autor anónimo dos siglos antes que Longino. El descono-

[31] Cayo Casio Longino, retórico y gramático griego del siglo III d.C., no se conoce con precisión la fecha de su nacimiento (se coloca probablemente en el año 213) ni tampoco su lugar (quizá Atenas, Éfeso o Palmira), murió ejecutado en Palmira en el año de 273; su fama como gramático y retórico fue enorme, Plutarco lo calificó como el mejor crítico de su siglo.

cido autor del *Perì hýpsous* vivió en la segunda mitad del siglo I d.C., durante el reinado de los emperadores Claudio, Nerón y Vespasiano, muy probablemente en Alejandría y su cultura era predominantemente helenista, aunque también cita el *Génesis* en su obra debido quizá a la importante colonia judía asentada en esa ciudad. El tratado, que se presenta como una misiva a un amigo romano, nos ha llegado incompleto y es una joya de erudición y elocuencia. Así pues, el *Perì hýpsous* fue elaborado en un periodo de crisis de valores y de cambios sin precedente y está situado en el cruce de caminos de tres grandes tradiciones: la filosofía clásica griega, el naufragio de la república romana y el nacimiento del cristianismo. La obra no es un estudio sobre lo sublime como concepto estético, sino más bien una teoría gramatical, retórica y poética sobre el estilo elevado, entendido éste como la expresión de la profundidad del pensamiento, la intensidad de las pasiones, la brillantez máxima de las imágenes y la magnificencia de la composición. Excepción hecha del capítulo XXXV, en el cual se refiere lo sublime a la vastedad infinita del cosmos, el autor del texto, fiel a la tendencia antropocéntrica de la filosofía griega, refiere lo sublime más bien al hombre y no al mundo externo. De este modo hace un estudio de lo sublime inmanente en el discurso e intenta contraponer la representación grandiosa de las pasiones humanas en la tragedia con la representación placentera de los caracteres en la comedia, contraposición que nos ofrece como equivalente a la que se da entre lo sublime y lo placentero, lo grandioso y lo gracioso. La tradición literaria griega y latina trató lo sublime como parte de la teoría de los estilos o géneros literarios (*genera dicendi*). Dados los objetivos que persigo en este trabajo no podré detenerme en este punto y me limitaré a hacer un breve señalamiento.

La teoría de los géneros literarios empezó con Teofrasto,[32] quien se ocupó minuciosamente de la retórica (*Περὶ λέξεως*) e influyó sobre todo con su

[32] Teofrasto, filósofo y polígrafo griego, nacido en Ereso, villa marítima de la isla de Lesbos hacia el año 374 a.C. y muerto en Atenas hacia 287. Aristóteles lo nombró como su sucesor; según Diógenes Laercio, su nombre original era Tirtamo y Aristóteles le mudó este nombre por el de Teofrasto, que significa "de habla o estilo divino".

teoría de las cuatro *virtutes dicendi*; ésta fue recogida posteriormente por Cicerón[33] en su obra *De oratore,* en la cual expone su teoría sobre la elocuencia. Por su parte, Quintiliano,[34] en su *De institutione oratoria,* dedica los libros VIII y IX al tratado de la elocución. Por último debe mencionarse un famoso tratado, atribuido a Demetrio de Falero[35] y titulado *Libellus de elocutione* (*Περὶ ἑρμηνείας*), que trata igualmente de la expresión oratoria y sus procedimientos. Sin embargo, estudios posteriores han hecho ver que el tratado no pertenece a Demetrio, sino a un autor que no se ha podido identificar aún y que debió haber vivido en los primeros años de nuestra era. En estos tratados se nos ofrecen pormenorizadas descripciones de tres estilos literarios que se distinguen claramente: el estilo elevado (*megaloprepés*), el estilo vehemente (*deinós*) y el estilo simple. El estilo elevado está representado por Tucídides y se caracteriza por la fuerza de la concepción, en tanto que el estilo vehemente está ejemplificado por Demóstenes y se caracteriza por la fuerza de la pasión. Así pues, lo sublime no es tratado propiamente como tal sino sólo como un rasgo de los estilos elevado y vehemente.

A partir del siglo XVII encontramos nuevas consideraciones respecto de lo sublime generadas, más que por un cambio teórico, por una radical

[33] Marco Tulio Cicerón, orador filósofo y literato de la antigua Roma nacido el 3 de enero del año 106 a.C. y muerto el 7 de diciembre del año 43. En el año 46 a.C. escribe *De oratore.*

[34] Marco Fabio Quintiliano, célebre escritor nacido en Calahora (hoy Logroño) aproximadamente en el año 42 d.C.; tampoco se sabe con exactitud el año en que murió y se considera que ocurrió hacia el 120 d.C. Juvenal lo tuvo siempre como un modelo y toda su gloria descansa en los doce libros de teoría literaria que forman su *De institutione oratoria.*

[35] Filósofo, orador y jefe político; nacido en Falero, puerto de Atenas, hacia el año 345 a.C. y muerto en destierro, por orden de Ptolomeo en el Alto Egipto hacia 283. Hijo del esclavo Tanostrato, logró con su talento, elocuencia y actividad incansable influir en los destinos de Atenas. Estudió filosofía y retórica bajo las enseñanzas de Teofrasto y Menandro; en época en que habían enmudecido las voces elocuentes de los oradores atenienses y Atenas se hallaba continuamente amenazada en su libertad, los discursos democráticos de Demetrio le conquistaron gran renombre y ascendiente entre sus conciudadanos. Fue aclamado por los atenienses durante dos lustros, presidiendo el gobierno de la ciudad de 317 a 307 a.C., año en el que después de la toma del Pireo en manos del rey de Macedonia tuvo que huir a Tebas y después a Alejandría. Ahí contribuyó a la fundación de la biblioteca de Alejandría. El monarca egipcio Ptolomeo lo hizo su consejero, pero envidias e intrigas políticas provocaron su destierro al Alto Egipto donde murió por la mordedura de una serpiente.

transformación de la sensibilidad. En efecto, bajo la influencia de los nuevos descubrimientos científicos y sus aplicaciones prácticas, había nacido una nueva forma de considerar la naturaleza y de relacionarse con ella. Así, por ejemplo, las grandes expediciones geográficas habían ensanchado como nunca antes el horizonte del mundo habitado y los exploradores descubrían nuevas riquezas naturales; los recientes aparatos ópticos, como el microscopio y el telescopio, contribuían en la concepción moderna científica del mundo ampliando la manera de investigar y ver el mundo fenoménico. Los grandes ríos y océanos, el desierto inmenso y los volcanes, las cordilleras y las cumbres inaccesibles, las islas remotas y los litorales desconocidos, la bóveda estrellada, son realidades que llaman poderosamente la atención humana. Veremos que, en contraste con la concepción racionalista-platónica de la belleza, en la cual la grandiosidad y la magnificencia eran categorías estéticas de gran importancia, de modo tal que en dicha concepción la belleza era en buena medida afín a lo sublime, ahora lo sublime será considerado en tajante separación de lo bello. En efecto, lo sublime aparecerá en lo sucesivo como un elemento desmesurado, desordenado y desbordante; lo sublime se concebirá en claro contraste con la idea neoclásica de belleza que imperaba en ese momento, según la cual bello era lo pulcro, ordenado y regular y que tomaba a la naturaleza como modelo y parámetro del arte. Ciertamente la naturaleza siguió siendo considerada como el modelo al que el arte habría de referirse, pero su concepción será ahora distinta: ya no se tratará únicamente de una naturaleza en la que impera la regularidad y que obra de acuerdo con leyes claramente definidas que son expresión del orden y armonía de la mente divina. La naturaleza será también lo inabarcable e insondable, lo desmedido y salvaje, lo implacable e indómito, lo despiadado y feroz e incluirá en ella todo lo que nos deja sentir lo inaccesible, *e.g.* la soledad del desierto, la inmensidad del mar, la infinita bóveda celeste. El gusto por lo sublime encontró su paradigma en la poesía de John Milton, especialmente en su *Paraíso perdido*.

A mediados del siglo XVII se aprecia en Inglaterra un renacimiento del interés por lo sublime; ahí aparece en 1636 una edición del *Perì hýpsous* y en 1652 la segunda traducción de este texto a una lengua moderna,[36] veintitrés años antes de la famosa traducción francesa que Boileau publicara en 1675. Entre los autores ingleses, el concepto de lo sublime fue examinado desde los primeros años del siglo XVIII por Dennis,[37] Addison,[38] Shaftesbury,[39] Berkeley[40] y Baille[41] quienes ampliaron este concepto de modo que ya no quedó referido exclusivamente al discurso literario como un componente poético o retórico, como ocurría en el *Perì hýpsous*. Así por ejemplo, Dennis consideró lo sublime como expresión de la pasión desmesurada e impetuosa; Shaftesbury, en cambio, lo identificó con la virtud más elevada a la que puede llegar el ser humano y con Dios en cuanto creador de la naturaleza; por su parte, Baille, lo definió por primera vez en términos de la respuesta del espectador y lo asignó al poder de las facultades humanas.

[36] La traducción fue hecha por John Hall y apareció en Londres con el título de *Of the Height of Eloquence*; la primera traducción del *Perì hýpsous* a una lengua moderna fue la versión italiana que apareció en 1639.

[37] John Dennis (1657-1734) estudió en Cambridge y después viajó por Francia e Italia. Al regresar a Londres tomó posesión de la herencia de un tío, misma que dilapidó alegremente; era amigo de los literatos más reputados de la época: Dryden, Congreve, Halifax, Moyle, etc. Dennis se distinguió por su odio a los franceses, que le valió los ataques de Voltaire, y por sus violentas campañas contra Pope, Addison y Swift. En sus últimos años de vida quedó ciego y murió en soledad, pues su carácter le había ganado muchas antipatías. En 1701 publicó en Londres *The Advancement and Reformation of Modern Poetry*, obra en la que aborda el concepto de lo sublime.

[38] Joseph Addison (1672-1719), literato, moralista, teólogo, latinista, crítico, periodista y escritor político. Es sin duda una de las personalidades más sobresalientes del mundo literario de Inglaterra; su copiosa obra ha sido traducida a casi todos los idiomas y se distingue por su corrección, su amor a la libertad, su delicadeza de sentimientos y su fino sentido del humor. Fundó con Richard Steele el famoso periódico *The Spectator* y ambos comparten la gloria de haber implantado en Inglaterra la verdadera crítica literaria; entre las contribuciones y ensayos que, bajo el título de *The Pleasures of the Imagination*, Addison hiciera del 21 de junio al 3 de julio de 1712 para *El Espectador* (ensayos 411-421), encontramos su tratamiento del concepto de lo sublime.

[39] Anthony Ashley Cooper, tercer conde de Shaftesbury (1671-1713), publicó en 1709 *The Moralist*; precisamente en la parte III de dicha obra trata de lo sublime.

[40] George Berkeley (1685-1753) publicó en 1713 su obra *Three Dialogues Between Hylas and Philonus*; en el "Diálogo II" Berkeley se refiere a lo sublime.

[41] John Baille era un médico del servicio militar británico destacado en Holanda; publicó en Londres en 1747 una obra de muy pequeña circulación intitulada *Essay on the Sublime*.

Sin embargo, las obras decisivas en la nueva manera de considerar lo sublime fueron las obras de Home y Burke.

Burke analiza lo bello y lo sublime desde un punto de vista empírico, señalando los efectos fisiológicos producidos por los objetos en los individuos, de modo tal que se puede afirmar la universalidad del testimonio de los sentidos. Burke vincula lo bello con el sentimiento de seguridad y con ciertas emociones de orden social como la familiaridad, la comprensión y el compañerismo. En cambio, él enlaza lo sublime con las arduas decisiones del heroísmo y con el esfuerzo que reclama enfrentar aquello que nos es extraño y ajeno, aquello que nos sorprende e inquieta por estar más allá de nuestro alcance personal. Considera que las cosas pequeñas y suaves son bellas porque se avienen a los órganos sensibles del ser humano y facilitan su buen funcionamiento; en cambio, considera sublimes aquellas cosas con las cuales difícilmente trabajan los órganos de los sentidos o que entorpecen su buen funcionamiento, como por ejemplo, la oscuridad o la luz excesiva. Así pues, para Burke lo bello y lo sublime son propiedades de las cosas, atributos de los objetos que permanecen en ellos y que pueden ser descubiertos por la experiencia. De este modo, el análisis de Burke no es otra cosa que un catálogo de las reacciones uniformes que todo el mundo tiene ante los objetos de tal experiencia.

Burke proporciona una explicación meramente empírica de lo sublime como una emoción que se genera por un sentimiento de miedo, debido a algo que amenaza nuestra integridad física o nuestra vida, que nos inquieta y produce cierta pena, pero que no deja de excitar en nosotros sentimientos agradables y a veces un verdadero placer al percatarnos de que no estamos en un peligro real; así, el sentimiento de lo sublime es calificado por Burke como un "horror delicioso" que se genera por el esfuerzo que hacen los sentidos por abarcar su grandeza. Burke recibió la noción de lo sublime del campo retórico y la transportó hasta el campo de la psicología empírica, pero no la despojó de una importante significación

estética y retórica; en efecto, Burke terminaba su tratado con un notable capítulo sobre la elocución.

Las propuestas de Kant sobre el sentimiento de lo sublime

La posición filosófica de Kant se caracterizó por tratar de mediar y conciliar los grandes debates intelectuales de su tiempo; así por ejemplo, en *Pensamientos sobre la verdadera estimación de las fuerzas vivas,* uno de sus primeros trabajos, trata de arreglar el desacuerdo entre Descartes y Leibniz. Posteriormente, en los escritos que elabora entre 1750 y 1760 intenta avenir el choque doctrinal entre la física newtoniana y la metafísica leibniziana. En términos generales, podría decirse que Kant busca una síntesis que permita resolver la controversia entre racionalismo y empirismo preservando los logros definitivos que han alcanzado cada una de las dos partes contendientes. Ahora bien, esto no significa que la filosofía de Kant sea un mero sincretismo; por el contrario, identificar y rastrear la historia de los ingredientes que intervienen en la formación de la filosofía kantiana puede ser de enorme ayuda para apreciar la manera innovadora y brillante con la que Kant organiza estos materiales conocidos y familiares. En efecto, el progreso en filosofía consiste en la creciente precisión con que se formula un problema, es decir, en la relación completa de dicho problema con aquellos otros implicados por él, en la consideración de dicho problema dentro del desarrollo sistemático de los problemas filosóficos. Es claro que esto exige no privilegiar a un sistema filosófico sobre otro sino más bien sostener que la filosofía es una tarea permanente de apertura y síntesis. Considero que eso es precisamente lo que el filósofo de Königsberg trató de llevar a cabo y yo intentaré mostrarlo por lo menos en lo que se refiere a la obra que tenemos en las manos. Me parece que, al igual que toda su evolución filosófica, Kant nunca entendió su pensamiento como una doctrina conclusa sino como un proceso constante de nuevas ideas y nuevos problemas. Kant es una figura fundamental en la historia de la estética y las dos

obras que sobre esta materia publicó en vida, *i.e.* las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* y la *Crítica de la facultad de juzgar*, constituyen, en conjunto, la primera gran aportación a un sistema de teoría estética de los tiempos modernos. No obstante que entre estas dos obras hay una separación de veinticuatro años, trataré de mostrar que en las *Observaciones* ya se perfilan algunos temas esenciales del núcleo de la "Analítica de lo bello" y la "Analítica de lo sublime" que encontraremos desarrollados de manera más completa y madura en la *Crítica de la facultad de juzgar.* Iniciemos con el sentimiento de lo sublime.

Si pensamos en el escrúpulo erudito que tiene todo estudioso y en que Kant estaba dotado de una buena cultura clásica, podemos decir que es muy probable que, preparándose para tratar lo sublime, Kant tuviera en cuenta el *Perì hýpsous.* También podemos decir que Kant conocía la obra de Burke, tanto por referencias de su amigo escocés Joseph Green, el cual tenía contacto personal con Burke, como por las noticias dadas por Mendelssohn. De hecho, Kant se refiere a la obra de Burke con deferencia y cita textualmente uno de sus pasajes en la *Crítica de la facultad de juzgar.*[42]

Por otra parte, hay que recordar que Mendelssohn, en su breve escrito sobre lo sublime y lo ingenuo, publicado cinco años antes de la obra de Kant que nos ocupa, examinaba lo sublime con referencia exclusiva a las ciencias de lo bello y esbozaba los primeros rasgos de dos formas de lo sublime que hasta entonces habían permanecido indiferenciadas por todos y que poco después Kant separará y describirá con todo rigor: lo sublime de la grandeza y lo sublime de la fuerza o poder. En efecto, así como hay un inconmensurable de la grandeza o magnitud extensa, así también hay una inconmensurabilidad inextensa, de intensidad, que suscita, como lo sublime extenso, una sensación de terror. Sin embargo, Mendelssohn y, antes de él, Shaftesbury consideraron lo sublime como

[42] *Cfr.* edición de la Real Academia Prusiana de Ciencias, vol. V, p. 277. En lo sucesivo, todas las referencias a las obras de Kant en este estudio introductorio remiten a esta edición.

un rasgo que no poseen los seres humanos comunes y corrientes sino que sólo es alcanzable por individuos de sensibilidad extraordinaria: el último lo atribuyó a la divinidad y a la cima de la virtud humana y el primero lo asignó al genio.

Kant se separará con claridad tanto de la concepción meramente empírica y fisiológica de lo bello y lo sublime defendida por Burke como de la concepción de Mendelssohn, y en eso radica uno de los aspectos más importantes de su concepción. Él sostendrá que el ser humano posee, en sí mismo, por su propia naturaleza y universalmente, un carácter sublime. En efecto, el principio básico que rige en la vida virtuosa es, dice Kant, el "sentimiento de la belleza y la dignidad de la naturaleza humana".[43] La dignidad inherente a la naturaleza humana unifica a todos los seres humanos, es decir, es el común denominador que subyace bajo toda diversidad humana observable y es el fundamento del sentimiento de lo sublime y de la tesis según la cual todo ser humano posee, en sí mismo, un carácter sublime. Aquí hay dos puntos que es necesario precisar. El primero se refiere a la influencia de Rousseau que ya hemos esbozado más arriba y que detallaremos ahora recordando las palabras del propio Kant según las cuales "Rousseau es el Newton del mundo moral". La analogía que Kant establece entre Newton y Rousseau radica en que así como Newton fue el primero en hacernos ver el orden y la regularidad del mundo físico en el cual los demás no habían percibido más que una multiplicidad desordenada, así también Rousseau descubre en la pluralidad y diversidad humana la unidad de una naturaleza y condición universalmente compartidas por todo ser humano. Este descubrimiento no será para Kant un simple cambio teórico sino una transformación ética radical que se reflejará en las metas de su existencia.

Ahora bien, pienso que Kant es atraído por Rousseau precisamente en el aspecto en el que la formación pietista de su infancia y juventud lo

[43] *Observaciones*, [217], <23>.

hacía afín al pensador ginebrino. Sin embargo, no todo en Rousseau resulta atractivo para Kant: hay ideas de Rousseau que son calificadas por Kant, textualmente, de extrañas absurdas y desconcertantes, tal y como lo dice, sin ambages, en el pasaje de las *Reflexiones* al que nos hemos referido en páginas anteriores.

Dejando a un lado la belleza del estilo de Rousseau, frente a la cual Kant se sentía tan vivamente impresionado, Kant reconoció en Rousseau dos importantes tesis que había recibido en su formación pietista mucho antes de conocer a Rousseau: la tesis de la dignidad del ser humano con independencia de su rango o posición social y la tesis de la educación de la humanidad. El pietismo establecía la doctrina del valor humano individual, de la dignidad inherente a todo ser humano e insistía en la importancia de la educación pública y su vinculación al bienestar social de las clases económicamente más bajas. Así pues, podría decirse que Kant reencontró estas dos doctrinas, originalmente pietistas, en el pensamiento de Rousseau pero que no las fundó sobre la base sentimentalista sobre la cual las cimentó el autor de *Emilio*.

Rousseau se había dado a conocer por su *Discurso sobre las artes y las ciencias* (1750) que le valió el primer premio en el concurso convocado por la Academia de Ciencias de Dijon. El tema del concurso propuesto por la academia consistía en responder la siguiente pregunta: ¿El florecimiento de las ciencias y las artes ha contribuido a mejorar las costumbres? Rousseau plantea el problema del progreso en general mostrando todo lo que puede tener de contradictorio y concluye que el progreso de la ciencia y el arte no ha contribuido verdaderamente a mejorar las costumbres, sino más bien a extraviarlas. Ciertamente Rousseau estaba expresando, antes y más claramente que otros, su reprobación al presupuesto comúnmente extendido entre sus contemporáneos sobre la omnipotencia de la inteligencia y el pensamiento racional. En este momento son pocas aún las mentes especialmente perspicaces que pueden prever la crisis espiritual que planteará la modernidad, sin embargo, las paradojas planteadas por

Rousseau llevarán a Kant a sondear el trasfondo del alma humana. Esta nueva exploración que Kant emprende representa el despuntar del romanticismo y anuncia un cambio mental en Alemania, consistente, entre otros elementos, en sustituir el enfoque racionalista del entendimiento por el de la sensibilidad y en interesarse por la psicología de los individuos. Así pues, vemos que en las *Observaciones* despunta la idea de la importancia de los sentimientos en la vida moral; Kant no abandonará dicha idea, antes bien la conservará cuidadosamente y la explotará incluso en sus obras de madurez. Es clara, pues, la importancia de lo sublime y su conexión con el sentimiento de respeto como temas centrales de la teoría moral kantiana.

El segundo punto que es conveniente precisar está muy vinculado con el anterior y se refiere a los sentimientos. Cuando Kant habla del "sentimiento de la belleza y dignidad de la naturaleza humana" como principio básico de la vida moral, encontramos un elemento esencial de la segunda y tercera formulaciones del imperativo categórico que Kant nos presentará desarrollado cabalmente en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* y en la segunda *Crítica.* En efecto, sostengo –y lo trataré de mostrar al menos en lo referente a algunos de los temas centrales del libro que nos ocupa– que en la filosofía de Kant puede verse un crecimiento orgánico o sistemático, es decir, que no hay rupturas radicales en los diversos periodos de su evolución, sino más bien un desenvolvimiento armonioso en el que se asimilan e integran los logros alcanzados en las etapas precedentes. La filosofía de Kant es, por decirlo así, un sistema de vasos comunicantes, una red neuronal. Para Kant, el principio que rige en la vida virtuosa no es una regla especulativa sino un sentimiento que late en todo corazón humano: el sentimiento de la belleza y la dignidad de la naturaleza humana que da lugar, respectivamente, a la benevolencia universal y al respeto.

Hay otro punto más en el que Kant se separará claramente de los filósofos británicos que habían sostenido que la belleza y las cualidades morales son propiedades de los objetos que pueden ser percibidas por un sentido moral y por un sentido de la belleza, los cuales operan como los

órganos de los sentidos: el filósofo de Königsberg hablará de "sentimientos" (*Gefühle*) y no de "sentidos" (*Sinne*) y ésta será una diferencia importante. Por otra parte, para Kant dichos sentimientos son más bien actitudes, disposiciones del ánimo o, en sus propias palabras, "temples de ánimo". De hecho, veremos que en las *Observaciones* Kant sigue un método inductivo con el cual describe personas y se ocupa del conocimiento integrado a los sentimientos y manifestado en la conducta. Más aún, Kant sostendrá que "las facultades del alma tienen tan grande conexión entre ellas que muchas veces se puede inferir de la manifestación de los sentimientos los talentos intelectuales" e incluso afirmará que el sentimiento de lo noble y lo bello "debe ser el móvil para aplicar esas dotes intelectuales bien y con regularidad".[44] Muy poco tiempo después Kant considerará nuevamente esta tesis de la unidad de las facultades del ser humano en su propuesta de programa para los cursos que impartiría durante el semestre de invierno 1765-1766: ahí él empieza señalando la falta de gusto en gran parte de la enseñanza y el aprendizaje, pasa enseguida a indicar el contenido de lo que expondrá en materia de metafísica, lógica y ética y afirma que "la crítica de la razón permite considerar también la crítica del gusto, es decir la estética, ya que las reglas de una permiten explicar las de la otra".[45] Habremos de considerar con cierto detenimiento este tema de los sentimientos más adelante, por ahora baste decir que para Kant no es posible concebir una razón aislada de los sentimientos, que el conocimiento está emotivamente condicionado y que los afectos predisponen las acciones.

El capítulo III de la "Analítica" de la *Crítica de la razón práctica* es uno de los más vigorosos escritos kantianos que manifiesta en cada página el hondo contenido moral de toda su filosofía y que nos proporciona una vívida y memorable descripción de la experiencia moral. Su propósito es

[44] *Ibid.*, [225], <42-43>.
[45] *Cfr.* vol. II, p. 311.

mostrarnos de qué manera el ser humano llega a ser movido por el sentimiento de respeto a la ley, es decir, por el deber, el cual, como motivo determinante del obrar, nos permite reconocer que todo ser humano es un fin en sí mismo y que tiene dignidad y no precio. Este capítulo está íntimamente conectado con la última sección de la *Crítica de la razón práctica*, la "Metodología", en la que Kant aborda el tema del papel de la educación y de la enseñanza moral; ahí nuevamente vemos la vinculación entre razón y sentimiento. Trataré de mostrar que las concepciones que Kant presenta de la razón y de la sensibilidad están lejos de ser ideas en las que dichas facultades se excluyen mutuamente e imposibilitan sostener la unidad de las diversas facultades humanas. Por el contrario, Kant considera que el papel de la educación es generar una sinergia, un concurso activo y concertado de estas facultades para procurar y fomentar el bien sumo en la vida presente fijado como meta. También trataré de mostrar que el sentimiento de respeto como motivo determinante de la voluntad es el rasgo moral por excelencia de la doctrina kantiana.

La vida es una experiencia infeliz cuando los sentimientos no son respetados y es gran infortunio la disociación entre sentimientos y razón. En las páginas siguientes mi objetivo es aclarar, en contra de lo que suele pensarse, que Kant está lejos de promover tal disociación. En efecto, es imposible que la acción moral esté privada de sentimientos, pues uno y el mismo es el sujeto que siente, piensa, quiere y actúa; los sentimientos, en toda su gama, están presentes en la acción moral, pero no como motivos determinantes de la voluntad, excepción hecha del sentimiento de respeto hacia la ley moral, el cual ha de ser, según Kant, el motivo determinante de la voluntad cuando ésta obra autónomamente. Cuando la acción es moral, la voluntad está determinada por ese sentimiento, que no es otro que el sentimiento de lo sublime que suscita en nosotros la contemplación del ser humano como fin en sí mismo y de la ley moral, con su terrible majestad. Éstos nos estremecen y sobrecogen y el sentimiento que producen en nosotros está lejos de ser un plácido deleite; es más bien el sentimiento de

algo sagrado y sublime que nos embarga y desborda, que nos arrebata y nos pasma.

En los apartados anteriores nos hemos detenido a detallar las características de lo bello y lo sublime; agreguemos ahora que la manera más segura de distinguir lo sublime de lo bello es remitirnos a los distintos efectos que producen en el ánimo. La percepción de lo bello engendra un deleite plácido, fruto del ejercicio libre, reposado y armonioso de todas las facultades del sujeto. El fundamento de este placer, singular e inconfundible, es el sentimiento de seguridad o confianza que podemos poner en nuestras facultades cognoscitivas y la conciencia que tenemos de que están en conformidad con el mundo externo; pero el ser humano no sólo tiene sentimientos estéticos de placer y agrado, los tiene también de miedo y terror. En efecto, en la consideración de un objeto sublime el espíritu queda sobrecogido de una especie de temor; se siente anonadado, pasmado ante una grandeza dominadora que lo subyuga; la admiración, el respeto y hasta el espanto son las notas características de este sentimiento. Sublime es el sentimiento que produce en nosotros un objeto grande por sobre toda comparación, un objeto en comparación con el cual todo lo demás es pequeño; a su vista nuestro espíritu se siente como elevado y engrandecido; se despierta en nosotros algo como un esfuerzo interior que nos impulsa hacia lo alto, una aspiración a igualarse, si se pudiera, con aquella grandeza. Por esto el análisis señala en el sentimiento de lo sublime un momento especial de tensión; a este anhelo de elevación sigue inmediatamente el sentimiento de nuestra impotencia: nos hallamos demasiado débiles para subir tan alto, nos sentimos sin fuerzas bastantes para concebir con exactitud aquella inmensa grandeza que supera la capacidad de nuestras facultades. El sentimiento de lo sublime es un sentimiento de elevación y expansión a la par que de reconocimiento de la propia limitación: no encontramos en nosotros capacidad para abarcar en su conjunto el objeto que nos suscita este sentimiento, ni medida ni término de comparación que nos ayude a formarnos una idea exacta de él; pero al mismo

tiempo la percepción de esta extraordinaria magnitud o intensidad permite que surja en nosotros una especie de sujeto ideal, elevado y engrandecido sobre sí mismo, sin el cual el objeto sublime carecería de resonancia. En efecto, lo sublime no es sólo una gran fuerza, requiere, además, la elevación del sujeto; de hecho, nos expresamos incorrectamente cuando llamamos sublime a un objeto de la naturaleza pues la verdadera sublimidad sólo tiene que ser buscada en el ánimo del sujeto, no en el objeto. Más aún: nada que pueda ser objeto de los sentidos puede ser llamado con propiedad sublime; lo auténticamente sublime no puede estar contenido en ninguna forma sensible, externa al sujeto, su fundamento sólo puede estar dentro de nosotros y atañe a las ideas de la razón. De este modo, sublime es aquello cuyo solo pensamiento da prueba de una facultad del ánimo que excede toda medida de los sentidos, *i.e.* una facultad que sea ella misma suprasensible.[46]

Por otra parte, "respeto es el sentimiento de la inadecuación de nuestra facultad para alcanzar una idea que es para nosotros ley": el sentimiento de lo sublime en la naturaleza es respeto hacia nuestra propia destinación, el cual mostramos a un objeto de la naturaleza a través de una cierta sustitución de respeto por el objeto en lugar del respeto hacia la idea de la humanidad en nuestro sujeto. Esta sustitución hace en nosotros, por decirlo así, intuible la superioridad de la destinación racional de nuestras facultades de conocimiento por encima de la más grande potencia de la sensibilidad.[47] Tenemos, pues, el sentimiento de poseer una razón pura independiente cuya preeminencia puede ser hecha intuible por la insuficiencia de la facultad sensible, de modo que nuestra propia impotencia descubre la conciencia de una potencia ilimitada en el sujeto. Hallamos en nuestro ánimo una superioridad sobre la naturaleza aun en su inmensidad y lo irresistible de su poderío nos da a conocer nuestra impotencia

[46] *Cfr. Crítica de la facultad de juzgar*, vol. V, pp. 248, 250, 256.
[47] *Cfr. ibid.*, vol. V, p. 257.

física, pero al mismo tiempo nos descubre una potencia para juzgarnos superiores e independientes de ella. La humanidad en nuestra persona permanece no rebajada aunque tuviéramos que sucumbir bajo ese poderío de la naturaleza. De este modo, si la naturaleza es juzgada como sublime, ello se debe a que invoca en nosotros la sublimidad de nuestra destinación racional, la sublimidad de nuestra potencia espiritual.

En efecto, la grandeza de extensión o de fuerza, aunque sea extraordinaria y sorprendente, no basta por sí sola para constituir la sublimidad. Imaginemos uno de aquellos mártires del tiempo de Nerón, de pie en medio de la arena del circo romano; aparece el león hambriento que de un salto se arroja sobre él y lo derriba destrozado. La fuerza desplegada por la bestia es extraordinaria pero no nos parece sublime sino, más bien, horrenda y nos produce repugnancia y terror. Lo sublime no es sólo una fuerza enorme, reclama, además, nuestra elevación y nobleza. El mártir desgarrado, la bóveda estrellada oscura e infinita y Sócrates muriendo por defender la verdad en contra del error triunfante no son sublimes sino por el ser humano que los contempla y que experimenta un sentimiento específico claramente identificable; y si bien es cierto que todos los sentimientos condicionan fuertemente las decisiones humanas y orientan su existencia, sólo el sentimiento de lo bello y el sentimiento de lo sublime van más allá del mecanismo biológico: son categorías típicas, expresivas y denotativas de la trascendencia humana.

Así pues, la disposición del ánimo para el sentimiento de lo sublime demanda una apertura y receptividad del ánimo a las ideas; en este caso, recepción y desarrollo de ideas éticas.[48] El mérito de una acción y la integridad del carácter de un ser humano producen en nosotros, lo queramos o no, el sublime sentimiento del respeto.

Ciertamente el proceso de educación y la cultura hacen más intenso el sentimiento de lo sublime, pero no por esto puede decirse que el sentimiento y el juicio sobre lo sublime son engendrados por la cultura e intro-

[48] *Cfr. ibid.*, vol. V, p. 265.

ducidos en la sociedad de manera meramente convencional, sino que tienen su basamento en la naturaleza humana misma, la cual puede ser atribuida y exigida a cada ser humano. Sin duda la capacidad del sujeto para determinarse a sí mismo por la idea ética no hace que el sujeto deje de sentir en él obstáculos de diversa especie, pero sí le hace ver su supremacía sobre ellos al superarlos, modificando la disposición de su ánimo de modo tal que puede representarse el bien moral como sublime y la ley moral con todo su poderío como principios humanos capaces de determinarlo a la acción.

Detengámonos aquí un poco más a fin de señalar una última idea a favor de la tesis de la unidad de las diversas facultades en la antropología filosófica que Kant nos brinda. Ciertamente esta unidad no es una unidad sistemática en la que las facultades dependan unas de otras para ser lo que son; se trata más bien de una unidad de interrelación vital y orgánica gracias a la cual se establece una conexión tan grande entre las facultades que muchas veces es posible concluir acertadamente, de la manifestación de una de ellas, los rasgos de otra. Cuando la idea de bien está acompañada por afecto, recibe –dice Kant– el nombre de *entusiasmo*. El entusiasmo es calificado por Kant como sublime pues sin él nada grande puede ser llevado a cabo; en efecto, el entusiasmo proporciona al ánimo un impulso que actúa mucho más poderosa y duraderamente que el impulso debido a las representaciones de los sentidos. Así pues, es muy erróneo pensar que si se le quita a la ley moral todo aquello que pueda hacerla recomendable a los sentidos se le dejará sin emoción alguna y sin ninguna fuerza impulsora, de modo que no encerrará más que una fría aprobación carente de vida.[49] Kant abre su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* con una frase que ha provocado escándalo hasta el día de hoy: "lo único incondicionalmente bueno es la buena voluntad"; y enseguida sostiene que "incondicionalmente bueno" significa "moralmente bueno". Kant cierra su *Crítica de la razón práctica* señalando que la ascética ética tiene

[49] *Cfr. ibid.*, vol. V, p. 274.

como finalidad fomentar la buena voluntad, la cual nos remite a dos sentimientos o disposiciones del ánimo en el cumplimiento del deber: el valor y la alegría. Aquí entra, además de la fortaleza y la renunciación, un ánimo habitualmente alegre, pues la ascética no significa penitencia o tortura de sí mismo, ya que esto último sólo engendra un odio secreto a la virtud y el deber; la ascética consiste, según sugiere Kant, en la disciplina que uno ejerce sobre sí mismo para controlar los sentimientos espontáneos si éstos llegan a ser una amenaza para la moral; pero esta disciplina sólo puede ser meritoria y ejemplar por la alegría que la acompaña.

Aspiro a dejar surgir el texto kantiano lo más fiel e intensamente posible y no quiero concluir este apartado referente al sentimiento de lo sublime sin citar algunos pasajes en que se enfatiza aún más claramente la cooperación o sinergia de los sentimientos que Kant propone como un importante elemento de su filosofía moral. En *El fin de todas las cosas,* obra que se publica en 1794, diez años antes de la muerte de su autor, el pensador prusiano señala que cuando se trata no sólo de representarse el deber sino también de procurarlo, es decir, cuando se buscan los motivos *subjetivos* de las acciones y no sólo los objetivos, *i.e.* cuando se indaga lo que el ser humano *hará* y no sólo lo que *debe hacer,* el amor es un complemento indispensable de la imperfección de la naturaleza humana, entendido éste como la aceptación libre de la voluntad de otro bajo las propias máximas de uno mismo. En efecto, lo que no se hace gustosamente con amor, se hace tan mezquinamente, inventando pretextos y regateando cicateramente al mandato del deber, que no hay mucho que esperar del mero deber como único móvil si no lo acompaña el amor.[50] Una tarea semejante a la del amor es asignada por Kant a la *benevolencia* o *simpatía* en la "Doctrina de la virtud" de la *Metafísica de las costumbres*;[51] ahí señala que la simpatía es uno de los impulsos que la naturaleza ha puesto en nosotros para hacer

[50] *Cfr. Das Ende aller Dinge,* vol. VIII, p. 338.
[51] *Cfr. Metaphysik der Sitten,* "Tugendlehre", §35, vol. VI, véanse también las pp. 402-403 y 450-458.

aquello que la representación del deber por sí sola no lograría, de modo tal que hemos de cultivar ese sentimiento y servirnos de él para obrar según principios morales.

Citaré ahora un texto que forma parte de la herencia manuscrita de la que ya he hablado antes:[52] se trata de un borrador para la obra *La religión dentro de los límites de la mera razón* en el cual Kant se refiere al recién publicado ensayo de Friedrich Schiller *Sobre la gracia y la dignidad.* Recordemos que este ensayo se publicó en 1793 en la revista *Neue Talia* (de la cual Schiller mismo era el editor) y que el motivo inmediato de la redacción del ensayo fue la falta de contribuciones para esta publicación periódica; por otra parte, la primera edición de *La religión dentro de los límites de la mera razón* aparece en Königsberg en 1793 y la segunda edición en 1794. En dicho borrador Kant señala que concuerda con Schiller en los principios más importantes y que no constata entre ambos un desacuerdo. Así, Kant observa que convertir el concepto del deber en el principio de la moralidad no implica llegar al extremo de separarlo de toda gracia. En efecto, dice Kant:

> Pero la *virtud,* o sea, la solidamente fundada disposición de cumplir correctamente el deber, es también en sus consecuencias más *beneficiosa* que todo lo que puedan realizar la naturaleza o el arte en el mundo; y la magnífica imagen de lo humano representada bajo esta forma suya, permite muy bien la compañía de las *Gracias,* las cuales, no obstante, se mantienen a una distancia respetuosa mientras siga tratándose sólo del deber. Pero si se tienen en cuenta las consecuencias, llenas de gracia, que la virtud extendería en el mundo si encontrase acogida en todas partes, entonces, en ese caso, la razón moralmente orientada haría entrar en juego a la sensibilidad (por medio de la imaginación) [...] Si nos preguntamos cuál es el *carácter estético,* o por así decirlo, el *temperamento de la virtud,* valiente y por lo tanto *alegre* o abatido por el temor y apesadumbrado, apenas hace falta la respuesta. En el segundo temple anímico, el del esclavo, no puede haber sino un odio secreto

[52] *Cfr.* vol. XXIII, pp. 98-101.

> hacia la ley y el corazón alegre en el *cumplimiento* de su deber (no la pasiva comodidad de meramente *reconocerlo)* es un signo de la auténtica disposición virtuosa, incluso en el caso de la *piedad religiosa*, la cual no consiste en la mortificación que se infringe a sí mismo el pecador arrepentido (lo cual es muy ambiguo y por lo general no es más que el reproche interior de haber fallado a la regla de la prudencia), sino en el firme propósito de actuar mejor en el futuro, propósito que, estimulado por la buena marcha de las cosas, hace nacer un temple de ánimo alegre sin el cual jamás se tiene la certeza de haber conseguido *sentir simpatía* por el bien, es decir, de haberlo acogido entre las propias máximas.

En dicho borrador Kant también entreteje los puntos de vista de Schiller con los suyos propios y los comenta diciendo que los actos del ser humano se dividen en trabajos (que están bajo la ley del deber) y juego; añade enseguida que sería una desgracia si sólo hubiera trabajos pues el hombre no podría ser feliz y que las Gracias forman parte del juego en tanto que dan y fortalecen el ánimo para fomentar el deber. El hombre no sólo puede sino debe relacionar placer y deber, *i.e.* obedecer a su razón *con alegría*; en efecto, en tanto que es un ser racional-sensorial, la naturaleza le señala el compromiso de no separar lo que ella ha unido, de no posponer, incluso en las más puras expresiones de su parte divina, la parte sensorial y de no fundar el triunfo de la una en la represión de la otra. Si en lo moral la naturaleza sensorial fuera siempre la parte reprimida y nunca la participante, no podría prestar todo el fuego de sus sentimientos a un triunfo que se celebra sobre ella misma.

En resumen, podríamos decir que la filosofía moral de Kant está muy lejos de aquella socorrida interpretación que puede quedar resumida en los famosos versos satíricos de Schiller intitulados "Gewissensskrupel" ("Escrúpulos de conciencia"): "Gern dien' ich den Freuden, doch tu ich es leider mit Neigung / und so wurmt es mich oft, daß ich nicht tugendhaft bin" (Con gusto presto ayuda a los amigos desdichadamente lo hago con satisfacción / y así frecuentemente me remuerde la conciencia por no ser virtuoso).

Las propuestas de Kant sobre el sentimiento de lo bello

Pasemos ahora a examinar la aportación kantiana respecto del sentimiento de lo bello. Lo vincularé con su pensamiento sobre la condición femenina pues, entre otras razones, Kant señala en las *Observaciones* que los sentimientos de lo bello y lo sublime pueden ser usados para interpretar las diferencias de géneros así como las diferencias nacionales. Sin embargo, esto no significa, como bien lo señala el propio Kant al inicio de la tercera sección, que tanto lo bello como lo sublime deban considerarse como rasgos exclusivos del género femenino y masculino, respectivamente, de modo tal que el sexo masculino esté privado totalmente de la belleza y la mujer carezca de cualidades sublimes. El sentido es, más bien, que todas las dotes femeninas se reúnen en la categoría de lo bello en tanto que todas las dotes masculinas se unifican en la de lo sublime. En efecto, para Kant lo sublime es contraseña del sexo masculino en tanto que la belleza corresponde, por antonomasia, al sexo femenino.[53] En lo que presento a continuación trataré de ofrecer un análisis e interpretación de algunos de los pasajes más importantes en los que Kant habla de la mujer y la feminidad. Básicamente me centraré en las secciones tercera y cuarta de la obra que tenemos en las manos y haré algunas breves referencias a la *Antropología* en donde Kant, treinta y cuatro años más tarde, hablará nuevamente de forma explícita sobre la condición femenina.

Antes de iniciar es necesario hacer un par de indicaciones. En primer lugar hay que destacar la advertencia que Kant hace en los primeros párrafos de las *Observaciones*, según la cual no se ocupará de los sentimientos de personas de sensibilidad extraordinaria, sino que se colocará en un horizonte antropológico de normalidad; ya me he referido anteriormente a esta advertencia y ahora sólo quiero destacar su enorme importancia, pues significa que las consideraciones sobre la mujer y la feminidad pretenden

[53] *Cfr. Observaciones*, [228], <48>.

tener un alcance colectivo, una validez general. En segundo lugar, Kant hablará de la feminidad de manera explícita y directa en los dos últimos capítulos del libro. Sin embargo, considero que también habla de ella, tácitamente, siempre que se refiere a la belleza en general; considero que para Kant lo bello tiene una aplicación eminente a la condición femenina, de modo que, para lograr una exégesis más fecunda de su pensamiento, los términos *belleza* y *feminidad* no deberían examinarse separadamente. Propongo, pues, que para comprender adecuadamente lo que Kant piensa de la feminidad es necesario considerarla en el marco de su estética, e inversamente, para comprender el fondo de su estética se ha de tener en cuenta su pensamiento sobre la feminidad.

Debo advertir que no presento sino una primera aproximación provisional que no desarrolla todas las facetas de esta rica temática; realizar eso me llevaría a examinar no pocos conceptos y tesis de la *Antropología*[54] y de la *Metafísica de las costumbres*,[55] cosa que va más allá de los propósitos de este estudio. Así pues, mi propuesta de interpretación ha de considerarse como inconclusa.

Kant empieza haciendo observaciones sobre el aspecto externo de la mujer y poco a poco va pasando a consideraciones más íntimas del ánimo femenino. Así, afirma que la mujer tiene un sentimiento innato más intenso para todo lo que es bello, gusto por lo alegre e ingenioso, por lo elegante y delicado.[56] Enseguida señala que muchos de los defectos femeninos son, por así decirlo, defectos bellos; por ejemplo, la vanidad femenina es un bello defecto con el que ellas avivan sus atractivos encantos. No hay en la honesta vanidad femenina nada ofensivo para los demás y, cuando ésta va unida al buen gusto, resulta de muy mala educación censurarla. El defecto comienza únicamente cuando la vanidad es inmoderada y, unida a lo veleidoso y frívolo, produce arrogancia, lo cual es, por así decirlo, un rasgo antifemenino, en el sentido

[54] *Vid. Antropología*, vol. VII, pp. 303-311.
[55] *Vid. Metafísica de las costumbres*, vol. VI, pp. 277-282.
[56] *Cfr. Observaciones*, [229], <50>.

de que desfigura por completo el carácter del bello sexo. En efecto, la persona que posee este defecto muy pronto se coloca en una situación delicada y tendrá que soportar ser juzgada con severidad y sin indulgencia alguna, pues quien tiene grandes pretensiones invita a todos los que la rodean a criticarla. Por el contrario, la modestia es uno de los más atrayentes encantos femeninos;[57] en efecto, las nobles cualidades del sexo femenino no pueden manifestarse de modo más claro y seguro que mediante la modestia, una mezcla de noble sencillez y candor, siempre presente cuando hay grandes talentos. De la modestia brota una tranquila afectuosidad hacia los demás, unida con una justa estimación propia y confianza en sí mismo; esta delicada mezcla, que conquista por su encanto y suscita respeto, preserva de la crítica, de la malignidad y de la burla a todas las otras brillantes cualidades de la noble persona que la posee. Las personas de carácter modesto tienen también un corazón abierto a la amistad, la cual, cuando es brindada por una mujer, nunca será valorada en demasía, por ser tan exquisita como extraordinaria.

Más adelante, Kant regresará a este punto y nos dará la pauta para comprender adecuadamente en qué sentido la vanidad femenina puede degenerar en un vicio: cuando la mujer cuida más su cuerpo que su espíritu, viene a menos la perfección de su feminidad. Así, Kant distinguirá entre una belleza no moral y una belleza moral en la mujer. El primer caso es el de una mujer que posee los atractivos de la regularidad de las facciones y la figura bien proporcionada; ella es llamada "bonita" pues agrada de la misma manera que gusta un ramo de flores; pero no obtiene sino una fría aprobación pues, aunque sea bonita, no expresa nada y no habla al corazón. En el segundo caso caben dos posibilidades: la primera es la de una mujer en la que los atractivos convenientes a su sexo manifiestan predominantemente la expresión moral de lo sublime; entonces ella es llamada "bella" en sentido propio; la segunda posibilidad es la de aquella otra mujer en la cual el perfil moral, en tanto que éste puede ser conocido por la fisionomía o los rasgos del rostro, manifiesta

[57] *Cfr. ibid.*, [233], <59>.

no tanto las cualidades de lo sublime sino más bien las de lo bello; entonces ella es llamada "agradable". Si bien el encanto de esta última seduce, sólo la belleza de la anterior conmueve y es capaz de apoderarse del apego y el afecto profundo del corazón masculino. La perfección de la feminidad radica en esta belleza de la mujer que es capaz de suscitar en el hombre una sensación de reposo, un sentimiento de seguridad y certidumbre. En efecto, muchos varones son conscientes del aspecto secreto, pero a veces intuido con harta claridad, de su debilidad ante esta franca superioridad de la mujer y su poderosa atracción, al punto de que, como dice Kant, una simple mirada desdeñosa o burlona de ellas les plantea más confusión que el más difícil problema científico.[58] Este motivo de la honda belleza moral de la mujer es de gran importancia, pues el problema de la estabilidad y la educación de los sentimientos está, como ya he esbozado más arriba, en el corazón de la ética kantiana. Finalmente, este motivo de la belleza interior femenina nos llevará de la mano a otro no menos importante: la misión de la mujer.

Kant tiene un gran respeto y una intuición profunda de la feminidad. No creo que sea desatinado decir que el filósofo de Königsberg anticipa no pocos de los más importantes rasgos del carácter masculino y femenino de la personalidad que Carl G. Jung nos propone en su famoso estudio sobre las relaciones entre el *yo* y el inconsciente.[59] Usando las palabras textuales de Kant, la mujer es depositaria de una "gran ciencia". En efecto, ella tiene la capacidad de revelar al hombre a sí mismo, de mostrarle, por así decirlo, su centro de gravedad, pues el contenido de esta gran ciencia femenina es lo humano y, más específicamente, el hombre. La filosofía de la mujer no consiste en razonar sino en sentir y al planear la forma en que ellas han de cultivar su bella naturaleza se ha de tener muy presente esta consideración.

[58] *Cfr. ibid.*, [230], <52>.

[59] *Cfr.* Carl Gustav Jung, *Las relaciones entre el yo y el inconsciente*, especialmente el capítulo titulado "*Anima* y *animus*"; véase también su *Respuesta a Job*, especialmente los capítulos titulados "Sabiduría", "La madre y el niño" y "El dogma de la asunción". Por otra parte, Jung examina pormenorizadamente el tema del equilibrio de los contrarios (masculino-femenino) a todo lo largo de su obra *Psicología de la transferencia*.

En este punto parece oportuna una precisión: para Kant todas las facultades del espíritu humano se pueden reducir a tres: *1)* el entendimiento o facultad cognoscitiva, *2)* el sentimiento (de placer y displacer) o facultad de juzgar y *3)* la razón o facultad apetitiva. Recordemos también que cada una de estas facultades está fundamentada en un principio *a priori*: el del entendimiento es la legalidad, el del juicio es la finalidad y el de la razón es una finalidad que al mismo tiempo es ley, *i.e.* la obligatoriedad. Estos principios *a priori* de las facultades se asocian con ciertos productos suyos: el producto de la legalidad es la naturaleza, concebida como el conjunto de los objetos de conocimiento; el producto de la finalidad es el arte, entendido en un sentido amplio, es decir, como todo objeto que al ser juzgado reflexivamente produce placer; el producto de la obligatoriedad son las costumbres. Finalmente, de cada uno de los principios surgen juicios propios de cada facultad del espíritu: juicios determinantes o teóricos de la facultad de conocer; juicios reflexionantes, tanto del sentimiento (juicios estéticos) como teleológicos (de la historia y la biología); y juicios prácticos de la facultad apetitiva.[60]

Por su sentir orientado a lo personal, la mujer es una fuente de comprensión y penetración de realidades existentes para las cuales el varón es ciego y despliega el placer de su comprensión en una extensa gama de sentimientos. En efecto, el bello sexo tiene sin duda tanta inteligencia como el masculino,[61] inteligencia que le permite formular juicios determinantes, *i.e.* conocimientos explicativos de la naturaleza en los cuales se representan los acontecimientos individuales como casos de procesos generales o leyes. Éste sería el dominio que el empirismo estricto considera propio del conocimiento legítimo.

[60] *Cfr.* "Primera introducción" a la *Crítica de la capacidad de juzgar*, XX, pp. 206-208. Me parece que esta precisión es de enorme importancia, pues entre otras cosas nos deja ver que nuestra conciencia no se agota en el "yo pienso", no se reduce a lo puramente intelectual, sino que abarca también el "yo siento" y el "yo quiero"; sin embargo, dados los objetivos del presente estudio introductorio, no podré detenerme para examinarla y ampliarla.
[61] *Observaciones*, [229], <51>.

Sin embargo, no sólo existe el nivel de la explicación como forma válida de conocimiento; existe además el nivel de la comprensión que nos permite tomar un contacto gradual, cada vez más íntimo, con la realidad y que evoca no sólo la inteligencia humana sino también el universo de sus sentimientos. Cada acto del proceso de comprensión, entendido como búsqueda gradual de una realidad oculta, *i.e.* de una realidad que apunta más allá de ella misma, modifica de algún modo nuestro ser. En efecto, a medida que el tema de nuestra comprensión asciende a los niveles superiores de la existencia, revela nuevos rasgos comprensibles que se ven reforzados y enriquecidos en el siguiente nivel del proceso gradual de comprensión. De este modo, el tema de nuestra comprensión requiere poderes siempre renovados de comprensión y ésta se vuelve gradual y progresivamente más intensa.

Este proceso, en el que entran en juego formas cada vez más elevadas de comprensión, es de máxima significación educativa, pues representa la posibilidad de una conversión a una manera más auténtica de ser humano. La madre es la primera portadora de la imagen de este proceso y por ello es educadora, *i.e.* humanizadora, del hombre. El amor que la madre le ofrece al hijo le brinda la certidumbre de que todo conocimiento reposa sobre la comprensión y lo dispone al desarrollo de una actitud de apertura contemplativa y gozosa, desinteresada y libre de la belleza; el amor de la madre constituye el espacio vital en el que crece el niño para convertirse en persona. Ahora bien, la consideración de un proceso gradual como el que se ha descrito no es un elemento estructurante de la cultura masculina o patriarcal; para la mujer, en cambio, tal proceso es una categoría existencial, un valor estructurante de su personalidad; el pensarse como madre lo reclama de modo esencial, mucho más que al hombre pensarse como padre; de ahí que otra virtud típicamente femenina sea la paciencia. Sin embargo, todo esto no significa que la feminidad se reduzca a la figura materna, pues otra forma eminente de la presencia femenina es la compañera, la esposa.

Para Kant la inteligencia femenina se encuentra a la par que la del varón y al bello sexo no le hace falta nada para discutir de igual a igual con

el hombre. Esto se ejemplifica con la referencia que Kant hace[62] de dos famosas eruditas francesas: la señora Dacier y la marquesa de Châtelet,[63] de quienes el filósofo dice, con un rasgo jocoso, que lo único que les faltaría sería usar barba. Sin embargo, para Kant la erudición de la mujer no ha de ser una erudición fría y especulativa, sino plena de sentimiento y en conexión con las emociones morales, una erudición en la que resalta su valor afectivo. Esa erudición habrá de desarrollarse no mediante reglas generales, sino más bien mediante juicios singulares, que partan de las conductas que se dan en torno a la mujer. Como se ve, Kant está proponiendo los primeros elementos de lo que será, tiempo después, su teoría del juicio reflexionante. Enseguida, el filósofo detalla el programa educativo que considera idóneo para la naturaleza femenina y advierte que ese estilo de enseñanza es poco común porque requiere talento, capacidad de experiencia y un corazón pleno de sentimiento. Kant concluye su consideración respecto de la erudición femenina diciendo que, incluso sin ella, las mujeres pueden formarse o educarse muy bien por sí solas. Esta sutil afirmación me parece importante pues me sugiere la idea de que la mujer, en términos generales, se ha educado a sí misma más que el varón, es decir, ha desarrollado más su disposición moral, ha adelantado más en el proceso de su desarrollo moral.

Kant tiene una idea noble y respetuosa del matrimonio y la familia y me cuesta mucho creer que el hecho de que haya permanecido soltero se tenga que interpretar como un rasgo de misoginia. En efecto, Kant está lejos de padecer una incapacidad para hablar bien de la mujer; por el contrario, la elogia en muchos pasajes y lamenta, por ejemplo, que la condición femenina esté próxima a la esclavitud en los pueblos africanos. En ese mismo sentido señala que es una lástima que el ingenio y talento de la cultura francesa, que proverbialmente han girado en torno a la mujer, no se haya reflejado en esa nación en un incremento del amor y respeto hacia ellas.

[62] *Ibid.*, [229], <50> y ss.
[63] Para mayores datos sobre estos dos personajes femeninos, *vid.* notas 22 y 23, pp. lxxxiv-lxxxvi *infra*.

Creo que Kant había comprendido acertadamente no pocos aspectos de la naturaleza femenina; desafortunadamente, no es posible detallarlos aquí en su totalidad. Antes de terminar el breve recorrido que hemos hecho por algunos de dichos aspectos y pasar a nuestras conclusiones, deseo apuntar una más de esas intuiciones kantianas sobre la naturaleza femenina. Kant considera que la limpieza es una cualidad muy propia del bello sexo y nunca es practicada excesivamente por la mujer; igualmente el pudor (que sirve para tender un velo de misterio frente a los fines más necesarios y legítimos de la naturaleza, con el propósito de evitar que una familiaridad demasiado ordinaria con tales fines provoque repugnancia o indiferencia hacia ese instinto en el que se dan cita las inclinaciones más delicadas y finas de la naturaleza humana) es otra de las cualidades más propias del bello sexo; con esta observación sobre la limpieza y el inmediato tratamiento del pudor, Kant remite sutilmente a otra característica típica de la delicadeza del ánimo femenino: el cuidado por la pureza de los sentimientos. De este modo, a juicio de Kant, ningún insulto puede ser más ofensivo para una mujer como llamarla "asquerosa" o "repugnante", como lo ilustra el triste ejemplo de Monaldeschi y Cristina de Suecia.[64]

He decidido examinar la aportación kantiana acerca del sentimiento de lo bello en sus *Observaciones* vinculándolo con su concepción de la feminidad porque creo que nada caracteriza tan profunda y trágicamente el estado del mundo actual como la ausencia de sentimientos femeninos; pienso que hay una correlación entre cultura y ejercicio de la femenidad en el sentido de que la cultura se degrada en la medida en que se excluyen o marginan sus componentes femeninos. La nuestra es una sociedad en la que se usan, prevalentemente, cánones y estereotipos masculinos en la mayoría de sus ámbitos. Señalaré sólo dos que, por sus consecuencias, me parecen de especial relevancia. Primeramente, la concepción del conocimiento como dominio de la naturaleza, que escasamente ve en la naturale-

[64] *Cfr. Observaciones*, [233], <59>.

za algo más que un objeto de explotación y que minimiza o excluye la contemplación de ésta. En segundo lugar, la concepción de la ética como ejercicio de una racionalidad meramente instrumental y pragmática, que se reduce al cálculo de costo-beneficio. Creo que Kant pudo prever con harta claridad el estado actual de nuestro mundo y nos ofrece un pasaje[65] en el que lo describe magistralmente; dice el filósofo prusiano:

> Los hombres sienten el peso de su existencia y se lamentan bajo la opresión de su duro fardo; pero ellos mismos son la causa de esa carga. Y la razón de esto reside en lo siguiente. De modo natural la cultura de la destreza y el provecho, con su consecuencia de abundancia y exceso, se adelanta en los progresos del género humano al desarrollo de la moralidad; y este estado es el más agobiante y peligroso, lo mismo para la moralidad que para el bienestar físico; porque las necesidades crecen mucho más aprisa que los medios de satisfacerlas. Pero su disposición moral que (como el "poena, pede claudo" de Horacio)[66] de lejos le sigue cojeando, dará alcance al hombre, el cual, en su acelerada carrera, no pocas veces se enreda y frecuentemente cae.

Hay preguntas que mi condición femenina me plantea acuciantemente con toda claridad: ¿por qué, en muchísimos casos, la mujer sigue estando sometida a un mundo masculino, a una civilización en la cual los sentimientos y la moralidad no forman parte de sus valores estructurantes?, ¿qué es lo que tendríamos que hacer, mujeres y hombres de hoy, para promover una cultura en la que la equidad entre los géneros sea una realidad existente? Una teorización explícita y completa de la feminidad no habrá de limitarse a señalar las diferencias esenciales entre lo femenino y lo masculino, además deberá tener en cuenta a las mujeres reales y concretas, en sus desiguales e injustas condiciones de vida respecto de los hombres, a fin de fortalecer el reconocimiento y valoración de las diferencias, impulsar la búsqueda de la

[65] *Vid. El fin de todas las cosas*, vol. VIII, p. 332.

[66] Kant está citando a Horacio, *Odas*, III, 2, 31. El poeta se refiere al criminal y su expresión "poena, pede claudo" podría traducirse como "del pie que cojea, le vendrá el castigo".

equidad y rechazar la desigualdad y la discriminación. No es posible presentar aquí todas las líneas que conformarían dicha teorización de la feminidad, pero quizá una de las más importantes sea la del empeño con el que habremos de promover el desarrollo moral a fin de que deje de ser el pie del que cojeamos. En efecto, el problema consiste en si el ser humano será capaz de ascender a una cumbre moral más alta, *i.e.* a un nivel superior de conciencia.

Consideraciones sobre la presente edición y traducción

Con *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* da inicio la Biblioteca Immanuel Kant; esta colección pondrá en manos de sus lectores las obras del pensador prusiano en ediciones bilingües caracterizadas por diversos recursos didácticos a los que ahora me referiré brevemente. En virtud de la gran riqueza semántica del vocabulario kantiano y de sus numerosas variantes de interpretación y traducción –que nos inclinan a pensar en la imposibilidad de llegar a una traducción definitiva y única– es de gran interés para esta colección presentar el texto alemán original en una edición *variorum*. Además, ofrecemos al lector una "Tabla de correspondencias de traducción de términos" en la cual podrá apreciar las diversas traducciones al inglés, francés, italiano y español de los conceptos más relevantes que aparecen en las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*. El propósito de esta tabla no es solamente presentar una suerte de mapa de las diversas traducciones de conceptos centrales de la obra, sino también permitir una comprensión más precisa de la terminología kantiana y suministrar al lector las herramientas para ensayar otra traducción (y con ella quizá otra interpretación) de algún o algunos conceptos kantianos distinta de la que aquí se presenta. Se han elegido las lenguas inglesa, francesa e italiana porque en ellas la obra kantiana ha sido más intensamente recibida, estudiada e interpretada y porque en ellas ha habido, en forma especialmente viva, discusiones en torno a las diver-

sas traducciones existentes en cada una de las lenguas. Las ediciones tomadas en cuenta en la tabla son, por así decirlo, ediciones que la crítica académica y filosófica especializada nacional de cada uno de los respectivos países al igual que la internacional han reconocido como ediciones "estándar" de las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*; se trata de las siguientes ediciones:

1) *Observations on the Feeling of Beautiful and Sublime*, trad. de John T. Goldthwait, Berkeley, University of California Press, 1960.
2) *Observations sur le sentiment du beau et du sublime*, trad. y notas de Bernard Lortholary, en *Œuvres philosophiques*, dir. de Ferdinand Alquié, vol. I: *Des premiers écrits à la* Critique de la raison pure, París, Gallimard, 1985 (Bibliothèque de la Pléiade).
3) *Osservazioni sul sentimento del bello e del sublime*, introd. de Guido Morpurgo-Tagliabue, trad. de Laura Novati, Milán, Biblioteca Universale Rizzoli, 1989.
4) *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y de lo sublime*, trad. de Luis Jiménez Moreno, Madrid, Alianza, 1990.

El texto alemán de las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* consignado en esta colección corresponde a la primera edición de la obra, publicada en Königsberg por Jacob Kanter en 1764. Como notas a pie de página de dicho texto alemán se señalan, con las letras *B* y *C*, las variantes que aparecen en la segunda y en la tercera edición de la obra, publicadas respectivamente en 1766 y en 1771 en Riga por Friedrich Hartnock. Con la abreviatura *Ak. Ausg.*, se han señalado las variantes procedentes de la edición de la Real Academia Prusiana de Ciencias. Los folios colocados al margen izquierdo de los renglones en alemán y al margen derecho de los renglones en español se refieren a dos paginaciones distintas de la obra: la de la primera edición y la de la Real Academia, representadas respectivamente por paréntesis triangulares < > y por cor-

chetes [ ]. La línea vertical | y las líneas diagonales paralelas // insertadas en el texto indican, obviamente con algunas modificaciones debidas a las diferentes sintaxis de las lenguas española y alemana, el cambio de página correspondiente a la primera edición de la obra (línea vertical) y a la edición de la Real Academia (líneas diagonales paralelas). He procurado respetar lo más fielmente posible la puntuación de Kant. Me he permitido introducir negritas en la tipografía del texto alemán cuando se trata de subrayados hechos por el autor (debido a que los caracteres góticos en los que originalmente fueron editadas sus obras no permitían tales modificaciones tipográficas), en el texto en español estos subrayados de Kant se señalan con cursivas excepto en los pocos casos en que, de acuerdo con las normas editoriales actuales, conviene usar comillas u otra distinción tipográfica.

Al final de la traducción se ofrece al lector una sección de "Notas a la traducción". El carácter de dichas notas es meramente explicativo; se ha buscado reunir el mayor número posible de notas procedentes de las diversas traducciones de la obra y enriquecerlas con nuevos comentarios adicionales. Acompaña a esta edición crítica bilingüe de las obras de Kant una sección de "Bibliografía" especializada y actualizada del texto que nos ocupa. También se presenta al lector una "Tabla cronológica de la vida y la obra de Immanuel Kant" en la que hemos usado como hilo conductor la tabla correspondiente elaborada por Manfred Kuehn en su reciente biografía sobre Kant;[67] aquí la hemos complementado con datos adicionales; y finalmente, se ofrece al lector un "Índice analítico" que le permitirá localizar fácilmente los términos exactos que usó el filósofo y la manera como éstos se han vertido al español en la presente edición.

Para concluir deseo expresar mi agradecimiento a las personas que hicieron posible la existencia de la Biblioteca Immanuel Kant. En primer

[67] *Vid.* Manfred Kuehn, *Kant: a Biography,* Cambridge, Cambridge University Press, 2001. Esta obra ha sido traducida al español por Carmen García Trevijano en la editorial Forte Acento, Madrid, 2003.

lugar, al Mtro. Hernán Lara Zavala, director general de Publicaciones y Fomento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México y al Dr. Rodrigo Díaz Cruz, director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana. Enseguida, quiero agradecer señaladamente a los miembros del Comité Académico de la Biblioteca Immanuel Kant: el Mtro. Josu Landa Goyogana, la Dra. María Pía Lara y el Dr. Gustavo Leyva. Guardo una especial gratitud hacia el Mtro. Peter Storandt por la revisión técnica de la traducción y hacia Juan Carlos Rodríguez Aguilar por la revisión estilística de la misma y el cuidado editorial del volumen. Finalmente, deseamos agradecer muy especialmente a los profesores Manfred Kuehn y Werner Stark del Kant Archiv de la Phillips Universität de Marburgo, lo mismo que a Reinhard Brandt, profesor emérito de esa misma universidad, por la favorable acogida y respaldo ofrecido a la Biblioteca Immanuel Kant en virtud de los fines estrictamente académicos que persiguen tanto la colección como las instituciones que en ella participan.

En el ocaso de su vida Kant declaró al médico que lo atendía que nunca se había apagado el amor que sentía por la humanidad. Por mi parte, daré por muy bien pagados todos mis esfuerzos si con la lectura del libro que tenemos en las manos se puede despertar en los hombres y mujeres de hoy una mirada profunda y delicada de ese mismo amor.

DULCE MARÍA GRANJA CASTRO DE PROBERT
Centro de Documentación Kantiana
Universidad Autónoma Metropolitana



Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime

Primera sección

Sobre los diferentes objetos del sentimiento de lo sublime y lo bello

| // Las diferentes sensaciones de placer o displacer no obedecen tanto a <1> [207] la condición de las cosas externas que las suscitan sino a la sensibilidad propia de cada ser humano para ser agradable o desagradablemente impresionado por ellas. De ahí que algunos sientan placer con lo que a otros produce repugnancia; de ahí la enamorada pasión que a menudo es un enigma para todos los demás, o la viva aversión que siente una persona hacia algo que para otra es por completo indiferente. El campo de observación de estas peculiaridades de la | naturaleza humana es muy amplio y <2> oculta aún abundantes descubrimientos, tan agradables como instructivos. Por el momento dirigiré mi mirada sólo a algunos puntos que me parecen sobresalientes especialmente en este terreno, y con los ojos de un observador más que de un filósofo.

Puesto que toda persona se siente feliz sólo si satisface una inclinación, el sentimiento que le hace capaz de disfrutar grandes placeres sin necesitar para ello aptitudes excepcionales no es ciertamente poca cosa. Las personas corpulentas, para quienes el autor más ingenioso es su cocinero y las obras de su más fino gusto se encuentran en la alacena, al escuchar bromas vulgares y un chascarrillo burdo sentirán tanta alegría como aquellas otras que presumen tener una sensibilidad noble. Un señor indolente a quien le gusta que le lean // libros en voz alta porque así concilia [208] mejor el sueño; el comerciante a quien todos los placeres le parecen triviales excepto el que disfruta un hombre sagaz cuando calcula sus ganancias; aquel otro que ama el sexo | opuesto sólo porque lo incluye entre las cosas <3>

disfrutables; el amante de la caza, ya sea de moscas, como Domiciano,[1] o de bestias feroces, como A—,[2] todos ellos tienen una facultad de sentir que les permite gustar placeres a su manera, sin que puedan envidiar otros y sin siquiera formarse la idea de otros placeres más. Pero por el momento dejemos esto fuera de nuestra atención. Existe otro sentimiento de naturaleza más refinada, así descrito porque puede ser disfrutado más largamente sin saciedad ni agotamiento, o bien porque supone, por decirlo así, en el alma una sensibilidad que a la vez la hace apta para los movimientos virtuosos o porque pone de manifiesto talentos y cualidades intelectuales mientras que los otros pueden tener lugar en una completa indigencia mental. Éste es el sentimiento que quiero considerar en alguno de sus aspectos. Sin embargo, excluyo aquella inclinación que va unida a comprensiones intelectuales elevadas y aquella atracción de la que era capaz *Kepler* quien decía, como *Bayle*[3] señala, que no habría cambiado uno de sus descubrimientos por un principado. Esta sensación es excesivamente refinada para entrar en | el presente ensayo, destinado sólo a tratar la emoción sensible de la cual las almas más comunes también son capaces. <4>

Este delicado sentimiento que ahora vamos a examinar es principalmente de dos clases: el sentimiento de lo *sublime* y el de lo *bello*. La emoción en ambos es agradable, pero de muy diferente manera. La vista de una montaña cuyas cimas nevadas se alzan sobre las nubes, la descripción de una furiosa tempestad o la pintura de los infiernos de *Milton*[4] producen agrado, pero unido a terror; en cambio, la contemplación de prados floridos, valles con arroyos ondulantes, cubiertos de rebaños pastando; la descripción del Elíseo[5] o la pintura que hace *Homero* del cinturón de Venus[6] provocan igualmente una sensación agradable, pero alegre y sonriente. Para que aquella primera impresión actúe sobre nosotros con la fuerza requerida debemos tener un *sentimiento de lo sublime*; para disfrutar la segunda es preciso el *sentimiento de*

lo bello. Las altas encinas y las sombras solitarias en el bosque sagrado son sublimes; las jardineras de flores, los setos bajos y | <5> los árboles recortados en forma de figuras son bellos. La noche es *sublime*, el día // [209] es *bello.* La silenciosa paz de una noche estival, cuando la luz titilante de las estrellas atraviesa las sombras pardas y la luna solitaria se divisa en el horizonte despertará gradualmente, en los espíritus que posean el sentido de lo sublime, altos sentimientos de amistad, de desprecio del mundo y de eternidad. El día radiante inspira una activa diligencia y un sentimiento de alegría. Lo sublime *conmueve,* lo bello *encanta.* El semblante del hombre dominado por el sentimiento de lo sublime es serio; a veces perplejo y asombrado. Por el contrario, el vivo sentimiento de la belleza se manifiesta por la alegría que hace brillar los ojos, los rasgos sonrientes y frecuentemente por las radiantes manifestaciones de júbilo. Lo sublime es, a su vez, de distinta naturaleza. El sentimiento que lo acompaña es a veces de cierto horror o melancolía; en algunos casos, meramente una admiración silenciosa, y en otros de una belleza que se extiende sobre un plano sublime. A lo primero le llamo lo *sublime terrorífico*; | <6> a lo segundo lo *noble* y a lo último lo *magnífico.* La profunda soledad es sublime, pero terrorífica.* De ahí que los enormes | <7> desiertos, // [210] como el inmenso desierto de Schamo en Tartaria,[7] hayan dado siempre ocasión a la gente para ubicar allí sombras terribles, duendes y fantasmas.

| <8> Lo sublime debe ser siempre grande, lo bello también puede ser pequeño. Lo sublime debe ser sencillo, lo bello puede estar adornado y ornamentado. Una gran altura es tan sublime como una gran profundidad, pero

*Quiero dar sólo un ejemplo del noble terror que puede infundir la descripción de una soledad total entresacando algunos pasajes de "El sueño de Carazan" tomados del *Bremisches Magazin,*[8] vol. IV, p. 539. Un rico avaro, a medida que sus riquezas crecían, cerraba su corazón a la piedad y al amor para sus semejantes. Sin embargo, mientras en él iba apagándose el amor a la humanidad,

mientras que a ésta le acompaña una sensación de estremecimiento a aquélla le acompaña una sensación de admiración; esta primera sensación puede ser sublime terrorífica y aquella segunda puede ser noble. La vista de las pirámides egipcias conmueve, como *Hasselquist*[9] refiere, mucho más de lo que podemos imaginarnos por cualquier descripción, pero su arquitectura es simple y noble. La iglesia de San Pedro en Roma es magnífica, pues en su trazo, que es grande y sencillo, la belleza –por ejemplo los trabajos de oro, mosaico, etc.– está distribuida de tal modo que lo que más se percibe es la impresión de lo sublime, | por lo tanto, el conjunto se considera magnífico. <9> Un arsenal debe ser noble y sencillo; un castillo regio, magnífico; y un palacio de recreo bello y ornamentado.

---

aumentaba el ardor de sus oraciones y de sus prácticas religiosas. Después de esta declaración, continúa relatando lo siguiente:

> Una noche que hacía mis cuentas a la luz de mi lámpara y calculaba mis ganancias, me dominó el sueño. En tal estado vi venir sobre mí al ángel de la muerte como un remolino y me golpeó antes de que yo pudiera evitar el terrible choque con una súplica. Quedé petrificado cuando me di cuenta de que mi suerte estaba echada por la eternidad y que nada podía añadir a lo bueno que había realizado y nada sustraer a todo lo malo cometido por mí. Fui conducido ante el trono de aquel que habita en el tercer cielo. La luz resplandeciente que brillaba ante mis ojos me habló de esta manera:
>
> —Carazan, tu culto a Dios es rechazado. Has cerrado tu corazón al amor humano y has guardado tus tesoros con mano de hierro. Has vivido sólo para ti mismo y, por lo tanto, has de vivir solo por la eternidad, sustraído de toda comunión con la creación.
>
> En ese instante fui arrastrado por un poder invisible que me hizo atravesar el brillante edificio de la creación. Mundos innumerables quedaban detrás de mí. Cuando me aproximaba al límite más extremo de la naturaleza, me di cuenta de que las sombras del vacío infinito // [210] se hundían en un abismo delante de mí. Un reino horrendo de silencio, de soledad y de tinieblas eternas. Ante ese espectáculo un terror inexpresable se apoderó de mí; poco a poco fueron desapareciendo de mi vista las últimas estrellas y finalmente se apagó en las tinieblas extremas el último resplandor vacilante de la luz. La angustia mortal de la desesperación crecía a cada instante y a cada instante aumentaba también la distancia que me separaba del último mundo habitado. Pensé, con el corazón presa de la insoportable angustia, que si miles de veces miles de años continuaran conduciéndome más allá de los límites de todo lo creado, seguiría viendo ante mí el abismo sin fondo de tinieblas, sin auxilio y | sin esperanza de retorno. <8>
>
> En ese estado de confusión tendí mis manos hacia los objetos de la realidad con tal vehemencia que me desperté. Y ahora he aprendido a estimar en mucho a los seres humanos; incluso, al más insignificante de aquellos a los que, por el orgullo de mi fortuna, les había cerrado mi puerta lo habría preferido por mucho en aquel espantoso desierto que a todos los tesoros de Golconda.[10]

Un largo espacio de tiempo es sublime. Si pertenece al pasado entonces es noble. Si se le considera en un futuro incalculable contiene algo de terrorífico. Una edificación de la más remota antigüedad es venerable. La descripción que hace *Haller*[11] de la futura eternidad inspira un suave horror y la de la eternidad pasada una admiración perpleja.

Segunda sección

Sobre las propiedades de lo sublime y lo bello en el hombre en general

// El entendimiento es sublime, el ingenio es bello; la audacia es grande y sublime, la astucia es pequeña, pero bella. La circunspección, decía *Cromwell*, es una virtud de alcalde. La veracidad y la honestidad son sencillas y nobles; la broma y el halago amable son finos y bellos. La amabilidad es la belleza de la virtud. La atención desinteresada | es noble. La cortesía y la fineza son bellas. Las cualidades sublimes inspiran respeto; las bellas inspiran amor. Los que tienen principalmente el sentimiento de lo bello acuden a sus amigos sinceros, constantes y severos sólo en caso de necesidad; prefieren frecuentar la compañía de gente bromista, gentil y cortés. A muchos hombres se les estima demasiado como para poder amarlos. Infunden admiración, pero están demasiado por encima de nosotros para que podamos osar acercarnos a ellos con la familiaridad propia del amor. [211] <10>

Aquellos en quienes se encuentran unidos los dos sentimientos encontrarán que la emoción producida por lo sublime es más fuerte que la producida por lo bello, pero que fatiga si no se alterna o se acompaña con esta última y no puede ser disfrutada por tanto tiempo.* | Los elevados sentimientos a los que en ocasiones se remonta la conversación en una selecta compañía deben tener sus intermedios de bromas alegres, y la risa jubilosa <11>

* Los sentimientos de lo sublime tensan más fuertemente las facultades del alma y, por lo tanto, fatigan más pronto. Se podrá leer durante más largo tiempo un poema pastoral que el *Paraíso perdido* de Milton, y a La Bruyère por más tiempo que a Young.[12] Incluso me parece una falta en este último, como poeta moralista, | que mantenga tan uniformemente un tono sublime, pues la energía de la expresión sólo puede renovarse mediante el contraste con pasajes más suaves. En lo bello nada cansa más que el arte laborioso que se revela tras él. El esfuerzo por encantar resulta penoso y produce fatiga. <11>

debe hacer con el rostro conmovido y serio el hermoso contraste en el que ambas sensaciones alternan espontáneamente. La *amistad* tiene principalmente el carácter de lo sublime; el *amor sexual* el de lo bello. Sin embargo, la ternura y // el respeto profundo le dan a este último cierta dignidad [212] y sublimidad, mientras que las bromas jocosas y la familiaridad le acentúan el rasgo bello. Según yo, la *tragedia* se distingue de la *comedia* en que la primera despierta el sentimiento de lo *sublime* y la segunda el de lo *bello*. En la primera vemos el sacrificio magnánimo a favor | del otro, la <12> decisión audaz en el peligro y la fidelidad probada. En ella el amor es melancólico, tierno y lleno de respeto; el infortunio de los demás despierta en el espectador sentimientos de simpatía y hace latir su generoso corazón por la desdicha ajena. Nos vemos dulcemente conmovidos y sentimos la dignidad de nuestra propia naturaleza. En cambio, la comedia presenta intrigas sutiles, embrollos asombrosos, gente ingeniosa que sabe salir de apuros, bobos que se dejan engañar, bromas y caracteres ridículos. El amor aquí no es tan triste, sino alegre y confiado. Sin embargo, al igual que en otros casos, lo noble puede hacerse compatible, hasta cierto punto, con lo bello.

Incluso los vicios y los defectos morales presentan a veces en sí algunos rasgos de lo sublime o de lo bello, al menos tal y como aparecen ante nuestra sensibilidad sin ser examinados por la razón. La cólera de un hombre terrible es sublime, como la de Aquiles en la *Iliada*. En general, los héroes de *Homero* son de una *sublimidad terrible*, en cambio los de *Virgilio* son | *nobles*. La venganza clara y audaz de una grave ofensa tie- <13> ne en sí algo de grande y, por más que sea inadmisible, su relato produce una emoción al mismo tiempo terrorífica y placentera. Cuando el sah Nadir fue sorprendido en la noche en su tienda por algunos conspiradores

exclamó, como relata Hanway,[13] después de haber recibido algunas heridas, defendiéndose desesperadamente: "¡Piedad. Los perdonaré a todos!", uno de los conspiradores le respondió levantando el sable: "Tú no has mostrado compasión y por eso tampoco la mereces". La temeridad decidida de un bribón es muy peligrosa, pero su relato impresiona, y aunque éste sea arrastrado a una muerte ignominiosa, la ennoblece en cierto modo cuando la enfrenta arrogante y despectivo. En cambio, un proyecto trazado con astucia, aunque lleve a una bribonada, contiene algo refinado que causa risa. La inclinación a seducir o coquetería en un sentido refinado, es decir, cautivar con una actitud premeditada, si bien puede ser censurable // en una persona por lo demás decorosa, | resulta bella y generalmente preferible a la actitud recatada y seria. [213] <14>

La figura de las personas que agradan por su aspecto externo provoca a veces uno o el otro tipo de sentimientos. Una estatura elevada atrae la consideración y la estima; una pequeña, más bien confianza. Incluso el color moreno y los ojos negros tienen más afinidad con lo sublime; los ojos azules y el color rubio más con lo bello. Una edad más avanzada concuerda mejor con los caracteres de lo sublime; en cambio, la juventud con los de lo bello. Lo mismo ocurre con las diferencias de los estamentos sociales; y en todos estos aspectos que sólo he mencionado de pasada, incluso la indumentaria debe convenir a estos distintos sentimientos. Las personas altas y de prestancia deben procurar en sus trajes la sencillez, cuando mucho magnificencia; las personas pequeñas pueden ir ataviadas y adornadas. Para la vejez son apropiados los colores más oscuros y la uniformidad del atuendo; la juventud brilla con los colores más claros y contrastantes de sus ropas. Entre los estamentos, en igualdad de rango y fortuna, los eclesiásticos deben mostrar la mayor sencillez y el hombre de Estado | la mayor magnificencia. El cortesano puede ataviarse como guste. <15>

También en las circunstancias externas de la suerte hay algo, cuando menos en la fantasía humana, que cae en el terreno de estos sentimientos. Generalmente un alto nacimiento y los títulos inspiran respeto. La riqueza, incluso sin mérito, inclina a la reverencia hasta en la gente desinteresada, quizá porque se asocia con la idea de las grandes acciones que se pueden realizar gracias a ella. Este respeto beneficia en ocasiones a muchos ricos granujas que jamás realizarán tales acciones y no tienen la menor sospecha del noble sentimiento que es lo único capaz de hacer estimable la riqueza. Lo que agrava el mal de la pobreza es el menosprecio al que da lugar, el cual, por lo menos ante los ojos comunes y corrientes, no puede ser compensado totalmente ni siquiera con méritos, a no ser que algún rango y título engañen este burdo sentimiento encubriéndolo en cierto modo a su favor.

En la naturaleza humana nunca se encuentran cualidades loables sin que existan, al mismo tiempo, formas degeneradas de dichas cualidades que, en una gradación infinita, | terminen en el defecto más extremo. <16> La cualidad de lo *sublime terrible*, cuando se hace completamente contraria a la naturaleza, cae // en lo *extravagante*.* [214] Las cosas contrarias a la naturaleza con las que se pretende lo sublime, aunque poco o nada se consiga, son las *monstruosidades*. Quien gusta de lo extravagante y cree en él es un *fantaseador*. El gusto por lo monstruoso da lugar al *maniaco*. Por otra parte, el sentimiento de lo bello degenera cuando en él falta totalmente lo noble y se le llama entonces *trivial*. A una persona masculina que presenta este carácter, cuando es joven, se le llama *dandi;* en la edad madura se le llama *fatuo*; y puesto que lo elevado o sublime es más necesario que nunca en la vejez, resulta que un *viejo verde* es la criatura más despreciable de la naturaleza, así como un joven maniaco es la más antipática e insoportable. Las bromas y la jovialidad pertenecen al sentimiento de lo bello. Pero puede transparentarse en ellas bastante inteligencia

* Cuando la sublimidad o la belleza rebasan el promedio conocido se les suele calificar de *novelescas*.

y en ese sentido pueden resultar afines en mayor o menor grado con lo sublime. | Aquel cuya jovialidad no manifiesta esta mezcla *devanea*; y el <17> que continuamente devanea es *zonzo*. Es fácil darse cuenta de que incluso la gente inteligente a veces devanea y que no se necesita poca inteligencia para que el entendimiento abandone un rato su función sin que surjan equivocaciones. Aquel cuya conversación o cuyos actos no entretienen ni conmueven es un *insípido*, y si éste se esfuerza por conseguir ambas cosas, viene a ser un *fastidioso*. Cuando el fastidioso es, además, un presumido, resulta ser un *fanfarrón*.*

Con algunos ejemplos voy a hacer un poco más inteligible este extraño compendio de debilidades humanas; | quien carece del buril de Hogarth[14] <18> tiene que completar con la descripción la expresividad que hace falta a la pintura. Arrostrar valerosamente los peligros por defender nuestros derechos, los de la patria o los de nuestros amigos, es sublime. Las cruzadas, la antigua caballería, eran *extravagantes*; los duelos, desdichado residuo // [215] de esta última, nacido de un falso concepto del honor, son *monstruosos*. Un melancólico alejamiento del tumulto mundano debido a un fastidio legítimo es *noble*. La devoción solitaria de los antiguos eremitas era *extravagante*. Los monasterios y semejantes sepulcros destinados a encerrar a santos vivos son *monstruosos*. El dominio de las pasiones en nombre de principios es *sublime*. Las mortificaciones, los votos y otras virtudes monacales más, son *monstruosos*. Las osamentas santas, las astillas sagradas y otras fruslerías similares, sin exceptuar los excrementos sagrados del gran lama del Tíbet, son *monstruosidades*. Entre las obras del ingenio y del sentimiento refinado, los poemas épicos de Virgilio y Klopstock caen en la categoría de lo *noble*;

* Pronto se observa que esta honorable compañía está dividida en dos secciones: la de los maniacos y la de los fatuos. De un maniaco instruido se dice discretamente que es un *pedante*. Si adopta un aire arrogante de sabiduría, como los *necios*[15] de tiempos antiguos y recientes, la capa con cascabeles le sienta perfectamente. La clase de los fatuos se encuentra frecuentemente en la alta sociedad; quizá es mejor que la primera, a sus expensas uno tiene mucho que ganar y mucho que reír. No obstante, en esta caricatura todos se hacen entre sí muecas de disgusto y la cabeza hueca de uno choca contra la de su hermano.

los de Homero y Milton en la de lo *extravagante*. Las *Metamorfosis* de Ovidio son *monstruosidades* y los cuentos de hadas de la disparatada fantasía francesa[16] son | las monstruosidades más lamentables jamás imaginadas. Los poemas anacreónticos generalmente están muy cerca de lo *trivial*. <19>

Las obras del entendimiento y del ingenio agudo, en la medida en que sus objetos contienen también algo para el sentimiento, participan en cierta forma de las diferencias que ahora mencionamos. La representación matemática de la magnitud infinita del universo, las consideraciones de la metafísica sobre la eternidad, la Providencia y la inmortalidad de nuestra alma contienen cierto carácter sublime y majestuoso. En cambio, la sabiduría se ve desfigurada por muchas sutilezas vanas y la apariencia de profundidad no impide que las cuatro figuras silogísticas deban ser consideradas como monstruosidades de escuela.[17]

Entre las cualidades morales sólo la verdadera virtud es sublime. Sin embargo, existen cualidades morales que son amables y bellas y que, en cuanto armonizan con la virtud, son consideradas como nobles, aunque propiamente no pueden ser incluidas en la actitud virtuosa. El juicio sobre esto es sutil y complicado. Ciertamente no puede calificarse de virtuosa la disposición de ánimo | que es la fuente de tales acciones que corresponderían también a la virtud, pero cuyo fundamento concuerda con ella sólo accidentalmente y puede contradecir con frecuencia, por su naturaleza, sus reglas universales. Cierta ternura de corazón, que fácilmente lleva a un cálido sentimiento de *compasión*, es bella y amable, pues denota un bondadoso interés por el destino de otros hombres, a lo cual conducen igualmente los principios de la virtud. Sin embargo, esta buena pasión es débil y // siempre ciega. Pues supongamos que este sentimiento les lleva a ustedes a socorrer con sus recursos a una persona necesitada, pero ustedes tienen una deuda con otra persona y esto les imposibilita <20> [216]

cumplir el estricto deber de la justicia. En este caso obviamente su acción no puede provenir de ningún propósito virtuoso, porque siguiendo éste nunca nos veríamos inducidos a sacrificar una obligación superior por este impulso ciego. En cambio, si la benevolencia general hacia la especie humana ha llegado a ser un principio dentro de ustedes, al cual subordinan siempre | sus acciones, entonces perdura el amor al necesitado pero <21> un punto de vista más elevado lo sitúa en su verdadera relación con la totalidad de sus deberes. Su benevolencia universal es el fundamento de su interés por la desdicha de aquél, pero también de la justicia que les prescribe renunciar, en este caso, a esa acción. Ahora bien, al ser elevado este sentimiento a su debida universalidad, si bien se hace sublime, resulta, en cambio, más frío. Pues no es posible que nuestro corazón se exalte enternecido por todo ser humano ni que toda pena ajena nos inunde de aflicción, pues de otro modo el ser humano virtuoso estaría, como Heráclito, permanentemente deshecho en lágrimas de compasión y, a pesar de toda su bondad, no vendría a ser más que un holgazán de tierno corazón.[*]

| El segundo tipo de sentimiento bondadoso que aunque es bello y <22> amable no sirve como fundamento de la verdadera virtud es la *complacencia*, por la cual nos sentimos inclinados a mostrarnos agradables a los otros manifestándoles amistad, accediendo a sus deseos y conformando nuestra conducta con su forma de pensar. Esta causa de una encantadora sociabilidad es bella y la disponibilidad de tal corazón es bondadosa, pero

[*] Considerando las cosas más de cerca, se ve que por más amable que sea la compasión, carece de la dignidad de la virtud. Un niño que sufre, una mujer amable y desventurada, provocarán en nuestro corazón ese sentimiento de tristeza, en tanto que oímos con indiferencia la noticia de una terrible batalla, en la cual, como es fácil pensarlo, una gran | parte del género humano ha perecido bajo <22> dolores atroces sin haberlo merecido. Muchos príncipes que apartaron su vista con tristeza de una persona desgraciada, al mismo tiempo ordenaron la guerra, y frecuentemente por motivos frívolos. No hay aquí ninguna proporción en los efectos; así pues, ¿cómo puede decirse que la causa sea el amor general a la humanidad?

está tan lejos de ser una virtud que si los principios superiores // no le ponen [217] sus límites y la debilitan, puede ser el origen de cualquier vicio. Aun sin mencionar que esta complacencia hacia aquellos que frecuentamos significa a menudo la injusticia con otros que están colocados fuera de ese pequeño círculo, el hombre complaciente que se atiene únicamente a este incentivo podrá tener todos los vicios, | no por inclinación inmediata, sino porque vive <23> para complacer a otros. Su amable sociabilidad lo convertirá en un mentiroso, en un holgazán, en un bebedor, etc., porque no obra según las reglas dirigidas a la buena conducta en general, sino según una inclinación bella en sí misma, pero que al carecer de firmeza y principios resulta trivial.

Por consiguiente, la verdadera virtud sólo puede basarse en principios tales que, entre más generales sean, más sublime y noble la harán. Estos principios no son reglas especulativas, sino la conciencia de un sentimiento que vive en todo corazón humano y que se extiende mucho más allá de las causas particulares de la compasión y la complacencia. Creo englobar todo su contenido diciendo que es *el sentimiento de la belleza y la dignidad de la naturaleza humana*. Lo primero es un fundamento de la benevolencia universal, lo segundo del respeto universal; y si este sentimiento alcanzara la más alta perfección en algún corazón humano, ese hombre se amaría y se estimaría a sí mismo, pero sólo en la medida en que es uno | de todos aque- <24> llos a los cuales se extiende su vasto y noble sentimiento. Sólo cuando uno subordina su inclinación particular a una inclinación tan amplia, los instintos bondadosos pueden aplicarse proporcionadamente y producir el noble comportamiento que es la belleza de la virtud.

Considerando la debilidad de la naturaleza humana y el poco poder que el sentimiento moral universal ejercería sobre la mayor parte de los corazones, la Providencia ha puesto en nosotros, como suplemento de la virtud, esos instintos auxiliares; por ellos algunos son movidos a bellas acciones, aun sin principios, y estos últimos pueden dar a quie-

nes los obedecen un mayor impulso y un móvil más fuerte. La compasión y la complacencia son motivo de bellas acciones que quizá quedarían sofocadas en su totalidad bajo el predominio de un egoísmo más burdo, pero no son, como ya hemos visto, motivos inmediatos de la virtud, aunque también se les llama virtudes al estar ennoblecidas por su parentesco con ésta. Por consiguiente, puedo calificarlas como *virtudes adoptadas*, y únicamente a la que descansa sobre // principios [218] considerarla | como *virtud genuina*. <25> Las primeras son bellas y encantadoras; sólo la segunda es sublime y digna de respeto. A la disposición de ánimo en la que reinan los primeros sentimientos se le llama *buen corazón* y *bondadoso* al hombre de ese tipo; en cambio, se atribuye con justicia un *noble corazón* al hombre virtuoso según principios y se le llama *recto*. Sin embargo, estas virtudes adoptadas tienen grandes semejanzas con las virtudes verdaderas, pues contienen un sentimiento de placer inmediato en las acciones bondadosas y benevolentes. El hombre de buen corazón, sin tener otro interés y por espontánea complacencia, los tratará a ustedes pacífica y cortésmente y sentirá una compasión sincera ante las miserias de otro.

Pero como esta simpatía moral no es suficiente aún para estimular en la pereza humana la realización de acciones de provecho general, la Providencia ha puesto otro refinado sentimiento en nosotros que puede movernos a la acción o servir de contrapeso al más burdo egoísmo y al ordinario deseo de placeres. Es el *sentimiento del honor* y su consecuencia, la *vergüenza*. La opinión que los demás puedan tener de nuestro | valor y su <26> juicio sobre nuestros actos es una motivación de gran peso que nos lleva a muchos sacrificios. Lo que gran parte de los hombres jamás habría hecho por un impulso espontáneo de bondad, ni por principios, muchas veces se realiza simplemente por salvar las apariencias, gracias a una fantasía muy útil, aunque en sí misma muy superficial, como si nuestro

valor y el de nuestras acciones los determinase el juicio de los demás. Lo que se realiza obedeciendo este impulso no es de ningún modo virtuoso; y por eso quien quiere ser tenido por tal oculta cuidadosamente este motivo de estar ansioso de honores. Esta inclinación ni siquiera tiene tanta afinidad con la genuina virtud como la bondad de corazón, pues lo que la mueve no es directamente la belleza de las acciones, sino el decoro que éstas representan ante los ojos ajenos. Sin embargo, como el sentimiento del honor es un fino sentimiento, puedo denominar como *lustre de virtud* a lo que este sentimiento motiva y se parece a la virtud.

| Si comparamos los tipos de disposiciones de los hombres en cuanto que predomina en ellos uno de estos tres géneros de sentimiento y determina su carácter moral, encontraremos que cada uno de ellos se encuentra estrechamente relacionado con alguno de los temperamentos tal y como se les clasifica ordinariamente, // pero que la mayor deficiencia de sentimiento moral corresponde al flemático. Y con esto no quiero decir que el atributo principal en el carácter de estas diferentes disposiciones consista en los rasgos indicados, pues aquí no estamos examinando sentimientos más groseros, por ejemplo el egoísmo o el placer vulgar, etc.; aunque tales inclinaciones son las más consideradas en la clasificación ordinaria, sino más bien porque los sentimientos morales más refinados que aquí se han considerado son más facilmente compatibles con uno o con otro de estos temperamentos y, de hecho, en la mayoría de los casos están realmente unidos. <27> [219]

Un sentimiento profundo de la belleza y la dignidad de la naturaleza humana, así como tal actitud y fortaleza de ánimo para referir todas las acciones a este sentimiento como fundamento general son serios y no se asocian bien con | una alegría pasajera ni con la inconstancia de una persona frívola. Incluso se aproximan a la melancolía, sentimiento suave y noble, en tanto que se funda sobre el temor que sufre un alma limitada <28>

cuando, llena de un gran propósito, ve los peligros que debe vencer y tiene ante los ojos la difícil pero gran victoria de superarse a sí misma. Así, la genuina virtud, fundada sobre principios, tiene en sí algo que más parece armonizar con el temperamento *melancólico* en un sentido atenuado del término.

El carácter bondadoso, una condición bella y sensible del corazón para ser conmovido de manera compasiva y benévola, en casos particulares, según la ocasión que se presente, está muy sujeto al cambio de las circunstancias y, como el movimiento del alma no descansa sobre un principio general, toma fácilmente formas diferentes, según ofrezcan los objetos un aspecto u otro. Y como esta inclinación tiende a lo bello, parece asociarse de la manera más natural con el temperamento denominado *sanguíneo*, que es inconstante | y dado a la diversión. En este temperamento debemos buscar <29> las estimadas cualidades que hemos denominado virtudes adoptadas.

El sentimiento del honor es reconocido habitualmente como característico de la complexión *colérica*, y su descripción nos dará ocasión para destacar las consecuencias morales de este refinado sentimiento que // ma- [220] yormente se preocupa sólo del lustre.

Nunca faltan en el hombre vestigios de sentimientos más refinados, pero una gran deficiencia de estos rastros, que comparativamente se calificaría como insensibilidad, corresponde al carácter *flemático*, al cual suelen negársele hasta los impulsos más vulgares, tales como el deseo de dinero, etc., pero que nosotros en todo caso se los dejaremos, junto con otras inclinaciones semejantes, porque no entran en nuestro plan.

Ahora consideremos de cerca los sentimientos de lo sublime y lo bello, especialmente en cuanto son morales, según la clasificación de los temperamentos en la que me baso.

| Aquel cuyo sentimiento cae en lo *melancólico* no se llama así porque, <30> privándose de los goces de la vida, se consuma en una sombría melancolía, sino porque sus sentimientos, intensificados más allá de cierto grado o dirigidos por determinadas causas hacia una dirección errónea, acabarían más fácilmente en esta melancolía que en otro estado de ánimo. Este temperamento tiene principalmente *sensibilidad para lo sublime.* Incluso la belleza, para la cual también es igualmente sensible, no únicamente le ha de encantar sino conmoverlo, llenándolo al mismo tiempo de admiración. Si el placer de las diversiones es en él más serio no por ello es menor. Todas las emociones de lo sublime tienen para él más fascinación que los ilusorios encantos de lo bello. Su bienestar será, más bien que alegría, una satisfacción tranquila. Es constante. Esto lo hace someter a principios sus sentimientos y hace que estén menos sometidos a la inconstancia y al cambio cuanto más universal sea el principio al cual se subordinan y más amplio el elevado sentimiento que domina a los bajos. Todos los fundamentos particulares | de las inclinaciones están sujetos a muchas excep- <31> ciones y cambios si no se derivan de tal fundamento superior. El alegre y amable Alcestes dice: "Amo y estimo a mi mujer porque es bella, cariñosa y lista". Pero: ¿y si deformada por la enfermedad, agriada por la vejez y pasada la primera fascinación dejara de parecerle más inteligente que cualquier otra? Cuando el fundamento ha desaparecido, ¿qué pasará con la inclinación? Tomemos, en cambio, al benévolo y sosegado Adrasto[18] que piensa para sí mismo: "trataré a esta persona con amor y respeto porque es mi esposa". Esta actitud de ánimo es noble y generosa. Aunque // pueden alterarse sus encantos accidentales ella siempre seguirá [221] siendo su esposa. El noble motivo de sus acciones permanece y no dependerá tanto de la inconstancia de las cosas externas. Ésta es la naturaleza de los principios, en comparación con los impulsos que sólo se

originan en ocasiones aisladas, y así es el hombre de principios en contraposición con aquel a quien ocasionalmente le sobreviene una inspiración de bondad y afecto. ¿Qué ocurriría si incluso el secreto lenguaje de su | corazón le hablara de esta forma: "Tengo que auxiliar a este hombre <32> porque sufre; no porque sea mi amigo o mi conocido ni porque lo considere capaz de agradecérmelo algún día. No es el momento de sutilizar y detenerse en preguntas: es un ser humano y lo que afecta a un ser humano también me concierne a mí"?[19] Entonces su proceder se apoya sobre el fundamento más elevado de la benevolencia que existe en la naturaleza humana y es sublime en grado sumo, tanto por su invariabilidad como por la universalidad de su aplicación.

Prosigo con mis observaciones. El hombre de temperamento melancólico se preocupa poco de los juicios ajenos, de lo que otros tienen por bueno o verdadero; se apoya en este respecto sólo en su propia opinión. Como en él los motivos de acción toman el carácter de principios, no es fácil hacerlo cambiar de ideas. Su firmeza a veces degenera también en obstinación. Ve los cambios de la moda con indiferencia y su lustre con desdén. La amistad es sublime y, por lo tanto, apropiada a sus sentimientos. Quizá pueda | perder <33> a un amigo inconstante, pero este último no lo pierde tan pronto a él. Incluso el recuerdo de la amistad apagada le sigue pareciendo respetable. El gusto por la conversación es bello, el silencio meditativo es sublime. Sabe bien guardar sus secretos y los ajenos. La veracidad es sublime y él odia las mentiras y los fingimientos. Tiene un elevado sentimiento de la dignidad de la naturaleza humana. Se estima a sí mismo y considera al ser humano como una criatura que merece respeto. No tolera ninguna sumisión reprobable y respira libertad en su noble corazón. Toda clase de cadenas, desde las doradas que se llevan en la corte hasta los hierros pesados del galeote, son para él abominables. Es un severo juez de sí mismo y de los demás y no es extraño que sienta hastío de sí y del mundo.

Cuando este carácter degenera, la seriedad se transforma en melancolía, la devoción en fanatismo, el amor a la libertad en entusiasmo. // La ofensa y la injusticia encienden en él las ansias de venganza. Entonces se vuelve muy temible. Desafía el peligro y | desprecia la muerte. La perversión de su manera de sentir y la ausencia de una razón serena hacen que caiga en lo *extravagante*: sugestiones, fantasías, asedios. Si la inteligencia es aún más débil, llega a lo *monstruoso*: sueños de vaticinio, presentimientos, señales milagrosas. Está en peligro de convertirse en un *fantaseador* o en un *maniaco*. {222} <34>

El que es de temperamento *sanguíneo* tiene predominantemente *sensibilidad para lo bello*. Por lo tanto, sus alegrías son sonrientes y vivas. Si no está alegre es porque se encuentra disgustado; conoce poco la tranquila satisfacción. La variedad es bella y él gusta del cambio. Busca la alegría en sí mismo y en torno suyo; divierte a los demás y su compañía es grata. Tiene mucha simpatía moral. La alegría de los otros lo alegra y el sufrimiento de los demás le enternece el corazón. Su sentimiento moral es bello, pero sin principios, y siempre depende directamente de las impresiones momentáneas que los objetos ejercen sobre él. Es amigo de todos los hombres o, lo que es lo mismo, no es propiamente nunca un amigo, aunque | sea bondadoso y benevolente. No disimula. Hoy los tratará afectuosa y amablemente; y si mañana están ustedes enfermos o en alguna desgracia, sentirá una compasión verdadera y no fingida, pero se escapará discretamente hasta que las circunstancias hayan cambiado. Nunca debe ser juez. En general las leyes le parecen demasiado severas y se deja corromper por las lágrimas. Es un pobre santo, nunca completamente bueno y nunca completamente malo. Frecuentemente cae en excesos y es vicioso más por complacencia que por inclinación. Es generoso y caritativo, pero mal pagador cuando se trata de sus deudas porque es muy sensible para la bondad y poco para la justicia. Nadie tiene tan buena opinión de su propio corazón como él mismo. Incluso si no se tiene para él mucha estimación, no se puede dejar de amarlo. Si su <35>

carácter se degenera, cae en lo *trivial* y se convierte en juguetón y pueril. Si la edad no disminuye un poco su vivacidad o no le da un poco más de juicio, está en peligro de llegar a ser un viejo verde.

| Aquel cuyo temperamento se considera como *colérico* tiene una sen- <36> sibilidad predominante para esa forma de lo sublime que se puede denominar lo *magnífico*. En realidad sólo es mero lustre de sublimidad, un color muy llamativo que // oculta, engañando e impresionando con la apa- [223] riencia, el contenido interno de una cosa o de una persona que quizá no es más que mediocre o vulgar. De la misma manera que un edificio produce una impresión tan noble, como si realmente fuera de piedra labrada gracias a una pintura que la imita y así como las cornisas y pilastras sobrepuestas sugieren la idea de firmeza aunque tengan poca consistencia y no soporten nada, así también brillan las virtudes de hojalata, la sabiduría de oropel y los méritos pintados.

El colérico estima su propio valor, el de sus posesiones y el de sus acciones según el decoro o la apariencia que tienen ante los ojos de los demás. Respecto de la naturaleza interna o de los motivos que el objeto encierra en sí permanece frío, ni encendido por una verdadera benevolencia ni | conmovido por el respeto.* Su conducta es artificiosa. Tiene <37> que saber adoptar varios puntos de vista para apreciar el efecto que produce su comportamiento según la distinta posición de los espectadores, pues poco le preocupa lo que él es, sino solamente lo que parece ser. Por esto tiene que conocer bien el efecto que su conducta tendrá en la opinión general y las diversas impresiones que producirá en torno suyo. Como esta astuta atención le exige bastante sangre fría y no dejarse cegar por el amor, la compasión y la simpatía de su corazón, escapará de muchas locuras y desaires en que cae el de temperamento sanguíneo,

* E incluso se considera a sí mismo feliz sólo cuando supone que los demás lo tienen como tal.

quien se deja arrebatar por su sentimiento inmediato. Por esto generalmente parece más inteligente de lo que realmente es. Su benevolencia es cortesía; su respeto ceremonia; su afecto adulación premeditada. Siempre está lleno de sí mismo cuando toma la actitud de enamorado o de amigo y nunca es ni lo uno | ni lo otro. Gusta de brillar con la moda, pero como todo en él es artificioso y fingido, resulta tieso y torpe. Su conducta obedece a principios mucho más que la del sanguíneo, el cual sólo se mueve por las impresiones ocasionales; pero no son los principios de la virtud sino los de la reputación, y no es sensible a la belleza o al valor de las acciones sino sólo al juicio que el mundo dictará sobre ellas. Puesto que su proceder, si no se tiene en cuenta la fuente de donde proviene, es, por cierto, casi tan beneficioso para el interés general como lo es la virtud // misma, obtiene ante los ojos comunes y corrientes una consideración tan elevada como la del virtuoso; pero delante de los ojos más sutiles se esconde cuidadosamente, pues sabe bien que si se descubre el motivo secreto de sus ansias de honor también desaparecerá la estimación que se le profesa. Por lo tanto es muy dado al fingimiento, hipócrita en religión, adulador en el trato social y cambia caprichosamente de bando político según convenga a las circunstancias. Le gusta ser esclavo de los grandes a fin de ser tirano de los inferiores. La *ingenuidad,* esta noble y bella | sencillez que lleva en sí el sello de la naturaleza y no del arte, le es totalmente ajena. Por ello, cuando su gusto degenera, su lustre resulta *chillante*, es decir, desagradablemente jactancioso. Cae entonces, en su estilo y en sus adornos, en galimatías (lo exagerado), una especie de monstruosidad que es, respecto de lo magnífico, lo mismo que son lo extravagante o lo maniaco respecto de lo sublime y serio. En caso de ofensas, se lanza a duelos o procesos, y en las relaciones ciudadanas gusta de ancestros, preeminencias y títulos. Mientras únicamente es vanidoso, es decir, mientras busca honores y se esfuerza en hacerse

<38> [224] <39>

visible, todavía puede resultar soportable; pero cuando a pesar de estar totalmente desprovisto de verdaderas cualidades y talentos se vuelve engreído, viene a parar en lo último en lo que quisiera ser considerado, a saber, en un *fanfarrón*.

Dado que en el compuesto *flemático* no suelen aparecer ingredientes de lo sublime y de lo bello en un grado apreciable, este temperamento no entra en el ámbito de nuestro examen.

| Sea cual fuere el tipo de los finos sentimientos que hemos tratado hasta aquí, sublimes o bellos, tienen el común destino de parecer falsos y absurdos ante el juicio de todo aquel que carece de sensibilidad ante ellos. Un hombre de actividad tranquila y encaminada a su propio beneficio no tiene, por decirlo así, los órganos necesarios para sentir el rasgo noble en un poema o en una virtud heroica. Prefiere leer a Robinson y no a Grandison[20] y considera a Catón[21] un necio obstinado. Igualmente, las personas de carácter un tanto serio consideran trivial aquello que para otras es encantador, y la juguetona ingenuidad de una escena bucólica les parece banal y pueril. E incluso si el espíritu no está totalmente desprovisto de los correspondientes sentimientos refinados, los grados de su sensibilidad son muy diferentes y vemos que // uno encuentra noble y digno algo que otros consideran grande pero extravagante. Las ocasiones que se ofrecen para descubrir algo de los sentimientos de los demás en asuntos no morales, | pueden darnos oportunidad para inferir, con bastante probabilidad, su manera de sentir en relación con las cualidades superiores de su espíritu y aun las de su corazón. El que se hastía oyendo una hermosa música hace sospechar fuertemente que las bellezas de la literatura o la delicada fascinación del amor ejercerán poco poder sobre él.

<40> [225] <41>

Hay un cierto espíritu de las minucias (*esprit des bagatelles*) que manifiesta una especie de sensibilidad delicada, pero dirigida exactamente a lo contrario de lo sublime. Es el gusto por alguna cosa muy *artificial* y laboriosa, como los versos que pueden leerse hacia adelante y hacia atrás, los enigmas, los relojes diminutos encerrados en joyas, las cadenas para pulgas, etc.; un gusto por todo lo que está *trazado* de manera minuciosa y laboriosamente ordenado sin que tenga utilidad, por ejemplo, libros exquisitamente colocados en largas filas de estantes y una cabeza vacía que los contempla satisfecha; habitaciones arregladas como cajas ópticas, minuciosamente limpias y adentro un dueño inhospitalario y gruñón; | un gusto por todo lo que <42> es *raro*, por poco valor que pueda tener en sí, como la lámpara de Epicteto, un guante del rey Carlos XII. En cierta forma el afán por coleccionar monedas cae dentro de esto. Puede sospecharse que si tales personas cultivaran las ciencias se convertirían en sutilizadores y maniacos y que en lo moral serían insensibles a todo lo que es bello o noble de forma libre.

Nos equivocamos cuando, ante quien no ve el valor o la hermosura de lo que nos conmueve y encanta, replicamos diciendo *que no lo comprende*. Aquí no se trata de lo que el *entendimiento* comprende sino más bien de los sentimientos que se sienten. Sin embargo, las facultades del alma tienen tan grande conexión entre ellas que la mayoría de las veces se puede inferir de la manifestación de los sentimientos los talentos intelectuales. Vanas serían las dotes intelectuales para quien no tuviera al mismo tiempo un vivo sentimiento de lo verdaderamente noble o bello, el cual debe ser el | móvil para aplicar esas dotes bien y con regularidad.* <43>

* Se comprenderá que una cierta fineza de sentimientos en un hombre sea considerada como mérito. Que alguien pueda tomar una buena comida // de carnes o pasteles y después dormir incomparablemente bien, se considerará como señal de buena digestión, pero no como mérito. En cambio, aquel [226]

// Se tiene la costumbre de llamar *útil* únicamente a lo que satisface [226] nuestra sensibilidad más burda, a lo que puede proporcionarnos abundancia en comida y bebida, lujo en el vestido y el menaje y derroche en la hospitalidad, pero no veo por qué lo deseado por mis más vivos sentimientos no sea contado también entre las cosas útiles. Sin embargo, aquel en quien manda | el *interés personal,* es un hombre con quien nunca se <44> debería discutir sobre el buen gusto. Desde ese punto de vista, una gallina sería preferible a un perico y una cazuela más útil que un recipiente de porcelana, todos los ingenios del mundo valen menos que un campesino y los esfuerzos por averiguar la distancia de las estrellas fijas pueden suspenderse hasta que no se decida la manera más ventajosa de manejar el arado. Pero qué locura es entablar tal disputa, en la que es imposible que uno y otro compartan los mismos sentimientos, pues la forma de sentir es totalmente distinta. No obstante, el hombre de más burdos y vulgares sentimientos podrá darse cuenta de que los encantos y placeres de la vida que aparentan ser los más prescindibles son los que atraen nuestros mayores cuidados, y que si pretendiéramos excluirlos nos quedarían muy pocos motivos para realizar tan múltiples actividades. Al mismo tiempo, supuestamente nadie es tan grosero para no sentir que una acción moral, cuando menos en el prójimo, conmueve más cuanto más se aleja del interés propio y cuanto más resaltan en ella aquellos nobles motivos.

| Cuando examino alternativamente el lado noble y el débil de los hom- <45> bres, me reprocho no ser capaz de tomar el punto de vista desde el cual

que sacrifica una parte de su comida a escuchar una pieza de música, o quien puede prolongarse en agradable distracción ante un relato, o el que lee con gusto alguna obra ingeniosa, aunque sea sólo una pequeñez poética, tiene, ante los ojos de casi todos, el decoro de hombre más refinado y se tiene de él una opinión más favorable y honrosa.

estos contrastes presentan el gran retrato de la naturaleza humana en un conjunto impresionante. Concedo gustoso que, al pertenecer a las grandes líneas // de la naturaleza en conjunto, estas grotescas posturas no pueden |227| menos que tener un significado noble, aunque uno es bastante miope para considerarlas en esta relación. Sin embargo, en una rápida ojeada sobre este asunto, creo que se puede observar lo siguiente: los hombres que obran según *principios* son muy *pocos*, cosa que es muy buena pues ocurre fácilmente que los principios son equivocados, y entonces el daño que resulta de esto llega tan lejos como general es el principio y decidida la persona que lo ha adoptado. Los que obran obedeciendo a los *buenos impulsos* son *muchos más*, y está muy bien, con todo y que no pueda ser contado como un mérito | particular de la persona. Estos instintos virtuosos a veces fa- <46> llan, pero en términos generales cumplen el gran propósito de la naturaleza, lo mismo que los demás instintos que con tanta regularidad mueven el mundo animal. Los que como único punto de referencia de sus esfuerzos tienen fija ante sus ojos su adorada persona y buscan que todo gire en torno a su *interés personal* como eje mayor, son los *más numerosos*, y nada puede ser más ventajoso que esto, pues ellos son los más diligentes, ordenados y cautelosos; dan firmeza y solidez al conjunto y, sin proponérselo como meta, sirven al bien común en cuanto proveen las necesidades imprescindibles y preparan las bases que permiten a las almas delicadas extender la belleza y la armonía. Finalmente, el *amor por el honor* se halla diseminado en *todo* corazón humano, aunque en diferente medida, y debe dar al conjunto una encantadora belleza que provoca incluso la admiración. Si bien las ansias de honor son una loca fantasía cuando se convierten en la regla a la cual se subordinan las demás inclinaciones,

no obstante resultan excelentes como impulso complementario. Cada uno, | al realizar sus acciones en el vasto teatro del mundo, de acuerdo con <47> sus inclinaciones dominantes, se ve movido al mismo tiempo por un impulso secreto de tomar mentalmente un punto de vista fuera de sí mismo, a fin de juzgar el decoro de su conducta tal como se presenta a los ojos del espectador. Así, los diversos grupos se unen en una pintura de expresión magnífica en la cual, en medio de una gran diversidad, reluce la unidad y en la que la naturaleza moral, en su conjunto, muestra su belleza y dignidad.

Tercera sección

Sobre la diferencia de lo sublime y lo bello en la interrelación de los dos sexos

// Quien por primera vez tuvo la idea de designar a la mujer con el nombre [228] de *bello sexo* posiblemente quiso decir algo galante, pero acertó mejor de lo que él mismo pudo suponer. En efecto, | <48> sin tomar en consideración que su figura es, en general, más fina, sus rasgos más tiernos y suaves, y su rostro más expresivo y cautivante en la expresión de la amabilidad, el donaire y la afabilidad en comparación con el sexo masculino; sin olvidar tampoco lo que debe atribuirse al secreto encanto por el que ellas predisponen nuestra pasión a juzgarlas favorablemente, hay rasgos propios en el carácter de este sexo que lo diferencian claramente del nuestro y lo hacen distinguirse principalmente por la característica de lo *bello*. Por otra parte, nosotros podríamos aspirar al título de *noble sexo* si no se le exigiera también a un carácter noble el rehusar los títulos honoríficos y más bien darlos que recibirlos. No se entienda por esto que la mujer carece de cualidades nobles o que el sexo masculino esté desprovisto por completo de bellezas. Más bien se espera que cada sexo reúna ambas, pero de tal manera que en una mujer todas las demás perfecciones se reúnan sólo | <49> para resaltar el carácter de lo *bello*, el cual es el punto de referencia propio en ella, y que, en cambio, entre las cualidades masculinas sobresalga claramente lo *sublime* como su característica específica. A esto deben referirse todos los juicios sobre los dos sexos, tanto los elogiosos como los adversos; ha de

tener esto ante los ojos toda educación e instrucción así como todo esfuerzo por fomentar la perfección moral de una y otro si no se quiere que resulte imperceptible la encantadora diferencia que la naturaleza ha querido establecer entre estos dos tipos del género humano. Pues no es suficiente pensar que se tienen ante sí seres humanos; además, es necesario no perder de vista que no son del mismo tipo.

// La mujer tiene un sentimiento innato más fuerte para todo lo que es [229] bello, elegante y ornado. Desde la infancia les gusta arreglarse y se complacen con el atavío. Son limpias y muy delicadas con lo que provoca repugnancia. Les gusta el donaire y pueden ser entretenidas con pláticas insignificantes con tal de que sean alegres y de buen humor. | Desde muy <50> temprana edad tienen un carácter virtuoso, saben adoptar un aire fino y son dueñas de sí mismas, y eso a una edad en la que nuestra juventud masculina bien educada es aún rebelde, torpe y tímida. Tienen muchos sentimientos de empatía, bondad natural y compasión; prefieren lo bello a lo útil y transformarán gustosas los excedentes de su presupuesto de manutención en ahorros destinados al gasto en adornos y galas. Son muy sensibles a la más pequeña ofensa y sumamente finas para advertir la más ligera falta de atención y respeto hacia ellas. En resumen, presentan, dentro de la naturaleza humana, el fundamento del contraste entre las cualidades bellas y las cualidades nobles, e incluso el sexo masculino se afina en el trato con ellas.

Espero que se me dispensará enumerar las cualidades masculinas, en tanto que sean paralelas a las femeninas, y que bastará contrastar unas con otras. El bello sexo tiene inteligencia al igual que el masculino, sólo

que es una *inteligencia bella*; mientras que la nuestra ha de ser una *inteligencia profunda*, | expresión equivalente a sublime. <51>

La belleza de toda acción se manifiesta, sobre todo, en su soltura, al realizarse aparentemente sin esfuerzo dolorososo; en contraste, los afanes y las dificultades superadas despiertan admiración y pertenecen a lo sublime. La meditación profunda y el examen prolongado son nobles, pero arduos y no sientan bien a una persona en la que los espontáneos encantos no tienen que mostrar más que una naturaleza bella. El estudio laborioso o la cavilación escrupulosa, incluso si una mujer adelanta mucho en ello, borran las perfecciones propias de su sexo y pueden, por la rareza de estas condiciones, hacer de ella el objeto de una fría admiración; pero al mismo tiempo debilitan el encanto gracias al cual la mujer ejerce su fuerte poder sobre el sexo opuesto. Una mujer que tiene la cabeza llena de griego, como la señora *Dacier*,[22] o que sostiene discusiones profundas sobre mecánica, como la marquesa de // *Châtelet*,[23] bien podría [230] llevar una barba, pues ésta | expresaría con más claridad el aspecto de <52> sagacidad a la que ellas aspiran. La inteligencia bella elige como objetos suyos a los que más se relacionan con los sentimientos delicados y deja las especulaciones o los conocimientos abstractos, que son útiles pero áridos, para la inteligencia afanosa, profunda y penetrante. La mujer, por lo tanto, no va a aprender geometría; del principio de razón suficiente o de las mónadas, no va a aprender más que lo necesario para captar el chiste en las sátiras que se mofan de los sutilizadores superficiales de nuestro sexo. El bello sexo puede dejar sin preocuparse que Descartes continúe haciendo girar su torbellino, o que el amable *Fontenelle*[24] quiera proporcionarles compañía entre los planetas, y el atractivo de sus encantos no pierde nada de su energía si no saben ni una

palabra de lo que *Algarotti*,[25] siguiendo a Newton, se ha esforzado en escribir para provecho de ellas acerca de la fuerza de atracción de la materia. En historia no se han de llenar la cabeza con batallas ni en geografía con nombres de fortalezas, pues tan mal sienta a ellas | el olor de la pólvora como a los hombres el olor del almizcle. <53>

Parece que es una maliciosa estratagema de los hombres el haber querido inclinar al bello sexo hacia este gusto equivocado. Conscientes de su debilidad ante los encantos naturales de este sexo y de que una simple mirada traviesa les plantea más confusión que el más difícil problema científico, tan pronto como la mujer cae en este gusto se sienten en franca superioridad y, con esa ventaja que difícilmente tendrían de otra manera, se sienten capaces de socorrer con generosa indulgencia las debilidades de su vanidad. El contenido de la gran ciencia de la mujer es, más bien, la humanidad y en ésta, el hombre. Su filosofía no consiste en razonamientos sino en sentimientos. Si se quiere proporcionar a la mujer la oportunidad de cultivar su bella naturaleza, se ha de tener presente esta consideración. Se procurará desarrollar todo su sentimiento moral y no su memoria, valiéndose para ello no de reglas generales sino de algunos juicios | sobre sobre el comportamiento que ven en torno suyo. Los ejemplos tomados de otras épocas para examinar la influencia que el bello sexo ha tenido en el curso de la historia, las diferentes // relaciones que ha guardado con el sexo masculino durante otras épocas o en países extraños, el carácter de ambos sexos en la medida en que puede ser aclarado mediante esto y el cambiante gusto en las diversiones es lo que comprende toda su historia y su geografía. Es bueno que se haga agradable para la vista de la mujer un mapa del orbe entero, o de sus partes más importantes, presentándolo con la única intención de des- <54> [231]

cribir los diferentes caracteres de los pueblos que lo habitan y la diversidad en el gusto y sentimiento moral, principalmente en relación con el efecto que dicha diversidad ejerce en el trato de ambos sexos y agregando algunas pequeñas explicaciones tomadas de las diferencias de las latitudes y la libertad o la esclavitud que experimentan. Es de poca importancia si la mujer conoce o no las divisiones particulares de estos países, su industria, su poderío o sus soberanos. De igual manera, | del universo sólo <55> tienen que conocer lo necesario para conmoverse ante el espectáculo del cielo en una hermosa noche, habiendo comprendido de alguna manera que existen otros mundos y que en ellos se han de encontrar otras bellas criaturas.[26] La sensibilidad para la descripción expresiva y la música, no como arte sino como expresión de los sentimientos, refina o eleva el gusto de este sexo y tiene siempre alguna conexión con los impulsos morales. Nunca una enseñanza fría y especulativa sino siempre sentimientos, y que éstos permanezcan tan cerca como sea posible de las condiciones de su sexo. Esta forma de enseñanza es rara porque reclama talentos, experiencia y un corazón lleno de sentimiento. De cualquier otra enseñanza la mujer puede prescindir definitivamente, e incluso sin ésta ellas generalmente se cultivan muy bien mediante sus propios esfuerzos.

La virtud de la mujer es una *virtud bella.** La del sexo masculino | debe <56> ser una *virtud noble*. Las mujeres evitarán lo malo no porque es injusto sino porque es feo y las acciones que ellas llaman virtuosas son las moralmente bellas. Nada de deber, nada de constricción, nada de obligación. Para la mujer es insoportable toda orden y mandato displicente. // Hacen [232]

* En un severo juicio ésta fue calificada más arriba [217] como virtud adoptada; aquí, atendiendo al carácter del sexo, se le denomina, en general, *virtud bella.*

algo sólo porque les da la gana y el arte consiste en hacer que sólo les agrade aquello que es bueno. Me parece difícil que el bello sexo sea capaz de principios y espero no ofender con esto pues también son extremadamente raros en el sexo masculino. En cambio, la Providencia ha puesto en su corazón sentimientos de bondad y complacencia, un delicado sentimiento de decencia y un alma amable. No se deben exigir sacrificios ni dominio generoso de sí. Cuando un hombre arriesgue una parte de su fortuna por un amigo, no debe decirlo nunca a su esposa: ¿para qué oprimir su alegre conversación apresando su espíritu con un pesado secreto que le corresponde guardar sólo a él? Incluso muchas de sus debilidades son, por decirlo así, | *bellos defectos*. La ofensa y el infortunio llenan de tristeza <57> su alma tierna. El hombre no debe nunca llorar más que lágrimas magnánimas; las que derrama por dolores o reveses de la fortuna lo hacen despreciable. La *vanidad*, por la cual se suele reprochar frecuentemente al bello sexo, en la medida en que fuera un defecto en ese sexo, es un bello defecto. Dejando de lado que los hombres, tan dados a galantear a las damas, se encontrarían en mala situación si ellas no estuvieran inclinadas a admitir sus halagos, esta condición no hace más que avivar sus encantos. Esta inclinación es un impulso que las mueve a mostrar sus encantos y su decencia, a dar libre juego a su jovial ingenio y también a lucir por medio de los inventos cambiantes de su atavío y aumentar su belleza. Nada hay en ello de ofensivo para los demás, sino más bien cuando se acompaña de buen gusto, hay tanta gentileza que sería de muy mala educación condenarlo con reproches adustos. A una mujer que en este aspecto es demasiado superficial e inconstante se le llama *tonta,* expresión que, sin embargo, no tiene una significación tan fuerte como la que tiene en su aplicación al hombre, | con la última letra cambiada; pues en confianza a <58>

veces puede encerrar incluso una lisonja cariñosa. Si la vanidad es un defecto absolutamente disculpable en una mujer, la *altanería* no sólo es reprochable en ella, como en toda persona en general, sino que desfigura completamente el carácter de su sexo. Este defecto es completamente estúpido y feo y se opone por completo al encanto seductor de lo modesto. La persona que padece este defecto muy pronto se coloca en una situación delicada y deberá soportar // ser juzgada con severidad y sin indulgencia [233] alguna, pues quien reclama alta estimación invita a todos los que lo rodean a criticarlo; el descubrimiento del más pequeño defecto proporciona a todos verdadera alegría y la palabra *tonta* pierde aquí su significado atenuado. Siempre hay que distinguir entre vanidad y altanería: la primera busca la aprobación y, en cierta medida, honra a aquellos por los que se está esforzando, la segunda se cree en completa posesión de esa aprobación, y al no esforzarse en ganarla no logra obtenerla.

| Si bien cierta dosis de vanidad en nada desfigura a una mujer ante <59> los ojos del sexo masculino, sin embargo, mientras más aparente sea, más contribuirá a dividir entre sí a las personas del bello sexo. Cuando una parece oscurecer los encantos de las demás, la juzgan muy severamente las otras y, de hecho, las que tienen realmente grandes pretensiones de conquista raramente son amigas entre sí en el verdadero sentido.

Nada se opone más a lo bello que lo repugnante, tal y como nada cae más debajo de lo sublime que lo ridículo. Por eso ningún insulto puede lastimar más a un hombre que el llamarlo *tonto*, y a una mujer el llamarla *repugnante*. *El Espectador* inglés afirma que no se puede hacer un reproche más ofensivo a un hombre que el tenerlo por mentiroso y a una mujer un reproche más severo que tenerla por impúdica.[27] Yo dejaré el valor de

estas consideraciones al rigor estricto del juicio moral. Aquí la cuestión no es saber qué es lo que en sí merece mayor reprobación, sino lo que en realidad | hiere más gravemente. Y yo pregunto a cada lector si, al ponerse <60> mentalmente en ese caso, no está de acuerdo con mi opinión. La señorita Ninon Lenclos[28] no tenía la menor pretensión del honor de la castidad y, sin embargo, se le habría ofendido gravemente si alguno de sus amantes hubiera llevado sus reproches hasta ese punto; y conocido es el cruel destino de Monaldeschi[29] ocasionado por una expresión ofensiva de ese tipo a una princesa que ciertamente no pretendía ser considerada como una Lucrecia.[30] Es insoportable no poder hacer algo malo aunque se quiera, porque la omisión de lo mismo es también, entonces, en todo momento una virtud muy dudosa.

// Entre los medios para alejarse lo más posible de lo repulsivo está la [234] *limpieza*, la cual sin duda conviene a toda persona, pero en el bello sexo figura entre las virtudes de primer rango y difícilmente puede ser exagerada, mientras que en un hombre resulta a veces excesiva y entonces se vuelve frívola.

| El *pudor* es un secreto de la naturaleza para poner límites a una <61> inclinación muy rebelde y que, teniendo apoyo en la voz de la naturaleza, parece conciliarse con cualidades morales buenas aun cuando cae en excesos. Por lo tanto, el pudor es muy necesario como suplemento de los principios, pues nunca como en este caso la inclinación se vuelve fácilmente sofista para imaginarse principios complacientes. Pero al mismo tiempo sirve para tender un velo de secreto frente a los fines más dignos y necesarios de la naturaleza, evitando que una familiaridad demasiado ordinaria con ellos ocasione repugnancia, o al menos indiferencia, respecto del fin de un instinto en el que se basan las inclinaciones más finas y vivas de la naturaleza humana. Esta cualidad es propia especial-

mente del bello sexo y le sienta muy bien, por ello ha de considerarse como una falta de educación burda y despreciable el sumir en confusión o indisponer la delicada honestidad de ese sexo mediante esas bromas vulgares que se suelen conocer como *obscenidades*. Pero como la inclinación sexual, a pesar de que se le oculte todo | <62> lo que se quiera bajo el secreto, es, al fin y al cabo, la base de todos los demás encantos y siempre será la mujer como tal el agradable objeto de una conversación bien educada, quizá esto podría explicar por qué a veces hombres por lo demás bien educados se toman la libertad de hacer ciertas alusiones finas en pequeñas bromas picantes que nos hacen llamarlos *pícaros* o *traviesos*; y como no tienen la intención de ofender con miradas indiscretas ni mostrarse irrespetuosos, se creen justificados a calificar de *gazmoña* una persona que recibe estas bromas indignada o con gesto agrio. Me refiero a esto sólo porque suele considerarse como un rasgo un tanto atrevido en el trato bien educado y porque siempre se ha sacrificado en ello mucho ingenio. Por lo que toca al estricto juicio moral que esto merece, no corresponde a este lugar pues en el sentimiento de lo bello me toca observar y explicar solamente los fenómenos.

// [235] Las nobles cualidades de este sexo en las cuales, como ya lo he notado, nunca se ha de desfigurar | <63> el sentimiento de lo bello, no se manifiestan más clara y seguramente que en la *modestia,* una especie de noble sencillez y candor que acompaña a las grandes perfecciones. De ella brota una tranquila afectuosidad y respeto hacia los demás, unida al mismo tiempo con cierta *noble confianza* en sí mismo y una justa estimación propia que siempre se encuentra en un carácter sublime. Esta delicada mezcla, que a la vez cautiva por su encanto y conmueve por su respeto, preserva de la

malignidad o de la crítica y la burla a todas las demás brillantes cualidades. Las personas de este carácter tienen también corazón para la amistad, cosa que, en una mujer, nunca podrá estimarse suficientemente por ser tan rara y al mismo tiempo tan exquisita.

Como nuestro propósito es evaluar sentimientos, no puede resultar desagradable poner bajo conceptos, en la medida de lo posible, las diferentes impresiones que producen en el sexo masculino la figura y el rostro del sexo bello. Toda esta fascinación en realidad recubre | al ins- <64> tinto sexual. La naturaleza persigue su gran propósito y todos los refinamientos que se le añaden, por mucho que parezcan alejarse de él, son sólo ornamentos y al fin de cuentas toman su encanto exactamente de la misma fuente. Un *gusto rudo* y sano que siempre se mantiene cerca de este instinto no será inquietado por el encanto del porte, los rasgos del rostro, los ojos, etc. de una mujer; y como en realidad sólo busca el sexo, en la mayoría de los casos considera las delicadezas de los demás como pura palabrería.

Aunque este gusto sea poco delicado tampoco ha de menospreciarse. Por él la gran mayoría de los hombres cumple con el gran orden de la naturaleza de manera muy simple y segura;* por él se realizan la | mayor <65> parte de los matrimonios, e incluso en la parte más diligente de la especie humana; y puesto que el hombre // no se llena la cabeza con la expresión [236] encantadora, los ojos lánguidos, el noble porte, etc., e incluso nada entiende de todo esto, concede más atención a las virtudes domésticas, a la economía

* Como todas las cosas del mundo también tienen su lado malo, respecto de este gusto lo único que es lamentable es que degenera más fácilmente que ningún otro en el libertinaje. Pues el fuego encendido por una persona puede apagarlo cualquier otra y no hay suficientes dificultades para detener una pasión desenfrenada.

y a la dote. Por lo que se refiere al gusto algo más fino que reclama una diferencia de los encantos exteriores de la mujer, unas veces prefiere lo que hay de *moral* en la figura y la expresión del rostro, otras lo *no moral.* Una mujer que posee los atractivos de este último tipo es llamada *bonita*: una figura bien proporcionada, rasgos regulares, un color de ojos y de piel que contrastan hermosamente, meras bellezas que también agradan en un ramo de flores y que obtienen una fría aprobación; el rostro mismo no expresa nada, aunque sea bonito, y no habla al corazón. En cuanto a la expresión moral de los rasgos, los ojos y la fisonomía, puede tender a los sentimientos de lo sublime o | de lo bello. Una mujer en la que los atractivos conve- <66> nientes a su sexo manifiestan predominantemente la expresión moral de lo sublime, es llamada *bella* en sentido propio; aquella en la cual el perfil moral, en tanto que éste puede ser conocido por la fisonomía o los rasgos del rostro, manifiesta las cualidades de lo bello, es *agradable,* y si ella lo es en grado mayor, se le dice *encantadora.* La primera, bajo un rostro sereno y comportamiento noble, deja ver a través de su mirada modesta el brillo de una bella inteligencia y al pintarse en su rostro un sentimiento tierno y un corazón bondadoso, se apodera del apego y de la alta estimación del corazón masculino. La segunda muestra alegría e ingenio en los ojos risueños, algo de fino espíritu aventurero, jugueteo bromista y desdenes traviesos. Ella seduce mientras que la primera conmueve; y el sentimiento de amor del que es capaz y que infunde en los demás es ligero pero bello; en cambio, el sentimiento de la primera es tierno, constante y va unido al respeto. No puedo | detenerme en un análisis demasiado detalla- <67> do de este tipo, pues en tales casos siempre parece que el autor pinta sus propias preferencias. Sin embargo, todavía señalaré que el gusto de muchas damas por un color sano pero pálido se puede explicar por esto: tal

color acompaña generalmente a una disposición de sentimientos más íntimos y a una sensibilidad más cariñosa, las cuales pertenecen a la cualidad de lo sublime; // en cambio, el rostro sonrosado y vivo revela menos [237] sensibilidad pero más disposición jovial y animosa, y la vanidad prefiere conmover y cautivar a provocar y seducir. Por otra parte, puede haber personas muy bonitas y desprovistas de todo sentimiento moral y sin expresión alguna que indique sensibilidad, pero no podrán ni conmover ni seducir más que a los hombres de ese *gusto rudo* que ya se ha mencionado, el cual algunas veces se refina algo, y entonces también elige a su manera. Es una lástima que las bellas criaturas de este tipo caigan fácilmente en el defecto del *engreimiento,* conscientes de la bella figura que su | espejo les muestra <68> y por falta de sentimientos más delicados; entonces ellas hacen que todo el mundo las trate fríamente, excepto el adulador que persigue otros propósitos y planea sus intrigas.

Quizá estas consideraciones pueden permitirnos comprender algo de los efectos tan diferentes que el físico de una misma mujer produce en el gusto de los hombres. No me referiré, por caer fuera del buen gusto, a aquello que en esta impresión se vincula demasiado estrechamente con el instinto sexual y que puede armonizar con la peculiar sensación de *voluptuosidad* que encierra la sensación de cada quien. Quizá sea cierto lo que el señor Buffon[31] supone, según lo cual la figura que impresiona por vez primera, cuando este instinto es todavía nuevo y comienza a desarrollarse, permanece como el modelo al que, más o menos, tendrán que corresponder en el futuro todas las figuras femeninas capaces de excitar la ansiedad imaginativa y que incluso obliga a una inclinación bastante burda de elegir entre los diversos objetos de un mismo sexo. Por lo que toca al gusto | un <69> poco más refinado, considero que esa forma de belleza que hemos denominado como *fina estampa* es juzgada de manera bastante parecida por

todos los hombres, y que las opiniones acerca de ella no son tan diversas como generalmente se sostiene. Las jóvenes *circasianas* y *georgianas*[32] siempre han sido consideradas como extraordinariamente bonitas por todos los europeos que han viajado por esas tierras. Los *turcos*, los *árabes* y los *persas* sin duda están muy de acuerdo con ese gusto pues mucho desean embellecer sus pueblos con tan fina sangre, y puede notarse que la raza persa efectivamente lo ha logrado. Los mercaderes del *Indostán* sacan gran provecho mediante un comercio // perverso de tan bellas criaturas [238] llevándolas a los hombres ricos y amantes de placeres de su tierra. Se ve que, por más grande que sea la diversidad de gustos en esas diferentes comarcas, lo que en una de ellas se haya reconocido como especialmente *bonito*, lo es también para las demás. Pero cuando en el | juicio sobre la <70> belleza física se mezcla lo que es moral en los rasgos, siempre aparecen grandes discrepancias de gusto entre los distintos hombres, no sólo por la diferente sensibilidad moral misma de éstos, sino también por el diverso significado que los rasgos del rostro pueden tener en la imaginación de cada uno. Se encuentra con frecuencia que figuras que a primera vista no despiertan interés especial, porque no son indiscutiblemente bonitas, por lo general, en cuanto uno las va tratando más, van cautivando y parecen hermosearse de continuo; en cambio, la apariencia bonita que se manifiesta de golpe, es mirada después con mayor frialdad. Probablemente esto se debe a que los atractivos morales, cuando se revelan, cautivan más, también porque sólo operan al encontrarse con sentimientos morales y, por decirlo así, se dejan descubrir de modo que cada descubrimiento de un nuevo atractivo hace sospechar otros más; en cambio, los atractivos

patentes ejercen desde el principio todo su efecto | y, una vez que esto ha ocurrido, no pueden, en lo sucesivo, más que enfriar la curiosidad enamorada y convertirla poco a poco en indiferencia. <71>

Entre estas observaciones se presenta de modo muy natural la siguiente consideración. Un sentimiento simple y llano en las inclinaciones sexuales conduce, sin duda, directamente al gran fin de la naturaleza y, al satisfacer plenamente las exigencias de ésta, parece que es el más apropiado para hacer feliz, sin complicaciones, al que lo posee; pero por su gran generalidad degenera fácilmente en excesos y en libertinaje. Por el contrario, un gusto muy refinado sirve para quitar lo salvaje de una impetuosa inclinación y, al limitarla a un reducido número de objetos, hacerla decorosa y decente, pero generalmente se malogra el gran propósito último de la naturaleza y, como exige o espera más de lo que la naturaleza por regla general ofrece, muy raramente hace dichosa a la persona dotada de un sentimiento tan delicado. El primer carácter resulta burdo porque se dirige a todas las personas de un mismo // sexo; el segundo resulta ensimismado pues realmente no se dirige a persona alguna, ya que está ocupado únicamente | con un objeto que forja la inclinación amorosa en la imaginación y que adorna con todas las cualidades nobles y bellas que la naturaleza raramente reúne en una misma persona y que aún más raramente ofrece a quien puede apreciarlas y sea digno de tal posesión. De ahí proviene que se pospongan los vínculos matrimoniales y finalmente se renuncie por completo a ellos o, lo que quizá es igualmente lamentable, que uno se arrepienta amargamente después de haber hecho una elección que no llena las grandes expectativas que había concebido. En efecto, no es raro que el gallo de Esopo[33] encuentre una perla cuando seguramente un vulgar grano de cebada le habría correspondido mejor. [239] <72>

En cuanto a esto, hay que hacer la observación general de que por muy seductoras que sean las impresiones de un refinado sentimiento, conviene ser precavido al refinarlo si no queremos atraernos muchos disgustos y abrir una fuente de males ocasionados por una sensibilidad excesiva. Si solamente pudiera ver de qué manera se lograría ese equilibrio, yo propondría a las almas más nobles que refinaran el sentimiento todo lo posible en lo que se refiere a sus propias cualidades o a las acciones que | ellas <73> mismas realizan y que, en cambio, conservaran gustos poco exigentes cuando se trata del disfrute o de lo que se espera de los demás; en caso de lograrlo, esas almas harían felices a los demás y lo serían ellas mismas. Nunca se debe perder de vista que, en todo caso, conviene no ser muy exigente en lo que se refiere a las dichas que nos puede proporcionar la vida y a la perfección de los hombres, pues quien nunca espera más que el término medio tiene la ventaja de ver raramente frustradas sus esperanzas y, en cambio, algunas veces se ve sorprendido por perfecciones inesperadas.

Al final, todos estos atractivos están amenazados por la edad, la gran destructora de la belleza y, según el orden natural de las cosas, las cualidades sublimes y nobles han de reemplazar gradualmente las cualidades bellas, a fin de que la persona vaya siendo digna de cada vez mayor respeto a medida que va dejando de ser atractiva. En mi opinión, la perfección completa del bello sexo en la flor de la edad tendría que consistir en la bella | sencillez elevada por un refinado sentimiento hacia todo lo que es <74> noble y admirable. Poco a poco, a medida que van desapareciendo las pretensiones respecto de los encantos, la lectura de los libros y // la ampliación [240] de la comprensión podrían sustituir imperceptiblemente con las Musas el sitio abandonado de las Gracias,[34] y el marido habría de ser el primer instructor. Pero incluso cuando llega la época, tan temida para toda

mujer, de hacerse vieja, ella sigue perteneciendo al bello sexo, y se desfigura a sí misma si, cayendo en una cierta desesperación por conservar ese carácter por más tiempo, se entrega al mal humor y la lamentación.

Una dama entrada en años que convive en sociedad decente y amistosamente, que tiene una conversación alegre y juiciosa, que favorece de manera digna las diversiones de la juventud sin participar en ellas y que, cuidando de todo, deja ver la satisfacción y el placer que le procura la alegría que reina en torno a ella, es una persona todavía más fina que un hombre de la misma edad y quizá aún | más amable que una joven, si bien <75> en un sentido distinto. Ciertamente tendría que ser demasiado místico el amor platónico que expresaba un antiguo filósofo cuando afirmaba del objeto de su inclinación: "Las Gracias residen en sus arrugas y mi alma parece llegar hasta mis labios cuando beso su boca marchita". Sin embargo, semejantes pretensiones deben entonces ser abandonadas. Un hombre viejo que hace de enamorado es un fatuo y las presunciones análogas del otro sexo son por lo tanto repulsivas. Nunca se debe a la naturaleza el que no nos presentemos decorosamente, se debe más bien a que queremos pervertirla.

Para no perder de vista mi tema, haré todavía algunas observaciones sobre la influencia que un sexo puede ejercer sobre el otro para embellecer o ennoblecer el sentimiento de éste. La mujer tiene un sentimiento excelente para lo *bello* en lo que *a ella misma* se refiere; pero en el *sexo masculino* siente principalmente lo *noble*. En cambio, el hombre posee un decidido sentimiento de lo *noble* en lo tocante a *sus* | cualidades y de lo <76> *bello* en cuanto a que se encuentra en la *mujer*. De esto se sigue que los fines de la naturaleza se dirigen, mediante la inclinación sexual, a *enno-*

blecer más al hombre y a *embellecer* más a la mujer. Una *mujer* no se aflige por no tener cierta ilustración alta, ser tímida, no estar llamada a importantes negocios, etc.; es bella, cautiva y eso le basta. En cambio, exige // [241] todas esas cualidades en un hombre y la sublimidad de su alma se manifiesta tan sólo en que sabe apreciar esas nobles cualidades en cuanto se encuentran en él. ¿Si no, cómo sería posible que tantos hombres de rostros feos, pero que poseen méritos, pueden encontrar tan amables y lindas esposas? En cambio, el hombre es mucho más exigente para los bellos encantos de la mujer. Su fina estampa, su alegre ingenuidad y su amabilidad encantadora compensan suficientemente la falta de erudición libresca y otras deficiencias que él debe subsanar con sus propios | talentos. Si bien <77> la vanidad y la moda pueden dar una falsa dirección a estos instintos naturales y hacer de muchos hombres *señoritos dulces* y de muchas mujeres *pedantes* o *amazonas*, la naturaleza siempre busca restablecer en todo momento su propio orden. A partir de esto se puede juzgar la poderosa influencia que la inclinación sexual podría tener de modo especial en el sexo masculino, contribuyendo a ennoblecerlo si, en lugar de muchas instrucciones áridas, se desarrollara desde temprano el sentimiento moral de la mujer que le permitiera sentir debidamente lo que corresponde a la dignidad y las sublimes cualidades del otro sexo. De esta manera estaría preparada para mirar con desdén a los fatuos ridículos y para no sujetarse a otras cualidades más que a los méritos. También es seguro que, el poder de sus encantos en general podría ganar con ello, pues es claro que la seducción de éstos en la mayoría de los casos sólo se ejerce sobre almas nobles, pues las demás no son lo suficientemente finas para sentirlos. En este sentido contestó el poeta *Simónides*[35] cuando le pedían que dejara oír sus bellos cantos a los *tesalios*: "Estos mozos son demasiado | tontos para <78>

que puedan ser engañados por un hombre como yo". En otra parte ya ha sido considerado como un efecto del trato con el bello sexo el que las costumbres masculinas se hayan hecho más suaves, la conducta más atenta y pulida y la compostura más elegante; pero esto es una ventaja secundaria.* Lo más importante // es que el hombre se haga más perfecto como [242] hombre y la mujer como mujer; es decir, que los impulsos de la inclinación sexual obren conforme a lo indicado por la naturaleza para ennoblecer más a uno y hermosear las cualidades de la otra. Puestos en el extremo de los casos, el hombre, confiando en sus méritos, podrá decir: "aun si ustedes no | me aman, las forzaré a que me estimen"; y la mujer, segura <79> del poder de sus encantos, responderá: "aun si ustedes interiormente no nos admiran mucho, los forzaremos sin embargo a amarnos". Por falta de tales principios se ven hombres que adoptan maneras femeninas para agradar y a veces –aunque mucho más raramente– mujeres que aparentan una actitud masculina para inspirar más respeto; pero lo que se hace en contra del designio de la naturaleza siempre se hace muy mal.

En la vida matrimonial la pareja unida debe constituir, por decirlo así, una sola persona moral, animada y regida por el entendimiento del hombre y el gusto de la mujer. En efecto, no sólo se debe atribuir al primero una mayor comprensión fundada en la experiencia, y al gusto femenino más libertad y precisión en cuanto al sentimiento; sino que además, mientras más sublime sea un carácter más se inclinará a tener como objeto principal de sus esfuerzos la satisfacción de un objeto amado y, por otra parte, mientras más bello sea un carácter, más procurará responder

* Esta ventaja se ve muy reducida por la observación que se habría hecho acerca de los hombres que demasiado pronto y con demasiada frecuencia han sido involucrados en esas sociedades en las que la mujer fija el tono: generalmente se hacen un tanto fatuos y, en su trato con los demás hombres, resultan fastidiosos o incluso despreciables pues han perdido el gusto por la conversación // [242] que, con todo y que sea alegre, tenga realmente un contenido y, aunque sea divertida, sea provechosa por sus propósitos serios.

complacientemente a esos esfuerzos. En una | relación tal, pues, la lucha <80> por la preeminencia resulta pueril y, cuando se presenta, es señal segura de un gusto tosco o desavenido. Cuando se llega al punto de alegar el derecho superior de quien manda, la cosa está bastante perdida; en efecto, una unión que en principio se erige sobre la mutua inclinación, queda destruida en cuanto empieza a dejarse oír el deber. La arrogación de la mujer con este tono duro es extremadamente desagradable y la del hombre innoble y despreciable en grado sumo. Sin embargo, el sabio orden de las cosas hace que todos estos refinamientos y delicadezas del sentimiento tengan toda su fuerza sólo al principio y que después se debiliten poco a poco por la vida en común y los asuntos domésticos, hasta transformarse en un amor confiado en el cual el gran // arte consiste en preservar los [243] suficientes restos de aquellos sentimientos para que la indiferencia y el fastidio no quiten todo el valor del placer, único objeto por el cual valió la pena contraer tal enlace.

Cuarta sección

| *Sobre las características nacionales* * *en cuanto se basan en la diferente sensibilidad para lo bello y lo sublime* <81>

Entre los pueblos de nuestra parte del mundo, en mi opinión, los *italianos* y los *franceses* se distinguen de los demás por el sentimiento de lo | *bello*, y <82> los *alemanes, ingleses* y *españoles* por el sentimiento de lo *sublime. Holanda* puede ser considerada como el país en el que este refinamiento del gusto casi no se nota. Lo bello en sí mismo es fascinante y conmovedor o risueño y encantador. En el primer caso tiene algo de lo sublime y con este sentimiento el espíritu se halla meditativo y entusiasmado; en el segundo tipo de sentimiento se halla sonriente y alegre. El primer tipo del sentimiento de lo bello parece convenir muy bien a los italianos y el segundo a los franceses. En el carácter nacional que presenta la expresión de lo sublime, éste toma o bien el tipo de lo terrible, el cual tiende un poco hacia lo extravagante, o bien el del sentimiento de lo noble o el del sentimiento de lo magnífico. Creo tener fundamentos para poder atribuir el sentimiento del primer tipo al español, // el segundo al inglés y el tercero al alemán. [244] A diferencia de los demás géneros del gusto, por su naturaleza, el sentimiento de lo magnífico no es original. Ciertamente el espíritu de imitación

* No es mi propósito hacer una descripción detallada de los caracteres de los pueblos, sino sólo trazar algunos rasgos que expresen en ellos los sentimientos de lo sublime y lo bello. Puede verse fácilmente que en tal descripción sólo podría exigirse una relativa exactitud, que los tipos representados en ella sólo pueden obtenerse partiendo de la gran multitud de los que pretenden tener sentimientos más delicados y que en ninguna nación faltan caracteres individuales que combinan las más excelentes cualidades de esta clase. Por esta razón, la crítica que en un momento dado pueda recaer sobre un pueblo no ha de ofender a nadie, pues es de tal índole que cada cual puede lanzarla, como si se tratara de una pelota, hacia su vecino. Si estas diferencias nacionales son fortuitas y dependientes de las circunstancias y del régimen político, o si están relacionadas con cierta necesidad del clima, son cuestiones que no investigaré aquí.

<83> puede | unirse con cualquier otro sentimiento, pero es más propio del sentimiento de lo sublime brillante, pues éste es propiamente un sentimiento mezclado, combinado por lo bello y lo noble, en el cual cada uno, considerado en sí mismo, es más frío y en el que, por consiguiente, el espíritu permanece más libre para fijarse, al combinarlos, en ejemplos e incluso necesita ser estimulado por ellos. Así pues, el alemán será menos sensible a lo bello que el francés y menos sensible a lo sublime que el inglés; lo más conforme a su manera de sentir se da cuando los dos aparecen unidos y evita entonces, afortunadamente, los errores a los que lleva la fuerza excesiva de cada uno de estos tipos de sentimiento cuando se encuentran solos.

Mencionaré sólo de pasada las artes y las ciencias, cuya elección puede corroborar el gusto que hemos atribuido a las naciones. El genio italiano se ha destacado especialmente en la música, pintura, escultura y arquitectura. Todas estas bellas artes encuentran un gusto igualmente delicado en Francia, aun cuando la belleza | <84> de las mismas es aquí menos conmovedora. El gusto respecto a la perfección poética u oratoria corresponde en Francia más hacia lo bello y en Inglaterra más hacia lo sublime. Las bromas finas, la comedia, la sátira regocijante, los jugueteos amorosos y el estilo ligero y naturalmente fluido son originales de Francia. Inglaterra, en cambio, es el país de los pensamientos profundos, de la tragedia, de la poesía épica y, en general, del oro macizo del ingenio, el cual bajo los martillos franceses puede extenderse en delgadas hojas de gran superficie. En Alemania el espíritu brilla fuertemente aun a través del oropel; anteriormente era chillón, pero con los ejemplos y la inteligencia de la nación sin duda se ha hecho más encantador y noble, aunque lo primero con menos ingenuidad y lo segundo con menos atrevimiento que en los pueblos mencionados. El gusto de la nación holandesa por un orden meticuloso y una finura que aflige y desconcierta permite suponer poca sensi-

bilidad hacia los movimientos libres y naturales del genio, cuya belleza sólo podría // ser desfigurada por el deseo ansioso de protegerse | de los [245] <85> defectos. Nada puede ser más contrario a las artes y las ciencias que un gusto extravagante porque pervierte la naturaleza, la cual es el ideal de todo lo bello y lo noble. Por eso también la nación española ha mostrado poco sentimiento hacia las bellas artes y las ciencias como tales.

Los caracteres de los pueblos se reconocen ante todo por sus elementos morales, por ello vamos a considerar todavía desde este punto de vista las diferentes maneras de sentir que tienen los pueblos en relación con lo sublime y lo bello.*

El *español* es serio, taciturno y veraz. Hay pocos comerciantes en el mundo más honrados que el español. Tiene un alma orgullosa y es más sensible a las grandes acciones que a las bellas. Como en su composición se encuentra poco de dulce y bondadosa benevolencia, frecuentemente | es duro <86> e incluso cruel. El *auto de fe* se mantiene no tanto por la superstición sino por la inclinación del pueblo hacia la extravagancia, que se emociona al ver el rito de un espectáculo a la vez venerable y terrible en la cual el *sambenito,* pintado con figuras diabólicas, es arrojado a las llamas encendidas por una devoción frenética.[36] No se puede decir que el español sea más altivo o más enamorado que cualquiera de otro pueblo, sino que lo es de una manera extravagante, que resulta extraña y fuera de lo habitual. Dejar a un lado el arado y pasearse por el campo de labor vistiendo una capa y armado con una larga espada hasta que el extranjero que pasa por ahí se aleja; o en una corrida, en la cual por única vez las mujeres de la comarca son vistas sin velo, señalar con un particular saludo

* Parece innecesario que repita aquí mi disculpa anterior: en todo pueblo su mejor parte tiene toda clase de caracteres dignos de elogio y aquel que se vea afectado por ésta o aquella crítica comprenderá, si es lo suficientemente sutil, su interés que consiste en abandonar a los demás a su suerte y exceptuarse a sí mismo.

a su bien amada y, en su honor, arriesgar enseguida su vida en un peligroso combate con un animal salvaje, son acciones desusadas y extrañas que distan mucho de lo natural.

En la sensibilidad del *italiano* parece mezclarse la del español y el francés; es más sensible a lo bello que el | primero y más sensible a lo <87> sublime que el segundo. Considero que de esta manera pueden explicarse los demás rasgos de su carácter moral.

// El *francés* es particularmente sensible hacia lo moralmente bello. Es [246] educado, cortés y complaciente. Intima con facilidad; le gustan las bromas y su trato es fácil; la expresión *un hombre* o *una mujer de buen tono* sólo tiene significación inteligible para quien ha adquirido la sensibilidad atenta de un francés. Incluso sus sentimientos sublimes, de los cuales tiene no pocos, están subordinados al sentimiento de lo bello y obtienen su fuerza solamente por la concordancia con este último. Gusta mucho de ser ingenioso y sacrificará sin titubear un poco de la verdad a favor de una agudeza. En cambio, cuando no se puede ser ingenioso,* muestra tanta | <88> profundidad y penetración como cualquiera de otro pueblo, por ejemplo en matemáticas y en las demás artes y ciencias áridas y profundas. Para él un *bon mot* no tiene el valor pasajero que tiene en otras partes; se le difunde con entusiasmo y se le conserva en libros como el más importante acontecimiento. Es un ciudadano pacífico y se venga contra la opresión de los arrendadores generales mediante sátiras y protestas parlamentarias las cuales, después de haber dado en concordancia con su fin bonitos aires patrióticos a los próceres del pueblo, a lo único que llegan es a coronarse con una gloriosa amonestación y a ser cantados en ingeniosos poemas

* Al leer los escritos de esta nación sobre metafísica, moral y teología uno nunca será lo suficientemente cauteloso. Por lo general reina en ellos mucha bella fantasmagoría que no resiste la prueba de una fría investigación. El francés gusta de la audacia en sus afirmaciones; pero para alcanzar la verdad no hay que ser audaz, sino cuidadoso. En historia gusta de anécdotas, a las cuales lo único que les hace falta y se echa de menos es que sean verdaderas.

encomiásticos. El objeto al que mejor se refieren los méritos y los talentos nacionales de este pueblo es la mujer.* Y no porque | aquí sea más // <89> [247] amada o apreciada que en otras partes, sino porque proporciona la mejor ocasión para poner de manifiesto los apreciadísimos talentos del ingenio, de la cortesía y de los buenos modales; por cierto, una persona vanidosa, de uno u otro sexo, sólo se ama a sí misma; para ella el otro no pasa de ser un juguete. Ciertamente a los franceses no les faltan cualidades | nobles, pero <90> ya que éstas sólo pueden ser fomentadas por el sentimiento de lo bello, aquí podría tener el bello sexo un influjo más poderoso que en cualquier otra parte del mundo para suscitar y estimular en el sexo masculino las acciones más nobles, si se preocupara en fometar un poco esta orientación del espíritu nacional. Es una lástima que los lirios no hilen.

El defecto que rodea más de cerca este carácter nacional es lo frívolo o, para decirlo con expresión más cortés, lo ligero. Cosas importantes son tratadas como bromas y las trivialidades sirven como la ocupación más seria. El francés ya anciano canta todavía canciones alegres y aún es, en lo posible, galante con las mujeres. Para estas observaciones tengo de mi lado grandes autoridades precisamente de ese mismo pueblo y me cubro tras de un Montesquieu y un D'Alambert para defenderme contra toda preocupada indignación.

* En Francia la mujer da el tono a toda reunión y en toda relación. Ciertamente no puede negarse que las reuniones sin el bello sexo son bastante insípidas y fastidiosas; pero si bien en ellas la mujer da el tono bello, por su parte el hombre deberá dar el tono noble, pues de no ser así las | relaciones <89> sociales resultan igualmente aburridas, pero por la razón opuesta, ya que nada disgusta más que la pura dulzura. Según el gusto francés, uno no pregunta: "¿Está el señor en casa?", sino "¿está la señora en casa?" "La señora se está arreglando", "la señora tiene *vapeurs*" (una especie de bello capricho); en una palabra, la señora es parte y tema de todas las conversaciones y de todas las diversiones. // Sin [247] embargo, esto no significa que honren más a la mujer. Un hombre que galantea con ligereza carece siempre de sensibilidad, tanto para verdadero respeto como para el amor cariñoso. Para nada yo habría querido decir lo que *Rousseau* afirma de manera tan temeraria: *que una mujer nunca llegará a ser más que un niño grande.* Pero el sagaz suizo escribió esto en Francia y probablemente él, tan gran defensor del bello sexo, se sentía indignado de ver que ellas no eran tratadas ahí con más verdadero respeto.[37]

El *inglés* es frío cuando uno comienza a tratarlo, e indiferente con el extraño. Se inclina poco hacia las pequeñas | <91> atenciones; en cambio, una vez que se ha hecho amigo, está dispuesto a prestar grandes servicios. No se preocupa mucho de ser ingenioso en el trato o de mostrar una actitud atenta; en cambio, es juicioso y maduro. Es un mal imitador, no se preocupa por lo que piensan los demás y sigue únicamente su propio gusto. En relación con la mujer, no tiene la amabilidad francesa, pero le muestra mucho más respeto y quizá lleva éste muy lejos, // [248] pues en el matrimonio generalmente le concede a su esposa una consideración sin límites. Es constante, a veces hasta la obstinación; audaz y decidido, a menudo hasta lo temerario y obra según principios, en general hasta la terquedad. Fácilmente se convierte en excéntrico, no por vanidad sino por preocuparse poco de los otros y porque difícilmente contraría su gusto a fin de complacer o imitar; por esto raramente es tan querido como el francés, pero cuando se le conoce bien, generalmente es más estimado.

En el *alemán* se mezclan la forma de sentir del inglés y del | <92> francés, pero parece asemejarse más al primero; y una mayor semejanza con el último sólo es artificial e imitada. Tiene una afortunada combinación de los sentimientos de lo sublime y lo bello; y aunque en el primero no iguala al inglés y en el segundo no iguala al francés, aventaja a los dos al reunirse en él ambos sentimientos. Se muestra más complaciente en el trato que el primero, y si bien no se mueve en sociedad con tanta agradable vivacidad y donaire como el francés, se manifiesta con más modestia y juicio. En el amor, al igual que en las demás formas del gusto, es bastante metódico y al unir lo bello con lo noble es lo suficientemente frío en cada uno de estos sentimientos para ocupar su mente con consideraciones sobre la conveniencia, el esplendor y la apariencia. Por eso la familia, el título y el

rango, tanto en las relaciones civiles como en el amor, son para él cosa de gran importancia. Se inquieta mucho más que los caracteres antes mencionados respecto de *cómo los demás puedan juzgarlo*, y si hay algo en su carácter que pueda despertar el deseo de una mejora fundamental | es esta <93> debilidad por la cual no se atreve a ser original, aun cuando tiene todos los talentos necesarios para ello. Se ocupa demasiado con la opinión de los otros y esto quita toda consistencia a sus cualidades morales haciéndolas inconstantes y artificiales.

El *holandés* es un carácter ordenado y diligente, y como sólo busca lo útil, tiene poca sensibilidad para lo que es bello o sublime en un sentido más refinado. Para él, un gran hombre es sinónimo de un hombre rico; por amigo entiende su corresponsal y le parece fastidiosa una visita que no le reporta ningún provecho. Contrasta tanto con // el francés como con el in- [249] glés, y en cierto modo es un alemán muy flemático.

Si aplicamos el ensayo que constituyen estos pensamientos a un caso particular, por ejemplo el sentimiento del honor, se muestran las siguientes diferencias nacionales. El sentimiento de honor en el francés es *vanidad*; en el español es *arrogancia*; en el inglés es *orgullo*; en el alemán es *soberbia* y en el | holandés es *petulancia*. A primera vista estas expresio- <94> nes parecen significar la misma cosa, pero en la riqueza de la lengua alemana ellas denotan diferencias muy evidentes. La *vanidad* busca el aplauso, es voluble e inconstante, pero su conducta externa es *cortés*. El *arrogante* está lleno de méritos imaginarios y se preocupa poco por obtener el aplauso de los demás; su comportamiento es rígido y *altanero*. El *orgullo* es, propiamente hablando, la mayor conciencia del propio valor, la cual a menudo puede ser muy justa (por lo cual se habla a veces de noble orgu-

llo; en cambio, nunca se puede hablar de noble arrogancia, pues ésta siempre indica una falsa y exagerada estimación de sí mismo); la conducta que el orgulloso tiene hacia los demás es *indiferente* y fría. El *soberbio* es una persona orgullosa que al mismo tiempo es vanidosa.* Pero el aplauso que | busca el soberbio consiste en manifestaciones de honor. Por eso gusta de brillar con títulos, listas de ancestros y pompas fastuosas. El alemán está señaladamente sujeto a esta debilidad. Las fórmulas "Vuestra gracia", "Vuestra merced", "Muy ilustre y bien nacido" y otras expresiones ampulosas parecidas hacen rígido y torpe su lenguaje y son un gran estorbo para la bella sencillez que otros pueblos pueden dar a su estilo. La conducta de un soberbio en el trato es *ceremoniosa*. El *petulante* es un arrogante que muestra en sus acciones señales evidentes de su desprecio hacia los otros. En su conducta es *grosero*. Esta condición miserable es la más alejada del buen gusto, pues es claramente tonta; sin duda, no es un medio para satisfacer el sentimiento del honor el atraerse el odio y la burla por el abierto desprecio hacia todo lo circundante. <95>

// En el amor, los alemanes y los ingleses tienen bastante buen estómago, con un poco de delicada sensibilidad, pero que participa más del *gusto rudo* y sano. En este punto el italiano es *pensativo*, el español es *fantasioso* y el francés es *goloso*. [250]

| En nuestro continente, la religión no es asunto de gusto arbitrario, sino que tiene un origen más respetable. Por consiguiente, sólo las exageraciones en esa materia y lo que en ella pertenece exclusivamente a los individuos pueden proporcionar indicaciones sobre las diferentes cualidades nacionales. Considero tales exageraciones bajo los siguientes conceptos principales: *credulidad, superstición, fanatismo* e *indiferencia*. La <96>

* No es necesario que el soberbio también sea arrogante, es decir, que se forme un concepto falso y exagerado de sus cualidades; podría ser que no se estime más allá de su valor; su defecto consiste únicamente en tener el mal gusto de hacer valer externamente este mérito.

mayoría de las veces, la parte ignorante de toda nación es *crédula,* aunque no tenga ningún sentimiento notable más refinado. Su convencimiento depende sólo de lo que ha oído decir y del aspecto aparente, sin que le mueva a ello algún tipo de sentimientos más refinados. En el Norte podemos encontrar ejemplos de este tipo de religiosidad en pueblos enteros. El crédulo cuando tiene gusto extravagante se convierte en *supersticioso.* Este gusto es incluso en sí mismo un motivo de creer alguna cosa con más facilidad;[*] si | de entre dos hombres, el primero está afectado por este sentimiento, mientras que el otro tiene un carácter frío y moderado, el primero, incluso si en realidad es inteligente, será llevado por su inclinación dominante a creer en algo fuera de lo natural más fácilmente que el segundo, el cual está salvaguardado de este extravío no por su inteligencia sino por su forma de sentir flemática y vulgar. El supersticioso en la religión gusta de colocar entre él y el objeto supremo de adoración ciertos hombres poderosos y sorprendentes, gigantes de la santidad, por decirlo así, a los cuales obedece la naturaleza, cuyas voces conjuradoras abren y cierran las puertas de hierro del Tártaro y que, tocando el cielo con la cabeza, | posan sus // pies en la tierra. Por lo tanto, las lecciones de la sana razón tendrían que vencer en *España* grandes obstáculos, no por tener que expulsar la ignorancia, sino porque se opone a ella un gusto extraño que considera que lo natural es vulgar y que no cree experimentar jamás un sentimiento sublime si su objeto no es extravagante. El *fanatismo* es, por decirlo así, una arrogancia piadosa y lo ocasiona un cierto orgullo y una

<97>

<98> [251]

[*] Por lo demás, ya se ha observado que a los ingleses, a pesar de ser un pueblo tan inteligente, fácilmente se les puede hacer creer al principio una cosa | extraña y absurda si se afirma sin vacilaciones; se tiene de esto muchos ejemplos. Y es que un carácter atrevido, preparado por varias experiencias en las cuales muchas cosas raras, sin embargo, han resultado verdaderas, rápidamente prescinde de los pequeños escrúpulos que pronto detienen a una inteligencia débil y desconfiada y así ocasionalmente la preservan del error sin mérito de su parte.

<97>

exagerada confianza en sí mismo para acercarse a las naturalezas celestes y elevarse en un vuelo extraordinario sobre el orden común y prescrito. El fanático habla solamente de una inspiración inmediata y de vida contemplativa, mientras que el supersticioso hace votos ante las imágenes de grandes santos milagrosos y pone su confianza en la imaginada e inimitable superioridad de otras personas de su propia naturaleza. Incluso los extravíos contienen, como lo hemos indicado, señales de los sentimientos de las naciones; así, el | fanatismo,* por lo menos en tiempos pasados, se ha <99> encontrado principalmente en Alemania e Inglaterra y es, por decirlo así, un exceso poco natural del sentimiento noble que pertenece al carácter de estos pueblos. En general, el fanatismo es mucho menos dañino que la inclinación supersticiosa, a pesar de que en el principio es impetuoso, pues el ardor de un espíritu fanático va enfriándose poco a poco y por su propia naturaleza debe terminar finalmente en una debida moderación; en cambio, la superstición se enraiza más honda e imperceptiblemente en una condición de espíritu reposado y pasivo y al hombre que encadena le quita por completo la confianza de poder liberarse jamás de una fantasía perniciosa. Por último, una persona vanidosa siempre es incapaz de un | sentimiento más fuerte de lo sublime, su religión carece de emoción <100> y se reduce a ser en la mayoría de los casos una cuestión de moda, la cual practica con toda la corrección permaneciendo frío internamente. Ésta es la *indiferencia* práctica a la que parece inclinarse especialmente el espíritu nacional *francés*, de la cual la // burla sacrílega está a sólo un [252] paso y que, al considerar su valor intrínseco, no resulta mucho mejor que una total abjuración.

* Hay que distinguir siempre el fanatismo del *entusiasmo*. En el primero se cree sentir una comunión inmediata y extraordinaria con una naturaleza superior, el último significa ese estado en el cual el espíritu se halla encendido más allá del grado conveniente en virtud de un principio cualquiera, ya sea por las máximas del patriotismo, de la amistad o de la religión, sin que en ello intervenga en absoluto la ilusión de una comunión sobrenatural.

Si pasamos rápidamente la mirada por las otras las partes del mundo, encontraremos en el *árabe* al hombre más noble de Oriente, si bien con sentimientos que degeneran en lo extravagante. Es hospitalario, generoso y veraz, pero sus narraciones y su historia, y en general sus sentimientos, siempre están mezclados con cosas maravillosas. Su vehemente imaginación le hace ver las cosas en imágenes desnaturalizadas y deformadas, e incluso la propagación de su religión fue una gran aventura. Si los árabes son, por decirlo así, los españoles del Oriente, los *persas* son los franceses de Asia. Son buenos | poetas, corteses y de gusto bastante refinado; <101> no son seguidores tan estrictos del islam y permiten que su carácter naturalmente inclinado a la alegría haga una interpretación bastante suavizada del Corán. Los *japoneses* podrían ser considerados como los ingleses de esta parte del mundo, si bien no por otras cualidades que su firmeza, que degenera en la terquedad extrema, su valor y el desprecio de la muerte. Por lo demás, dan pocas señales de un sentimiento delicado. El gusto predominante de los *hindúes* se inclina hacia aquellas monstruosidades que caen en lo extravagante. Su religión se compone de figuras grotescas. Los ídolos de monstruosa forma, el invaluable diente del poderoso mono Hanuman,[38] las penitencias desnaturalizadas de los faquires (monjes paganos mendicantes), etc., caen dentro de este gusto. El sacrificio voluntario de las mujeres en la misma hoguera que consume el cadáver de su marido es una horrenda extravagancia. ¡Cúantas trivialidades grotescas hay en la palabrería de los cumplidos cuidadosamente planeados de los *chinos*! Hasta sus cuadros tienen algo de grotesco y representan figuras extrañas y | desnaturalizadas cuyo semejante no puede encontrarse en ninguna parte del mundo. <102> También llegan a tener ritos monstruosos de carácter venerable sólo por ser costumbres de un uso inmemorial,[*] y ningún pueblo del mundo tiene más que ellos.

[*] Con motivo de un eclipse de sol o de luna aún se lleva a cabo en Pekín la ceremonia de ahuyentar con enorme estrépito al dragón que pretende devorar esos cuerpos celestes; y a pesar de que ahora se está mucho mejor informado, se preserva esta deplorable costumbre que se remonta a antiguos tiempos de ignorancia.

// Los *negros* de África por naturaleza no tienen un sentimiento que se [253] eleve por encima de lo trivial. El señor Hume[39] desafía a que se le cite un solo ejemplo de un negro que haya mostrado talentos y afirma que entre los cientos de millares de negros llevados fuera de sus tierras, a pesar de que muchos de ellos han sido puestos en libertad, no se ha encontrado uno solo que haya desempeñado un papel importante en el arte, en la ciencia o en alguna otra valiosa cualidad, mientras que entre los blancos con frecuencia ocurre que, partiendo de los estratos más bajos, se levantan y por sus dotes superiores adquieren | una reputación favorable en el mundo.[40] <103> Tan esencial es la diferencia entre estos dos géneros humanos; y parece ser tan grande respecto de las facultades espirituales como respecto del color. La religión fetichista tan extendida entre ellos es quizá una especie de idolatría que cae hasta lo más profundo de la ridiculez posible en la naturaleza humana. Una pluma de ave, un cuerno de vaca, una concha o cualquier otra cosa ordinaria, desde el instante en que es consagrada con unas cuantas palabras, se convierte en un objeto de veneración e invocación en los juramentos. Los negros son muy vanidosos, pero a su manera, y tan platicadores que hay que separarlos con azotes.

Entre todos los pueblos *salvajes* no hay uno que muestre un carácter tan sublime como los de *Norteamérica*. Tienen un fuerte sentimiento del honor y, para conquistarlo, buscan aventuras salvajes en cientos de millas y son extremadamente cuidadosos de evitar la más mínima interrupción cuando un enemigo de igual dureza, al capturarlos, procura arrancarles | <104> cobardes lamentos con crueles torturas. El salvaje canadiense es, por cierto, veraz y honrado; su amistad es tan extravagante y entusiasta como lo que hemos llegado a conocer sobre este punto en los tiempos más remotos y

legendarios; es muy orgulloso, siente todo el valor de la libertad y no tolera, ni aun en la educación, un trato que le haga sentir una sumisión humillante. Probablemente *Licurgo*[41] dio leyes a estos salvajes y si un legislador surgiera entre las Seis Naciones, aparecería una república espartana en el Nuevo Mundo. La empresa de los Argonautas[42] se diferencia poco de las expediciones guerreras de estos indios y *Jasón* no supera a *Attakakullakulla*[43] // más que en el honor de un nombre griego. Todos estos salvajes |254| son poco sensibles a lo bello en sentido moral y el perdón generoso de una injuria, que es a la vez noble y bello, es completamente desconocido como virtud entre los salvajes, los cuales lo consideran más bien como miserable cobardía. La bravura es el mayor mérito del salvaje y la venganza su más dulce placer. Los | demás naturales de esta parte del mundo muestran <105> pocas huellas de un carácter inclinado hacia los sentimientos más delicados y una extraordinaria insensibilidad constituye la característica de tales géneros humanos.

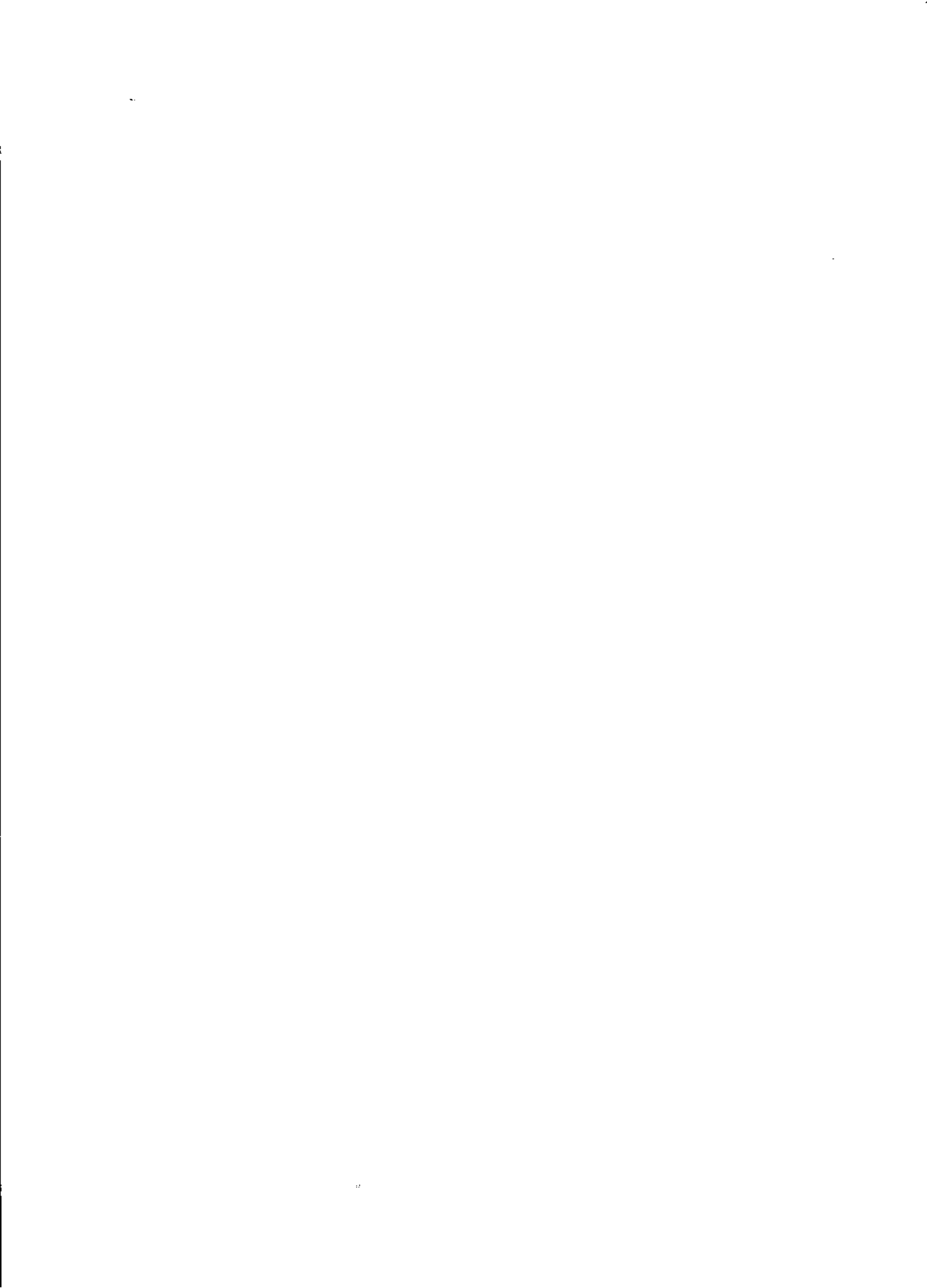
Si consideramos la relación de los sexos en estas partes del mundo, constatamos que sólo el *europeo* ha encontrado el secreto de adornar con tantas flores el atractivo sensual de una poderosa inclinación y de entrelazarlo con tantos elementos morales que no sólo ha realzado enormemente sus amenidades sino que además les ha dado un gran decoro. En este punto, el habitante del *Oriente* tiene un gusto muy equivocado. Al no tener ninguna idea de la belleza moral que puede estar unida a este instinto, pierde el valor incluso del placer sensual y su harén se convierte en una fuente de constante inquietud. Cae en múltiples monstruosidades amorosas, una de las principales se refiere a la joya imaginaria que pretende salvaguardar ante todo, cuyo valor sólo consiste en ser rota; sobre ésta

generalmente se abrigan muchas | dudas maliciosas en nuestra parte del <106> mundo,[44] y para preservarla el oriental recurre a medios muy injustos y muchas veces repugnantes. Por eso, en tales tierras la mujer permanece siempre como prisionera, lo mismo de doncella que con un marido bárbaro, bueno para nada y siempre celoso. En tierras de los *negros* ¿qué puede esperarse sino lo que ocurre generalmente en ellas, a saber, que el sexo femenino esté en la más profunda esclavitud? Un hombre cobarde siempre es un amo duro para los débiles: de la misma manera que ocurre entre nosotros, el mismo hombre siempre es un tirano en la cocina que fuera de su casa no se atreve a mirar de frente a nadie. El padre Labat[45] cuenta que un carpintero negro a quien él le reprochó su altiva conducta con sus mujeres le respondió: "ustedes los blancos son unos verdaderos tontos pues primero les conceden tanto a sus mujeres y después se quejan cuando los aturden"; y quizá podría haber en esto algo que merecería // ser [255] tenido en consideración, pero en suma, tal vez este mozo era totalmente negro de pies a cabeza, prueba clara de que lo que | decía era una tontería. <107> De todos los salvajes, únicamente entre los de *Canadá* la mujer goza verdaderamente de una gran consideración; quizá en esto aventajan a nuestro hemisferio decente, y no es que les manifiesten esa humilde cortesía que no pasa de ser un simple cumplido; no, ellas realmente ejercen autoridad. Las mujeres se reúnen y deliberan sobre las medidas más importantes que ha de tomar la nación, sobre la guerra y la paz; para ello envían sus diputadas al consejo masculino y por lo general es su voz la que determina la decisión. Pero ellas pagan muy caro este privilegio. Tienen que cargar con todos los asuntos domésticos y además compartir todas las dificultades de los hombres.

Si, por último, lanzamos un vistazo a la historia veremos que el gusto de los hombres toma, como Proteo,[46] formas siempre variables. Los anti-

guos tiempos de griegos y romanos mostraron señales claras de un verdadero sentimiento tanto de lo bello como de lo sublime, en la poesía, la escultura, la arquitectura, la legislación e incluso en las costumbres. | El <108> dominio de los emperadores romanos transformó tanto la noble como la bella sencillez en magnificencia y después en falso brillo del cual todavía pueden darnos cuenta los restos de su oratoria, de su poesía y la historia misma de sus costumbres. Poco a poco hasta el residuo del más refinado gusto se extinguió al expirar totalmente el Estado. Los bárbaros, después de que establecieron su poderío, introdujeron cierto perverso gusto llamado gótico que terminó en lo grotesco; aparecieron monstruosidades no sólo en la arquitectura, sino también en las ciencias y en las demás prácticas. El sentimiento viciado, una vez guiado por un arte aberrante, prefirió toda clase de formas contrarias a la antigua sencillez de la naturaleza y cayó ya sea en lo exagerado o en lo trivial. El más grande esfuerzo que el espíritu humano hacía para elevarse a lo sublime tomó la forma de extravagancia. Se veían religiosos extravagantes, laicos extravagantes y muchas veces repugnantes y monstruosas mezclas de ambos. Monjes con el misal en una mano y la enseña de guerra en la | otra, seguidos por ejércitos de víctimas <109> engañadas para enterrar sus huesos bajo otros cielos en tierras más santas, guerreros // benditos santificados por votos solemnes para cometer violen- [256] cias y crímenes y, como secuela, una extraña especie de alucinados heroicos que se denominaban caballeros y que buscaban aventuras, torneos, duelos y hazañas románticas. Durante este tiempo la religión, junto con las ciencias y las costumbres, fueron deformadas por monstruosidades miserables y se aprecia que el gusto no fácilmente degenera en un área sin mostrar, al mismo tiempo, claras señales de su corrupción en todo lo demás que corresponde a los sentimientos más refinados. Los votos monásticos

hicieron que gran parte de los hombres productivos se convirtiera en numerosas comunidades de ociosos muy ocupados, cuya forma de vida soñadora los habituaba para inventar miles de monstruosidades escolásticas que se expandieron en el resto del mundo y propagaron su especie. Por último, después de que el genio humano felizmente se levantó de nuevo de una destrucción casi completa gracias a una especie de palingenesia, vemos en | nuestros días florecer el verdadero gusto de lo bello y lo noble <110> tanto en las artes y las ciencias como en lo referente a lo moral. Ahora sólo es de desear que el falso brillo, tan fácilmente engañador, no nos aleje de manera inadvertida de la noble sencillez y, sobre todo, que el secreto no descubierto aún de la educación sea rescatado de la vieja obcecación, a fin de elevar desde temprana edad el sentimiento moral en el pecho de todo joven ciudadano del mundo para formar una cosmopolita sensibilidad activa, de modo que toda el refinamiento no termine en el placer fugitivo y ocioso de juzgar con mejor o peor gusto lo que ocurre fuera de nosotros.



Notas a la traducción

[1] Kant se refiere a Tito Flavio Sabino Domiciano, el último de los *doce césares,* pues con él terminó la dinastía de los Flavios. Nació en Roma en el año 51 de la era cristiana y murió ahí el 18 de septiembre del año 96, fue emperador de los años 81 a 96 a.C. y bajo su gobierno Roma vivió sumida en el terror, la injusticia y la corrupción más terribles, debido a su crueldad sin límite que se extendía hasta los animales y las cosas, y que fue considerada peor que la de Nerón. En efecto, Suetonio, en su *Vida de los césares,* describe la personalidad de Domiciano y señala que mientras que Nerón apartaba la vista y volvía la cabeza ante el suplicio de sus víctimas, Domiciano estaba atento y gozaba escuchando hasta sus últimas palabras; también señala Suetonio que al inicio de su reinado Domiciano pasaba solitariamente horas enteras todos los días sin hacer otra cosa que cazar moscas a las cuales atravesaba después con un afilado punzón.

[2] Me parece que aquí Kant no se refiere a algún personaje identificable.

[3] Pierre Bayle (1647-1706), considerado como el prototipo del escéptico-dogmático de Hume, osciló entre el escepticismo y el fideísmo radicales y se destacó por combatir la intolerancia en materia de religión y lo que él consideraba inútiles disputas teológicas y filosóficas. Kant está haciendo referencia a la obra más famosa de Bayle, el *Dictionnaire historique et critique,* que pretendía ser un examen crítico a fondo de múltiples problemas teológicos, morales, metafísicos, históricos y políticos que habían permanecido mal comprendidos, según Bayle, a causa sobre todo de los prejuicios. La primera edición del *Dictionnaire* apareció en Rotterdam, en 2 vols. (1695-1697); una edición corregida y aumentada apareció en 1702. Después de la muerte de Bayle apareció, traducida al inglés, la edición de Pierre des Maizeaux, bajo el título de *The Dictionary Historical and Critical of Mr. Peter Bayle,* en 4 tomos (Londres, 1736 y Amsterdam y Leiden, 1740); véase la voz "Kepler" (vol. III, pp. 659-660) para confrontar la cita a la cual Kant hace alusión. Por su parte,

Bayle toma la cita de la obra de Thomas Lansius, *Mantissa consultationum et oratorium*, Tubinga, 1655, p. 792.

[4] Kant se refiere a la obra maestra de Milton *Paradise Lost* (*Paraíso perdido*), libro I. John Milton (1608-1674) compuso este poema entre 1640 y 1665 y lo publicó en 1667. La obra, una gran epopeya escrita en verso libre, está inspirada en la Biblia, más específicamente en la creación y en la caída de Adan y Eva. Caracterizada por un profundo espíritu religioso, grandiosidad y belleza en las descripciones, esta obra de Milton está dividida en doce libros que tratan de Adán y Eva en el paraíso terrenal, el primer pecado y la intervención de Satán. Este personaje, grandioso, retorcido y rebelde, es la creación de más valor literario de Milton. *Paraíso perdido* es un poema sombrío, en el que las descripciones del infierno vibran en versos espléndidamente sonoros; es a la vez una obra radiante en las descripciones de los cielos y en el tono idílico de los amores de la primera pareja en el Edén.

[5] Kant se refiere a los pasajes de *Eneida*, libro VI, ll. 637 ss. La *Eneida* es un poema épico en hexámetros y en doce libros compuesto por Publio Virgilio Marón durante los diez últimos años de su vida (entre los años 29 y 19 a.C.) y que no pudo pulir por completo. En esta obra Virgilio inmortalizó la leyenda del origen divino del pueblo romano; su asunto es la empresa que tiene que realizar Eneas de fundar una nueva Ilión en suelo latino. En el libro VI, al que ahora se hace referencia, Virgilio describe la grandeza de Roma.

[6] Kant se refiere a la *Iliada*, libro XIV, ll. 416 ss., donde se hace referencia a la fábula griega de Venus, diosa de la belleza, que lleva ceñido un cinturón que tiene el poder de conceder gracia y el don de ser amado a quien lo lleva. A esta deidad la acompañan las diosas de la dulzura o Gracias. Así pues, el delicado sentir de los griegos distinguió, desde muy temprano, entre la gracia y las Gracias, por un lado, y la belleza, por el otro. En efecto, toda gracia es bella, porque el cinturón de los encantos es propiedad de la diosa de Cnido; sin embargo, no todo lo bello es gracia pues

Venus sigue siendo quien es aunque le falte ese cinturón. Únicamente la diosa de la belleza es la que lleva el cinturón de los encantos y lo puede prestar. Así, Juno, la suprema diosa del cielo, primero debe pedirle a Venus ese cinturón cuando quiere seducir a Júpiter. Por su parte, las Gracias, diosas acompañantes de Venus, eran tres vírgenes hijas de Zeus: Aglaya (esplendor), Eufrosine (alegría) y Talía (florecimiento).

[7] Tartaria fue el nombre con el que se conoció hasta el siglo XVIII el enorme territorio habitado por mongoles y tártaros; este territorio comprendía desde el estrecho de Tartaria, en el este de Asia, hasta la península de Crimea, en el sur de la Rusia europea, abarcando así parte de Asia oriental, Mongolia, Asia central y occidental y grandes extensiones de Rusia. Me parece que el desierto al cual Kant hace referencia es el inmenso desierto de Gobi. Los tártaros fueron los pueblos que, bajo el mando de Gengis Kan, constituyeron el imperio de la Horda de Oro durante el siglo XIII extendiéndose en los territorios de Persia, Asiria y Mesopotamia; en el siglo XIV llegaron a Europa junto con los mongoles.

[8] Kant se refiere al *Bremisches Magazin zur Ausbreitung der Wissenschaften und Künste und Tugend* (Revista de Bremen para la difusión de las ciencias, las artes y la virtud); la mayor parte de esta revista consistía en artículos extraídos de revistas mensuales inglesas, el volumen IV apareció en 1761.

[9] Frederik Hasselquist (1722-1752), naturalista sueco que viajó a Asia Menor para estudiar la historia de Palestina inspirado por Carl von Linné, quien publicó las notas de Hasselquist cinco años después de su muerte, acaecida en Esmirna. Según Paul Menzer, en su estudio introductorio del vol. II de *Kants gesammelte Schriften,* Kant se está refiriendo a la obra de Hasselquist: *Reise nach Palästina in den Jahren 1749-1752,* Rostock, 1762, pp. 82-94.

[10]Golconda, antigua ciudad-fortaleza en el sur de la India, en la región de Hyderabad (hoy Paquistán). Fue fundada en 1518 por un alto oficial del ejercito turco llamado Kuli Kutb Sah y alcanzó su mayor esplendor a fines del siglo XVI. Los inmensos tesoros que habían reunido sus sultanes la

hicieron legendaria desde entonces; fue famosa, ya desde el siglo XVII, por los suntuosos sepulcros de los miembros de la dinastía gobernante y como capital del comercio de diamantes en el Oriente.

[11] Albrecht von Haller (1708-1777), fisiólogo, médico y científico suizo que hizo de la fisiología una ciencia moderna. Estudió en Tubinga, Leiden y París. Desde 1729 y durante siete años, practicó la medicina en Berna, su ciudad natal; durante 17 años fue profesor de anatomía, cirugía y botánica en la Universidad de Gotinga; ahí fundó los *Göttingische Zeitungen von Gelehrten Sachen* así como la *Königliche Gesellschaft der Wissenschaften*. Desde 1753 estuvo bajo su responsabilidad la salud pública de Berna; entre 1757 y 1766 publicó los ocho volúmenes de sus *Elementa physiologiae*, obra en la que reúne sus observaciones originales y todos los conocimientos de su época en materia de fisiología. Haller fue además un poeta de fina sensibilidad: en 1732 publicó una famosa serie de poemas que mostraban, por primera vez en la lengua alemana, la belleza de la montaña. La obra a la que se refiere Kant es un poema que data de 1736 y lleva por título *Über die Ewigkeit*.

[12] John Milton, poeta inglés nacido en Londres el 9 de diciembre de 1608 y muerto en esa misma ciudad el 8 de noviembre de 1674. Su padre, de profesión notario, confió la educación de éste, el segundo de sus hijos, al preceptor puritano Thomas Young, el cual imprimió en el alma del futuro poeta, que a la sazón contaba diez años de edad, las austeras virtudes propias del puritanismo. A fines de 1624 Milton ingresó en el Christ's College de Cambridge para seguir los estudios eclesiásticos, pero los abandonó al conocer el verdadero funcionamiento de la Iglesia anglicana con el cual no estaba de acuerdo. En 1632, terminados sus estudios en Cambridge, regresa a la soledad de la finca rústica habitada por su familia en Horton, cerca de Windsor; ahí dedica por completo los seis siguientes años de su vida al estudio de los clásicos griegos y latinos. En abril de 1638 emprende un deseado viaje a Italia que dejó huellas en su obra literaria y del que regresó hasta agosto de 1639; fija su residencia en Londres

y se dedica a sus proyectos literarios y a la educación de un grupo de jóvenes. Milton fue un verdadero pedagogo, imbuido en las teorías clásicas, especialmente de Quintiliano, pero adaptadas a las necesidades de su época. En 1643 contrajo matrimonio con Mary Powell, hija de un noble realista del condado de Oxford. La copiosísima obra de Milton no sólo se desarrolló en el campo literario sino también en el político y pedagógico; su vista, que desde hacía tiempo se iba debilitando, sufrió atrozmente con tanto trabajo de modo que en mayo de 1652 quedó totalmente ciego. A esta desgracia se unió la muerte de su esposa, ocurrida a fines de 1653 y los disgustos que le daban sus tres hijas. En 1656 Milton se casó en segundas nupcias con Katherine Woodcock, quien murió poco después, en 1658. Al volver los Estuardos al trono de Inglaterra, Milton tuvo que ocultarse, pues era enemigo del rey y había tomado parte activamente en la guerra civil. Se libró de la muerte gracias a las influencias de unos amigos que gozaban de favores en la corte; sin embargo, se ordenó que algunas de sus obras fueran quemadas y fue encarcelado en agosto de 1660. Al quedar en libertad se retiró a la vida privada y contrajo nupcias nuevamente, en esta ocasión con una joven de veinticinco años, Elizabeth Minshull, quien atendió cariñosamente al poeta y le ayudó a que pudiera dedicarse intensamente a la creación literaria; en esta nueva etapa de su vida Milton logró terminar la obra inmortal que había empezado en 1640, su célebre poema *Paraíso perdido*, dictándosela a su joven esposa y a sus hijas.

Jean de la Bruyère, moralista o escritor de costumbres nació en París en 1645 y murió en Versalles en 1696. Su obra maestra, conocida como *Les Caractères*, fue un breve escrito que no pretendía ser más que una traducción y comentario a la obra de igual nombre de Teofrasto. Sin embargo, la obra fue premiada con el ingreso del autor a la Academia Francesa en 1693 y lo colocó en el nivel de los grandes escritores del siglo de oro de la literatura francesa al ser considerada un modelo acabadísimo de expresión, concisión y corrección de estilo. La primera edición de *Les Caractères* apareció en 1688 con el título *Les Caractères de Théophraste*

traduits du grec, avec les caractères ou les mœurs de ce siècle y recibió extensas ampliaciones en cada una de las nueve ediciones de las que fue objeto en vida del autor. *Les Caractères* reflejan la personalidad de La Bruyère, quien fue descrito en la *Historia de la Academia Francesa* como "un filósofo que no busca más que vivir en paz con sus amigos y con sus libros, que sabe escoger los unos y los otros, que ni busca ni huye del placer. Siempre dispuesto a una alegría modesta e ingenioso para hacerla brotar, de modales finos, es prudente en su conversación y tiene horror a todo género de ambición, aun a la de mostrar su ingenio".

Edward Young, poeta inglés nacido en Upham en 1681 y muerto el 5 de abril de 1765; estudió derecho en Oxford, ejerció la abogacía en Londres y se dio a conocer como literato desde 1714; en 1728 abrazó la carrera eclesiástica y fue nombrado capellán del rey pero la dejó dos años más tarde. Por espacio de algunos años abandonó también la literatura, pero la muerte de su esposa lo llevó a escribir de nuevo y publicó en 1742 su obra maestra *The Complaint or Night Thoughts on Life, Death and Immortality*, poema lleno de sentimiento e inspiración, escrito en estilo grandioso y que ejerció mucha influencia en la literatura inglesa, francesa y alemana. También escribió tragedias y es considerado un poeta prerromántico por ser iniciador del tema nocturno y sepulcral.

[13] Jonas Hanway (1712-1786), viajero, filántropo y escritor inglés. Se dedicó en un principio al comercio, partiendo en 1743 al frente de una caravana para hacer el tráfico de lanas en Persia; también fue mercader en Lisboa y San Petersburgo. Hizo viajes de aventuras en torno al mar Caspio, donde fue atacado por piratas. Regresó a Inglaterra hasta 1750 y popularizó el uso del paraguas. También se dedicó a redactar los relatos de sus viajes por Rusia y Persia, consignados en su diarios, así como una biografía del rey persa Nadir Sah, obra que se publicó en 1753 bajo el título de *Relación histórica del comercio británico en el mar Caspio, con un diario de viajes desde Londres a Persia a través de Rusia*. Se dedicó posteriormente a obras filantrópicas. Fundó la Marine Society y fue nombrado director del

Founding Hospital. Paul Menzer, en el prólogo ya referido, cita la traducción alemana de la obra de Hanway, *Herrn Jonas Hanway zuverlässige Beschreibung* (Hamburgo y Leipzig, 1754) y localiza en la p. 396 de dicha obra la mención que hace Kant de la obra de Hanway.

[14] William Hogarth, célebre pintor y grabador inglés satírico y moralista; nacido en Londres en 1697 y muerto en Leicester en 1764, sobresalió especialmente en la caricatura y fue conocido como el Molière de la pintura. Sus estampas, cuyo número se eleva a 260, son composiciones de tema popular, costumbres y vida de la época en que vivió; se le ha considerado el creador de la caricatura moral, sus dibujos alcanzaron una celebridad extraordinaria. Fue también grabador al aguafuerte, especialidad en la que alcanzó gran fama; cultivó el retrato y temas de asuntos religiosos; en 1753 escribió un ensayo titulado *Análisis de la hermosura.*

[15] Inicialmente la palabra *Dunse* fue usada por quienes se oponían a los seguidores de Duns Scoto para señalar a aquéllos inclinados a las sutilezas y a las distinciones sofísticas. Posteriormente, durante el siglo XVI, cuando el escotismo degeneró en un escolasticismo cerrado que se oponía obstinadamente a toda novedad filosófica, la palabra *Dunse* se empleó abusivamente para designar a las personas necias, especialmente a los alumnos de lento aprendizaje.

[16] Véanse, por ejemplo, los cuentos de hadas de Charles Perrault, la señora D'Aulnoy, la señora de Murat, la señorita de la Force, etc. que ejercieron notable influencia sobre los cuentos populares alemanes en boga a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

[17] Recordemos que en 1762, dos años antes de la publicación del libro que tenemos en las manos, Kant había publicado un ensayo titulado *Die falsche Spitzfindigkeit der vier syllogistischen Figuren* (*La falsa sutileza de las cuatro figuras silogísticas*), Ak. Ausg., vol. II, pp. 45-61, en el cual señalaba su banalidad.

[18] Alcestes y Adrasto: Kant está usando los nombres de los personajes de dos famosas comedias de Molière; sin embargo, con estas referencias Kant

no pretende hacer alusión alguna a dichas comedias, sino más bien trata de encarnar e interpretar dos caracteres. En *El misántropo*, Alcestes es un individuo colérico que, desdeñando las convenciones sociales y aferrándose a la verdad, la virtud y el honor, pretende dar lecciones a los demás diciendo a todo el mundo íntegramente lo que piensa; su intransigente franqueza le hace imposible la vida social. Molière lo ridiculiza colocándolo en las más falsas situaciones y en las contradicciones más palmarias a las que lo arrastra su obstinada sinceridad, especialmente cuando se enamora locamente de una joven viuda, una mujer frívola prototipo de la mujer ligera y mundana que es la síntesis de todos los defectos que tanto le exasperan; en cuanto declina el encanto, Alcestes se da cuenta de esos defectos y termina por huir al desierto. *El siciliano* tiene como protagonista a Adrasto, hombre apasionado pero juicioso, que no retrocede fácilmente ante las dificultades, jovial y de sólida virtud; apoya resueltamente a la mujer que convertirá en su esposa, ayudándola y liberándola de la esclavitud al hacerla pasar secretamente ante su amo disfrazada como la hermana del protagonista.

[19] Kant está citando una comedia de Publio Terencio, poeta cómico latino nacido en Cartago, de raza libia, hacia el año 194 a.C. y muerto hacia 159 durante un viaje a Grecia. Prisionero en África, fue esclavo del senador romano Terencio Lucano, el cual, dándose cuenta de su talento, le dio educación y posteriormente la libertad y su nombre. La obra que está citando Kant apareció hacia el año 163 a.C. bajo el nombre de *Heautontimorumenos* (*El atormentador de sí mismo*); específicamente, Kant se refiere al acto I, escena i, tercer discurso, en el que el personaje central dice textualmente: "soy humano y nada humano me es ajeno". Esta famosa frase fue citada frecuentemente por los literatos romanos posteriores como expresión de los sentimientos de fraternidad y solidaridad humana.

[20] Personaje creado por Samuel Richardson (1689-1761), novelista inglés, iniciador de la novela psicológica y de costumbres, basada en la observación de la vida de la burguesía, con el criterio moralizador típico de su

época. Maestro indiscutible de la novela epistolar sentimental, influyó en la literatura contemporánea, fue muy admirado (*e.g.* Lessing recomendaba la lectura de sus novelas y Rousseau y Diderot lo elogiaban muchísimo) y no pocos literatos trataron de imitarlo. Hijo de un carpintero londinense, por motivos políticos se trasladó a los diecisiete años a vivir a una aldea de Derbyshire. Sin haber recibido más que la instrucción primaria, entró de aprendiz en una imprenta de Aldergate, se casó con la hija de su patrón y terminó en Londres como impresor de los decretos reales y de los *Journals of the House of Commons.* Su famosa novela *Pamela or the Virtue Rewarded* (*Pamela o la virtud recompensada*) data de 1750 y fue el resultado de la petición que le hicieran dos amigos libreros para que aplicara su habilidad en la redacción de cartas a la composición de un libro de modelos de cartas. Junto con *Pamela* apareció el manual solicitado bajo el título *Letters Written to and for Particular Friends on the Most Important Occasions.* Su obra maestra, aparecida en 1747, fue *Clarisa Harlowe.* Inferior a estas dos obras fue su última novela, *The History of Sir Charles Grandison*, aparecida en 1753, en la cual el protagonista, sir Charles Grandison, es un caballero de elevado carácter y fino aspecto que ha prestado numerosos servicios a la noble familia de los Porrettas. En la cita que nos ocupa, Kant hace referencia a esta obra de Richardson para contrastar el sentimentalismo de ésta con el realismo del *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe. La última novela de Richardson había sido parodiada en Alemania por Johann Karl August Musäus (1735-1787) cuyo estilo ingenuamente sentimental estaba influido por Richardson. Entre 1760 y 1762, Musäus publicó *Grandison der Zweite* (Grandison II), novela en forma epistolar en tres tomos; casi veinte años después, entre 1781 y 1782 Musäus publicó una nueva versión de su novela bajo el título de *Der Deutsche Grandison* (El Grandison alemán).

[21] Los miembros de la familia Catón se distinguieron en la antigua Roma como guardianes de la moral pública. Primeramente Marco Porcio Catón (234-149 a.C.), conocido como *el Antiguo* o *el Censor,* fue un orador céle-

bre por su rectitud y austeridad de costumbres. Sirvió en la guerra contra Aníbal, fue pretor de Cerdeña, cónsul en el año de 195 a.C. y sometió a los celtíberos. Representante de las antiguas costumbres, se mostró contrario a toda innovación durante su célebre censura. Promovió la última guerra púnica por considerar que la seguridad de Roma dependía de la derrota de Cartago. Escribió una historia de Roma y un tratado de agricultura. Fue el bisabuelo de Catón de Útica, a quien Kant está haciendo referencia. Este último miembro de la familia Catón, nacido en 95 a.C. y muerto en 46 a.C., se destacó como un político austero, tenaz y de probada virtud. Considerado como la conciencia de Roma y amante de la libertad, se dedicó a la defensa de la república contra las ambiciones de Catilina, César, Pompeyo y Craso. Al enterarse de la derrota de las fuerzas republicanas ayudó a que sus seguidores escaparan por mar de Útica, donde él gobernaba, y prefirió suicidarse antes que rendirse a las tropas del perverso triunvirato. Plutarco, Lucano, Dante, Montaigne, Hutcheson, Addison y muchos otros literatos e historiadores han preservado con admiración la historia de Catón.

[22] Anne Lefèvre, célebre escritora y filóloga francesa, nacida en Saumur en 1654 y muerta en París el 17 de agosto de 1720; era hija de Tannegry Lefèvre, reputado maestro de latín; desde niña mostró grandes aptitudes para el estudio y aprendió con gran facilidad latín y griego. Siendo aún muy joven se casó con un librero de su ciudad natal pero pronto enviudó; poco después también perdió a su padre y tuvo que partir a París para ganarse el sustento; ahí trabajó revisando las ediciones de los clásicos para uso del Delfín. En 1681 contrajo matrimonio con un discípulo de su padre, el filólogo André Dacier, muy conocido por sus traducciones de Horacio, Valerio Flaco, Marco Aurelio, etc. Anne Lefèvre tomó así el apellido Dacier; esta unión fue muy provechosa para la literatura y en broma se decía que el griego se había casado con el latín. Muy experimentada y excelentemente preparada por sus traducciones anteriores, emprendió la de los inmortales poemas de Homero, que le costó largos años de trabajo. Su traducción de la *Iliada* apareció en 1699 y la de la *Odisea* en 1708.

Según Sainte-Beuve éstas eran las mejores traducciones pues transmitían, como en el original, la impresión de ingenuidad y grandilocuencia a la vez. Este trabajo dio lugar a una discusión iniciada por La Motte con su obra *Discours sur Homère,* en la cual sostenía que el gran poeta griego podía y debía ser corregido y simplificado para hacerlo más accesible al público. La polémica se extendió y tomaron parte otros importantes escritores. La señora Dacier contestó con dos libros titulados *Des causes de la corruption du goût* (1714) y *Homère défendu contre l'*Apologie *du P. Hardouin* (1716), en los cuales aducía sólidos argumentos en contra. Felizmente todo terminó en paz y se organizó una comida en la que ambos antagonistas bebieron a la salud de Homero. Además de ese trabajo magistral de los dos poemas homéricos, la señora Dacier editó, tradujo al francés y comentó numerosos autores de la Antigüedad grecolatina, como Plauto, Aristófanes, Terencio, etc.

[23] Gabrielle-Émilie Le Tonnelier de Breteuil, marquesa de Châtelet, erudita francesa nacida en París en 1706 y muerta en Luneville en 1749; era hija del barón de Breteuil, Louis-Nicolas Le Tonnelier. Desde su juventud mostró mucha disposición para el estudio de las lenguas y aprendió latín, castellano, italiano e inglés; también aprendió con gran facilidad matemáticas, música, física y filosofía. Sus primeros amantes fueron el marqués de Guébriant y el duque de Richelieu. En 1725 se casó con el marqués de Châtelet. En 1733 entró en relaciones íntimas con Voltaire, con quien vivió en el castillo de Cirey. Algunos años más tarde, sin dejar esas relaciones, admitió un nuevo amante: Saint-Lambert. Por indicaciones de Voltaire tradujo algunas obras de Newton; su ensayo sobre la naturaleza y propagación del fuego ganó en 1738 un premio de la Academia Francesa de Ciencias. Dejó diversas obras de física, entre las que destacan *Institutions de physique* (París, 1740), *Réponse à la lettre de Mairan sur la question des forces vives* (Bruselas, 1741) y *Dissertation sur la nature et la propagation du feu* (París, 1744). Entre sus obras de carácter filosófico se destacan *Doutes sur les religions révélées adressées à Voltaire* (París, 1792),

Réflexions sur le bonheur (1796) y *De l'existence de Dieu* (1806). Dejó también sus *Memorias* y *Correspondencia,* en las que se manifiesta la viva inteligencia y la apasionada naturaleza de la mujer a la que Voltaire llamaba "la bella Emilia".

[24] Bernard Le Bovier de Fontenelle, escritor y polígrafo francés nacido en Ruán el 11 de febrero de 1657 y muerto en París el 9 de enero de 1757; era sobrino de Corneille, hizo sus primeros estudios en el colegio de los jesuitas de su ciudad natal y terminó la carrera de abogado. Fontenelle frecuentaba los salones aristocráticos de moda, donde su conversación ingeniosa y llena de espiritualidad le ganó gran fama. Su obra más famosa fue *Entretiens sur la pluralité des mondes* (París, 1686), que lo reveló como un notable y fino divulgador científico; popularizó la doctrina astronómica de Copérnico y defendió y divulgó la filosofía cartesiana, en especial su física y astronomía; también para el gran público expuso la doctrina de Galileo. En 1699 fue nombrado secretario perpetuo de la Académie des Sciences, cargo en el que realizó nuevas publicaciones de divulgación científica. También fue autor de célebres aforismos y epigramas satíricos. De la extensa producción de este racionalista precursor de la Ilustración, Kant está aludiendo a *Entretiens sur la pluralité des mondes*, a propósito de las conversaciones de las damas sobre astronomía.

[25] Francesco, conde de Algarotti, sabio, literato y polígrafo italiano, nacido en Venecia en 1712 y muerto en Pisa en 1764; después de viajar mucho, especialmente por Francia y Rusia, residió en la corte de Federico II de Prusia, de quien fue amigo. También fue amigo de Voltaire y de Augusto III de Sajonia, quien le encomendó elegir los cuadros que formarían su galería. Fue gran divulgador de las ciencias, las artes y los clásicos; entre sus muchas obras, destaca la que publicó en 1736 bajo el título *Newtonianismo per le dame*, esta obra era una exposición de la óptica de Newton, a la manera de Fontenelle, especialmente dedicada a las mujeres; resultó tan popular que se tradujo a varias lenguas europeas. Kant está haciendo alusión precisamente a esta obra.

Según Sainte-Beuve éstas eran las mejores traducciones pues transmitían, como en el original, la impresión de ingenuidad y grandilocuencia a la vez. Este trabajo dio lugar a una discusión iniciada por La Motte con su obra *Discours sur Homère,* en la cual sostenía que el gran poeta griego podía y debía ser corregido y simplificado para hacerlo más accesible al público. La polémica se extendió y tomaron parte otros importantes escritores. La señora Dacier contestó con dos libros titulados *Des causes de la corruption du goût* (1714) y *Homère défendu contre l'*Apologie *du P. Hardouin* (1716), en los cuales aducía sólidos argumentos en contra. Felizmente todo terminó en paz y se organizó una comida en la que ambos antagonistas bebieron a la salud de Homero. Además de ese trabajo magistral de los dos poemas homéricos, la señora Dacier editó, tradujo al francés y comentó numerosos autores de la Antigüedad grecolatina, como Plauto, Aristófanes, Terencio, etc.

[23] Gabrielle-Émilie Le Tonnelier de Breteuil, marquesa de Châtelet, erudita francesa nacida en París en 1706 y muerta en Luneville en 1749; era hija del barón de Breteuil, Louis-Nicolas Le Tonnelier. Desde su juventud mostró mucha disposición para el estudio de las lenguas y aprendió latín, castellano, italiano e inglés; también aprendió con gran facilidad matemáticas, música, física y filosofía. Sus primeros amantes fueron el marqués de Guébriant y el duque de Richelieu. En 1725 se casó con el marqués de Châtelet. En 1733 entró en relaciones íntimas con Voltaire, con quien vivió en el castillo de Cirey. Algunos años más tarde, sin dejar esas relaciones, admitió un nuevo amante: Saint-Lambert. Por indicaciones de Voltaire tradujo algunas obras de Newton; su ensayo sobre la naturaleza y propagación del fuego ganó en 1738 un premio de la Academia Francesa de Ciencias. Dejó diversas obras de física, entre las que destacan *Institutions de physique* (París, 1740), *Réponse à la lettre de Mairan sur la question des forces vives* (Bruselas, 1741) y *Dissertation sur la nature et la propagation du feu* (París, 1744). Entre sus obras de carácter filosófico se destacan *Doutes sur les religions révélées adressées à Voltaire* (París, 1792),

[26] Recordemos que Kant había publicado en 1755 su *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels* (*Historia general de la naturaleza y teoría del cielo*), sin duda la obra científica más importante que Kant escribiera durante el periodo precrítico. Uno de los grandes méritos de este erudito y original trabajo es que propone por primera vez la hipótesis nebular del origen del sistema solar, 41 años antes de que la divulgara Laplace en su *Système du monde* (París, 1796). Estoy persuadida de que no es aventurado decir que si esta obra hubiera sido publicada en Francia o Inglaterra y no en Königsberg, Kant habría alcanzado la fama inmediatamente. Por desgracia el editor, Johann Friederich Petersen, quebró durante la impresión de la obra y sus propiedades fueron clausuradas, por lo cual la obra de Kant permaneció prácticamente desconocida por sus contemporáneos. En 1755 encontramos solamente una reseña de la obra en un periódico de Hamburgo y en 1756 una más en un periódico de Königsberg. En esta obra Kant también considera la posibilidad de vida en otros planetas.
[27] Véase Joseph Addison y Richard Steele, *The Spectator*, 4 vols., Londres, vol. 1, p. 26: "When Modesty ceases to be the chief Ornament of one Sex, and Integrity of the other, Society is upon a wrong Basis and we shall be ever after without Rules to guide our Judgment in what is really becoming and ornamental".
[28] Anne (o Ninon) de Lenclos, célebre cortesana francesa nacida en París en noviembre de 1620 y muerta en esa misma ciudad el 17 de octubre de 1705. Su belleza y atractiva conversación le valieron un destacado puesto en la sociedad aristocrática y literaria de su época. Escapó de su casa siendo muy joven y fueron sus amantes numerosos hombres famosos de la aristocracia, las letras y la política como Saint-Évremont, La Rochefoucauld, el príncipe de Condé, Sevigné, Voltaire, Richelieu, etc., a tal punto que la reina Ana de Austria la hizo encerrar durante algún tiempo en el Convento de las Arrepentidas. Ninon de Lenclos era una mujer talentosa y en su casa reunía no sólo a sus antiguos amantes, a los que sabía conservar como amigos, sino también a distinguidas damas. Se dice de ella que pro-

nosticó el talento literario de Voltaire cuando éste era todavía un joven desconocido y que le hizo una donación para comprar libros. E. Colombery publicó en 1866 su *Correspondance authentique.*

[29] Giovanni Rinaldo, marqués de Monaldeschi, fue caballerango y favorito de la reina Cristina de Suecia (1626-1689). Después de que ésta abdicara de su trono, en 1654, entró en negociaciones con el primer ministro francés, cardenal Mazarino y con el duque de Módena a fin de apoderarse de Nápoles (entonces bajo la corona española), coronarse como reina y dejar el trono después de su muerte a un príncipe francés. Este plan se vino abajo durante una visita de Cristina a Francia: estando en el palacio de Fontainebleau mandó degollar en su presencia a su sirviente, el marqués de Monaldeschi, el 10 de noviembre de 1657. Monaldeschi había escrito una carta insultante para Cristina, imitando la escritura de Santinelli, capitán de las guardias y nuevo favorito de Cristina; ésta planeó su venganza acusando a Monaldeschi de alta traición por haber descubierto sus planes al papa Alejandro VII, ordenó una ejecución sumaria, realizada por Santinelli y rehusó dar razones de su acción insistiendo en su autoridad real. Todo ello horrorizó a la corte francesa e hizo que Mazarino pidiera a la antigua reina que no se presentara en París y que el papa no le hiciera ningún recibimiento a su regreso a Roma, donde Cristina había fijado su residencia.

[30] "Ser una Lucrecia" expresión con la que se designa a una mujer de notable castidad, aludiendo a la célebre dama romana Lucrecia, esposa de Colatino. Tito Livio narra que, según la tradición, Lucrecia, al ser violada por Sexto, hijo del rey Tarquino el Soberbio, se suicidó para no sobrevivir a tal ultraje. Este hecho desencadenó la terminación de la monarquía romana al ser expulsados los Tarquinos de la ciudad de Roma en 510 a.C. y fundarse la república romana. En muchas representaciones pictóricas de este episodio el ultrajante es quien apuñala a Lucrecia. Poetas como Chaucer, Gower, Shakespeare, etc. han recogido y preservado esta leyenda.

[31] George-Louis Leclerc, conde de Buffon, naturalista francés nacido en Montbard en 1707 y muerto en París en 1788; concluidos sus estudios, emprendió un viaje por Inglaterra, Italia y Suiza en compañía de un joven inglés, lord Kingston, cuyo preceptor era un distinguido botánico; entonces nació en Buffon su amor por las ciencias naturales. Los trabajos que escribió sobre física y astronomía le merecieron ser admitido en la Academia de Ciencias en 1739. Ese mismo año fue nombrado intendente de los jardines del rey y trazó el grandioso proyecto de su *Histoire naturelle, générale et particulière,* en la que ocupó todo el resto de su vida; los tres primeros volúmenes se publicaron en París en 1749 y el trigésimosexto un año después de su muerte. Más que un naturalista, Buffon parece un filósofo que se interesa por los fenómenos naturales para establecer sistemas y teorías. Movido por el predominio de la razón secundada por el gusto estético y el orden en la expresión del pensamiento, Buffon estudió los grandes conjuntos de la historia de la naturaleza y puso su atención en el progreso de la ciencia. En la sección *De l'homme,* en el capítulo titulado "De l'âge viril" de la obra mencionada, Buffon escribe: "Chaque nation a des préjugés différents sur la beauté, chaque homme a même sur cela ses idées et son goût particulier; ce goût est apparemment relatif aux premières impressions agréables qu'on a reçues des certains objets dans le temps de l'enfance". Por lo tanto, podría decirse que estas impresiones dependen más bien de los hábitos que de las diferencias en la constitución de los individuos.

[32] Kant se refiere a las personas que habitan en la cordillera caucásica, zona geográfica que se extiende de noroeste a sureste entre el Mar Negro y el mar Caspio separando a Turquía, Irán (Persia) y la península Arábiga, en general, de la Rusia europea, y que comprende dos regiones: la Caucasia septentrional o Ciscaucasia y la Caucasia meridional o Transcaucasia; a la primera región se le conocía antiguamente como Circasia y se extiende desde la parte norte de la cordillera hasta los ríos Kuma y Terek; la segunda región se extiende del lado sur de la cordillera hasta las fronteras de Turquía, Iraq e Irán y comprende las regiones de Georgia, Armenia y Azerbaiyán, entre otras.

[33] Kant se refiere a la fábula del gallo y la perla, la cual también se encuentra en Fedro y La Fontaine.

[34] Antes me he referido a las Gracias; ahora diré una breve palabra respecto de las Musas. Éstas eran nueve diosas, hijas de Zeus y de Mnemosine, que habitaban con Apolo el Parnaso, el Pindo y el Helicón; eran las protectoras de las artes y las ciencias: Calíope, de la poesía épica; Clío, de la historia; Erato, de la poesía amorosa; Euterpe, de la música; Melpómene, de la tragedia; Polimnia, de la poesía lírica; Talía, de la comedia; Terpsícore, de la danza, y Urania, de la astronomía.

[35] El poeta griego Simónides de Ceos fue uno de los más notables representantes de la lírica coral griega; nació en Julis (isla de Ceos) probablemente en el año 556 a.C. y murió hacia el 467. Entre las diversas tradiciones que los autores antiguos han dejado de este poeta, las más notables son las que le atribuyen el aumento de la octava cuerda de la lira y de cuatro letras del alfabeto griego (η, ω, θ, ϕ).

[36] El auto de fe era un castigo público decretado por el tribunal de la Inquisición y ejecutado por la autoridad civil; el sambenito era un escapulario, es decir, una prenda de vestir monástica consistente en una tira o pedazo de tela con una abertura por donde se mete la cabeza y que, colgando sobre el pecho y la espalda, sirve de distintivo a varias órdenes religiosas, cofradías, etc. A los acusados de herejía se les colocaba un escapulario amarillo decorado con llamas y figuras diabólicas.

[37] Kant se refiere al pasaje del *Emilio* que dice textualmente: "Les mâles, en qui l'on empêche le développement ultérieur du sexe, gardent cette conformité toute leur vie; ils sont toujours des grands enfants: et les femmes, ne perdant point cette même conformité, semblent, à bien des égards, ne jamais être autre chose" (Jean-Jacques Rousseau, *Émile ou De l'éducation*, París, Ernest Flammarion, p. 272).

[38] Hanuman, famoso personaje de la religión hindú mitad hombre y mitad mono; hijo de Javana, dios del viento y de Visnú o Siva; unía a su condición de esforzado guerrero el ser gran poeta; al final del periodo actual

este mono divino irá a ocupar en el cielo el sitio de Brahma, el cual tomará su forma durante el nuevo periodo. Los indostaníes le han erigido capillas en todos los templos de Visnú y un enorme santuario en Calcuta.

[39] Kant está haciendo referencia a una nota del ensayo de Hume titulado *Of National Characters*, publicado por vez primera en 1748 y posteriormente en Edimburgo en 1825 como parte de *Essays and Treatises on Several Subjects*. Sin embargo, como veremos a continuación, las afirmaciones kantianas en esta materia son más mesuradas y menos radicales que las de Hume quien es taxativo al sostener una inferioridad natural de los negros en todos aspectos y sugiere incluso la ineptitud de éstos para aprender.

[40] *Cfr. Of National Characters*: "I am apt to suspect the Negroes to be naturally inferior to the Whites. There scarcely ever was a civilized nation of that complexion, nor ever any individual, eminent either in action or speculation. No ingenious manufactures amongst them, no arts, no sciences. On the other hand, the most rude and barbarous of the Whites, such as the ancient Germans, the present Tartars, have still something eminent about them, in their valour, form of government, or some other particular. Such a uniform and constant difference could not happen, in so many countries and ages, if nature had not made an original distinction between these breeds of men. Not to mention our colonies, there are Negro slaves dispersed all over Europe, of whom none ever discovered any symptoms of ingenuity; though low people, without education, will start up amongst us, and distinguish themselves in every profession. In Jamaica, indeed, they talk of one Negro as a man of parts and learning; but it is likely he is admired for slender accomplishments, like a parrot who speaks a few words plainly".

[41] Licurgo, célebre legislador de Esparta a cuyo código debió este pueblo su grandeza histórica. Las noticias sobre la época de su vida y de su obra legislativa son muy vagas; su figura, venerada como la de una divinidad, está tan mezclada de leyendas y exornaciones simbólicas que prácticamente desaparece su personalidad histórica para declarársele un

héroe. Su principal servicio consistió en haber logrado la reconciliación de los diferentes partidos cuyas continuas luchas destrozaban la ciudad, entre las dos familias reales, entre los dorios y los antiguos pobladores aqueos y haber establecido pactos ventajosos para ambas partes. Acerca de cuáles, entre las leyes que más tarde se le atribuyeron, sean realmente obra suya, las noticias de la misma Antigüedad difieren sobremanera. Sobre la vida que llevó después, cuenta la leyenda que, a fin de hacer duradera su constitución, se marchó, siguiendo el consejo del oráculo de Delfos, e hizo jurar a los reyes, a los gerontes y a los demás espartanos que nada cambiaría en la constitución hasta su regreso. La Pitia le vaticinó que Esparta sería grande y afortunada mientras respetara las leyes establecidas por él y, para no desligar a su pueblo de aquel juramento, se dejó morir voluntariamente de hambre. La época de la promulgación de su código ha sido fijada por cronógrafos griegos posteriores en el año 884 a.C.

[42] *Argonautas* es el nombre que se dio a los héroes griegos que acompañaron a Jasón a Cólquida a bordo de la nave Argos para conquistar, después de muchas peripecias y terribles peligros, el vellocino de oro que Frixo y Hele habían robado en Tesalia. La expedición de los argonautas es una de las leyendas más primitivas de la mitología griega y forma, con la de Troya y la guerra de Tebas, el principal asunto épico de la poesía. Ya en los tiempos de Homero era popular esta leyenda y Apolonio de Rodas la ha conservado en sus poemas. Entre los argonautas estaban Heracles, Cástor, Pólux, Orfeo, Meleagro, Anceo, Telamón, Peleo, etc., cincuenta y cinco en total. La leyenda de los argonautas, que tiene su explicación en la personificación de los fenómenos de la naturaleza, se entretejió con las antiguas tradiciones del origen de la navegación y, a medida que se sucedieron los descubrimientos geográficos de los griegos, la leyenda fue teniendo sucesivos desenvolvimientos y transformaciones que dieron cuenta de esos nuevos conocimientos geográficos.

[43] Attakakullakulla o Attakullaculla era el jefe de los cheroques, una de las tribus más poderosas que habitaba al sur de los montes Apalaches, en los Estados Unidos. Fueron descubiertos en 1540 por el conquistador español De Soto; tenían alfabeto propio y cultura superior a sus hermanos de raza. Ante el avance de los blancos se trasladaron a Carolina del Sur y posteriormente a Tennessee, Mississippi, Arkansas y Texas. En 1730 sir Alexander Cuming (o Cumming) llevó a Inglaterra a Attakullaculla y otros seis miembros de esta tribu. Cuming llegó a ser considerado como jefe y legislador de los cheroques pero pronto fue descubierto como estafador de los colonos, se llenó de deudas y cayó en la deshonra. Hacia 1777, durante la guerra de independencia de Estados Unidos, los cheroques lucharon a favor de los ingleses. En 1838 fueron reconocidos como una de las cinco tribus civilizadoras y ocupan el actual territorio de Oklahoma. Al respecto véase también: "Attakullaculla", en *Handbook of American Indians North of Mexico,* Smithsonian Institution, American Ethnology Bulletin, núm. 30, p. 115; "Cuming, Sir Alexander", en *Dictionary of National Biography,* Londres, 1888.

[44] Kant está haciendo alusión a la obra de Denis Diderot *Bijoux Indiscrets,* publicada en 1748.

[45] Jean-Baptiste Labat, fraile dominico francés nacido en París en 1663 y muerto en esa misma ciudad en 1738 fue enviado como misionero a tierras del Nuevo Mundo en donde se dintinguió por su gran actividad e inteligencia y llegó a ser vicario general y prefecto apostólico. Publicó numerosos libros acerca de sus viajes como misionero en las Indias Occidentales; específicamente en 1724 publicó en La Haya su obra *Voyage du père Labat aux isles de l'Amérique,* en la cual se encuentra el episodio al que Kant hace referencia. Véase también: Paul Menzer, "Estudio introductorio", en *Kants gesammelte Schriften,* vol. II, p. 54.

[46] Proteo, dios marino a las órdenes de Poseidón, que le había confiado la guardia de sus rebaños de focas a cambio del don de conocer el pasado y el porvenir, pero sin poder comunicarlo a nadie, por lo cual cambiaba de

forma para rehuir a quienes querían preguntarle. Durante el día salía del mar y dormía a la sombra de las rocas junto con los monstruos marinos; en aquella situación había de sorprenderle y atarle de pies y manos el que quería preguntarle algo sobre el porvenir, pero Proteo podía adoptar todas las formas imaginables para escapar. La expresión "ser como Proteo" señala a una persona que cambia constantemente en sus opiniones y afectos.

Tabla de correspondencias de traducción de términos

término de Kant	traducción inglesa de John Goldthwait (1960)	traducción francesa de Bernard Lortholary (1980)	traducción italiana de Laura Novati (1989)	traducción española de Luis Jiménez Moreno (1990)	traducción española de Dulce María Granja (2004)
abenteurlich	adventurous	extravagant	stravagante	extravagante	temerario, extravagante
Aberglaube (Superstition)	superstition	superstition	superstizione	superstición	superstición
abgeschmackt	insipid	insipide	insulso	insulso	fastidioso
ächte Tugend	**genuine virtue**	**vraie vertu**	**virtù autentica**	**virtud auténtica**	**virtud genuina**
Achtung	respect	considération	rispetto	respeto	respeto
adoptirte Tugenden	adoptive virtues	vertus d'adoption	virtù adottive	virtudes adoptivas	virtudes adoptadas
albern	silly	niais	sciocco	necio	zonzo
alter Geck	**old dandy**	**vieux fat**	**vecchio bellimbusto**	**viejo fanfarrón**	**viejo verde**
annehmlich	agreeable	agréable	avvenente	agradable	agradable
Artigkeit	graciousness	amabilité	gentilezza	gentileza	amabilidad
aufgeblasen	conceited	suffisant	presuntuoso	engreído	petulante
Aufgeblasenheit	**conceit**	**suffisance**	**superbia, arroganza**	**engreimiento**	**petulancia**
Behutsamkeit	caution	prudence	prudenza	precaución	circunspección
Bescheidenheit	modesty	modestie	modestia	modestia	modestia
Bewunderung	wonder	admiration	meraviglia	asombro	admiración
buhlerische Neigung *(Coquetterie)*	**amorous inclination**	**propension galante**	**civetteria adescatrice**	**inclinación seductora**	**inclinación a seducir**
Eitelkeit	vanity	vanité	vanità	vanidad	vanidad

Tabla de correspondencias de traducción de términos

término de Kant	traducción inglesa de John Goldthwait (1960)	traducción francesa de Bernard Lortholary (1980)	traducción italiana de Laura Novati (1989)	traducción española de Luis Jiménez Moreno (1990)	traducción española de Dulce María Granja (2004)
Ekel	**disgust**	**repoussant**	**laidezza**	**repugnancia**	**repugnancia**
Empfindung	feeling	sensation	sensazione	sensación	sensación
Erhabenheit	sublimity	sublimité	sublimità	sublimidad	sublimidad
Fratze	grotesque	niaiserie	caricatura	esperpento	monstruosidad
Freundschaft	friendship	amitié	amicizia	amistad	amistad
Geck	**dandy**	**fat**	**bellimbusto**	**fanfarrón**	**fatuo**
Gefälligkeit	**complaisance**	**complaisance**	**compiacenza**	**amabilidad**	**complacencia**
Gefühl	disposition to pleasure or pain	faculté de sentir	attitudine di riceverne soddisfazione	sentimiento	facultad de sentir, sensibilidad, sentimiento
Gefühl für Ehre	sense of honor	sentiment de l'honneur	sentimento dell'onore	sentimiento del honor	sentimiento del honor
Geschlechterliebe	love between the sexes	amour sexuel	amore	amor sexual	amor sexual
Geselligkeit	sociability	sociabilité	socievolezza	sociabilidad	sociabilidad
Gleichgültigkeit (Indifferentism)	**indifferentism**	**indifférence**	**indifferenza**	**indiferentismo**	**indiferencia**
Grillenfänger	crank	songe-creux	acchiappanuvole	chiflado	maniaco
Hochachtung	esteem	considération	rispetto	respeto	elevado respeto
Hochmuth	haughtiness	hauteur	orgoglio	altivez	arrogancia
Hoffart	pomp	ostentation	superbia, arroganza	arrogancia	soberbia

Tabla de correspondencias de traducción de términos

término de Kant	traducción inglesa de John Goldthwait (1960)	traducción francesa de Bernard Lortholary (1980)	traducción italiana de Laura Novati (1989)	traducción española de Luis Jiménez Moreno (1990)	traducción española de Dulce María Granja (2004)
hübsch	pretty	joli	leggiadro	bonito	bonito
klug	**clever**	**intelligent**	**saggio**	**discreto**	**sagaz**
Kühnheit	**courage**	**hardiesse**	**ardimento**	**audacia**	**audacia**
Laffe	fop	freluquet	damerino	fatuo	dandi
langweilig	boring	ennuyeux	noioso	aburrido	insípido
läppisch	**trifling**	**fade**	**lezioso**	**ridículo**	**trivial, frívolo**
Laster	depravation	vice	vizio	vicio	vicio
Leichtgläubigkeit (Credulität)	credulity	crédulité	credulità	credulidad	credulidad
List	**artfulness**	**ruse**	**sottigliezza**	**astucia**	**astucia**
lose oder schalkhaft	loose or waggish	lousties ou mauvais sujets	maliziosi e libertini	disolutos o socarrones	pícaros o traviesos
Lust	pleasure	agréable	soddisfazione	placer	placer
Lustigkeit	**mirth**	**allégresse**	**allegria**	**regocijo**	**alegría**
Lustspiel	**comedy**	**comédie**	commedia	comedia	comedia
melancholischen	melancholy	mélancolique	malinconico	melancólico	melancólico
Mitleiden	compassion	pitié	compassione	compasión	compasión
Naivetät	**naïveté**	**naïveté**	**ingenuità**	**ingenuidad**	**ingenuidad**

Tabla de correspondencias de traducción de términos

término de Kant	traducción inglesa de John Goldthwait (1960)	traducción francesa de Bernard Lortholary (1980)	traducción italiana de Laura Novati (1989)	traducción española de Luis Jiménez Moreno (1990)	traducción española de Dulce María Granja (2004)
Narr	fool	sot	stupido	loco	fanfarrón, necio
Neigung	inclination	penchant	inclinazione	inclinación	inclinación
Pedant	pedant	pédant	pedante	pedante	pedante
Phantast	visionary	visionnaire	visionario	visionario	fantaseador
phlegmatisch	phlegmatic	flegmatique	flemmatico	flemático	flemático
Prächtige	splendid	magnificence	solenne	magnífico	magnífico, fastuosidad
rechtschaffenen	righteous	droit	onesto	íntegro	recto
Reichthum	wealth	richesse	ricchezza	riqueza	riqueza
Reinlichkeit	neatness	propreté	lindore	limpieza	limpieza
reizend	charming	charmant	affascinante	encantador	encantador
Rührung	stirring	émotion	commozione	afección	emoción
sanguinisch	sanguine	sanguin	sanguigno	sanguíneo	sanguíneo
Schamhaftigkeit	shame	pudeur	pudore	pudor	pudor
Scham	shame	honte	pudore	vergüenza	vergüenza
schön	beautiful	beau	bello	bello	bello
Schreckhaft-Erhabene	terrifying sublime	sublime de terreur	sublime-terrifico	sublime-terrible	sublime-terrorífico
Schwärmerei (Fanaticism)	fanaticism	fanatisme	fanatismo	fanatismo	fanatismo

Tabla de correspondencias de traducción de términos

término de Kant	traducción inglesa de John Goldthwait (1960)	traducción francesa de Bernard Lortholary (1980)	traducción italiana de Laura Novati (1989)	traducción española de Luis Jiménez Moreno (1990)	traducción española de Dulce María Granja (2004)
Schwermuth	melancholy	tristesse	malinconia	melancolía	melancolía
sinnliches Gefühl	sensory feeling	sensibilité	sensibilità	sentimiento sensible	emoción sensible
Stolz	pride	fierté	fierezza	orgullo	orgullo
Trauerspiel	tragedy	tragédie	tragedia	tragedia	tragedia
Trieb	impulse	instinct	impulso	pulsión	instinto
Tugend	virtue	vertu	virtù	virtud	virtud
Tugendschimmer	gloss of virtue	éclat de vertu	apparenza di virtù	reflejo de la virtud	lustre de virtud
Unlust	pain	non agréable	insoddisfazione	desplacer	desagradable
Verdienst	merit	mérite	merito	mérito	mérito
Verdruß	displeasure	déplaisir	dispiacere	desagrado	displacer
Vergnügen	enjoyment	plaisir	piacere	agrado	agrado
Witz	wit	esprit	spirito arguto	ingenio	ingenio
Wohlbefinden	well-being	bonheur	benessere	bienestar	bienestar
Würde	dignity	noblesse	dignità	dignidad	dignidad
Zärtlichkeit	tenderness	tendresse	delicatezza	ternura	ternura
Zoten	obscenities	grivoiseries	oscenità	obscenidades	obscenidades
Zufriedenheit	satisfaction	contentement	contentezza	contento	satisfacción



Bibliografía

Addison, Joseph. "Genius", *The Spectator*, núm. 160, septiembre de 1711, en Scott Elledge (ed.), *Eighteenth-Century Critical Essays*, vol. I, Ithaca, Cornell University Press, 1961, pp. 27-30.

Allison, Henry E. "Kant's Antinomy of Teleological Judgment", en Hoke Robinson, *System and Teleology in Kant's* Critique of Judgment, *Southern Journal of Philosophy*, núm. 30, vol. suplementario, 1992, pp. 25-42.

________. "Kant and the Objectivity of Taste", *British Journal of Aesthetics*, núm. 23, 1983, pp. 2-17.

Baumgarten, A. G., J. J. Winckelmann, M. Mendelssohn y J. G. Hamann. *Belleza y verdad. Sobre la estética, entre la Ilustración y el romanticismo*, trad. de Vicente Jarque y Catalina Terrasa, Barcelona, Alba Editorial, 1999.

Brandt, Reinhard. "Schönheit der Kristalle und das Spiel der Erkenntniskräfte. Zum Gegenstand und zur Logik des ästhetischen Urteils bei Kant", en R. Brandt y W. Stark (eds.), *Autographen, Dokumente und Berichte zu Editionen Amtsgeschäften und Werk Immanuel Kants*, Hamburgo, Meiner, 1994, pp. 19-57.

Burke, Edmund. *A Philosophical Enquiry into the Origin of Our Ideas of the Sublime and Beautiful*, ed. de J. T. Boulton basada en el texto de la 2ª ed., Londres y Nueva York, Routledge and Kegan Paul / Columbia University Press, 1958.

________. *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, trad. de Menene GraBalaguer, Madrid, Tecnos, 1987.

Carchia, Gianni. *Retórica de lo sublime*, Madrid, Tecnos, 1994.

Cohen, Ted. "The Relation of Pleasure to Judgment in Kant's Aesthetics", en R. M. Dancy (ed.), *Kant and Critique. New Essays in Honor of W. H. Werkmeister*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1993, pp. 117-124.

Cohen, Ted y Paul Guyer (eds.) *Essays in Kant's Aesthetics*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1982.

Coleman, Francis X. J. *The Harmony of Reason. A Study in Kant's Aesthetics*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1974.

Crawford, Donald W. *Kant's Aesthetic Theory*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1974.

________. "Reason-Giving in Kant's Aesthetics", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, núm. 28, 1969, pp. 505-510.

Danto, Arthur. *Beyond the Brillo Box: The Visual Arts in Post-Historical Perspective*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1992.

________. *After the End of Art: Contemporary Art and the Pale of History*, Princeton, Princeton University Press, 1997.

Dickie, George. *The Century of Taste: The Philosophical Odyssey of Taste in the Eighteenth Century*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1996.

Dumouchel, D. *Kant et la genèse de la subjectivité esthétique. Esthétique et philosophie avant la* Critique de la faculté de juger, París, Vrin, 1999.

Düsing, Klaus. "Beauty as the Transition from Nature to Freedom in Kant", *Nous*, núm. 24, 1990, pp. 79-92.

________. *Die Teleologie in Kants Weltbegriff*, Bonn, Bouvier, 1968 (Kantstudien Ergänzungshefte, vol. 96).

Elliot, R. K. "The Unity of Kant's Critique of Aesthetic Judgment", *British Journal of Aesthetics*, núm. 8, 1968, pp. 244-259.

Esser, Andrea. *Kunst als Symbol. Die Struktur ästhetischer Reflexion in Kants Theorie des Schönen*, Munich, Wilhelm Fink, 1997.

Forster, Eckart (ed.) *Kant's Transcendental Deductions: The Three 'Critiques' and the 'Opus postumum'*, Stanford, Stanford University Press, 1989, pp. 177-190.

Frank, Manfred. *Einführung in die frühromantische Ästhetik. Vorlesungen*, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1989.

________. "Kants Reflexionen zur Ästhetik. Zur Werkgeschichte der Kritik der ästhetischen Urteilskraft", *Revue Internationale de Philosophie*, núm. 44, 1990, pp. 552-580.

Fulda, Hans Friedrich y Rolf-Peter Horstmann (eds.) *Hegel und die* Kritik der Urteilskraft, Stuttgart, Klett-Cotta, 1990.

Funke, Gerhard y Thomas M. Seebohm (eds.) *Proceedings of the Sixth International Kant Congress*, Washington, D.C., Center for Advanced Research in Phenomenology, University Press of America, 1989, 2 vols.

Ginsborg, Hannah. *The Role of Taste in Kant's Theory of Cognition*, Nueva York y Londres, Garland, 1990.

________. "On the Key to Kant's Critique of Taste", *Pacific Philosophical Quarterly*, núm. 72, 1991, pp. 290-313.

Gracyk, Theodore A. "Sublimity, Ugliness, and Formlessness in Kant's Aesthetic Theory", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, núm. 45, 1986, pp. 49-56.

________. "Kant's Shifting Debt to British Aesthetics", *British Journal of Aesthetics*, núm. 26, 1986, pp. 204-217.

Gregor, Mary. "Baumgarten's *Aeshtetica*", *Review of Metaphysics*, núm 37, 1983, pp. 357-385.

Guyer, Paul. *Kant and the Claims of Taste*, Cambridge, EUA y Londres, Harvard University Press, 1976.

________. "Kant's Distinction Between the Sublime and the Beautiful", *Review of Metaphysics*, núm. 35, 1982, pp. 753-783.

________. "Nature, Art and Autonomy: A Copernican Revolution in Kant's Aesthetics", en Konrad Cramer, Hans Friedrich Fulda, Rolf Peter Horstmann y Ulrich Pothast (eds.), *Theorie der Subjektivität*, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1987, pp. 299-343.

Henrich, Dieter. "Hutcheson und Kant", *Kant-Studien*, núm. 49, 1957, pp. 49-69.

________. *Aesthetic Judgment and the Moral Image of the World, Studies in Kant*, Stanford, Stanford University Press, 1992.

Hume, David. "Of the Standard of Taste", en *The Philosophical Works*, ed. de Thomas Hill Green y Thomas Hodge Grose, Londres, 1882 [reimp. Aalen, Scientia, 1964].

Hund William B. "The Sublime and God in Kant's *Critique of Judgement*", *New Scholasticism*, núm. 57, 1983, pp. 42-70.

Juchem, Hans-Georg. *Die Entwicklung des Begriffs des Schönen bei Kant*, Bonn, Bouvier, 1970.

Kant, Immanuel. *Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y lo sublime*, trad. de Luis Jiménez Moreno, Madrid, Alianza, 1990.

________. *Observations on the Feeling of Beautiful and Sublime*, trad. de John T. Goldthwait, Berkeley, University of California Press, 1960.

________. *Osservazioni sul sentimento del bello e del sublime*, introd. de Guido Morpurgo, trad. de Laura Novati, Milán, Biblioteca Universale Rizzoli, 1989.

________. *Observations sur le sentiment du beau et du sublime*, trad. de Bernard Lortholary, París, Gallimard, 1980 (Bibliothèque de la Pléiade).

Kelly, Michael (ed.) *Encyclopedia of Aesthetics*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1998, 4 vols.

Kemal, Salim. *Kant and Fine Art. An Essay on Kant and the Philosophy of Fine Art and Culture*, Oxford, Oxford University Press, 1987.

Kennington, Richard (ed.) *The Philosophy of Immanuel Kant*, Washington, D.C., The Catholic University of America Press, 1985 (Studies in Philosophy and the History of Philosophy, vol. 12).

Kern, Andrea. *Schöne Lust. Eine Theorie der ästhetischen Erfahrung nach Kant*, Francfort del Meno, Suhrkamp, 2000.

Kneller, Jane. "The Interests of Disinterest", en Hoke Robinson (ed.), *Proceedings of the Eighth International Kant Congress, Memphis 1995*, Milwaukee, Marquette University Press, 1996, vol. I, part 2, pp. 777-786.

Kulenkampff, Jens. *Kants Logik des ästhetischen Urteils*, Francfort del Meno, Vittorio Klostermann, 1978.

________. "The Objectivity of Taste: Hume and Kant", *Nous*, núm. 24, 1990, pp. 92-110.

________ (ed.) *Materialien zu Kants* Kritik der Urteilskraft, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1974.

Lang, Berel. "Kant and the Subjective Objects of Taste", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, núm. 25, 1967, pp. 247-253.

Larère, Odile. "Sentiment esthétique et unité de la nature humaine", *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiqes*, núm. 55, 1971, pp. 432-464.

Lazaroff, Allan. "The Kantian Sublime: Aesthetic Judgment and Religious Feeling", *Kant-Studien*, núm. 71, 1980, pp. 202-220.

Lebrun, Gérard. *Kant et la fin de la métaphysique. Essai sur la* Critique de la faculté de juger, París, Librairie Armand Colin, 1970.

________. "La troisième *Critique* ou la théologie retrouvée", en *Proceedings of the Ottawa Congress on Kant, 1974*, Ottawa, University of Ottawa Press, 1976, pp. 297-317.

Lories, Danielle. "Du désintéressement et du sens commun. Réflexions sur Shaftesbury et Kant", *Études Phénomenologiques*, núm. 5, 1949, pp. 189-217.

Lyotard, Jean-François. *Die Analytik des Erhabenen* (*Kant Lektionen,* Kritik der Urteilskraft), Munich, Wilhelm Fink, 1994 [original en francés, París, 1991].

________. *Lessons on the Analytic of the Sublime*, trad. de Elizabeth Rottenberg, Stanford, Stanford University Press, 1994.

Makkreel, Rudolf. "Imagination and Temporality in Kant's Theory of the Sublime", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, núm. 42, 1984, pp. 303-315.

Martínez Marzoa, Felipe. *Desconocida raíz común (Estudio sobre la teoría kantiana de lo bello)*, Madrid, Visor, 1987.

Matthews, Patricia M. *The Significance of Beauty. Kant on Feeling and the System of the Mind*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1997.

________. "Kant's Sublime: A Form of Pure Aesthetic Reflective Judgment", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, núm. 54, 1996, pp. 165-179.

McCloskey, Mary. *Kant's Aesthetic*, Albany, State University of New York Press, 1987.

McFarland, John. *Kant's Concept of Teleology*, Edimburgo, University of Edinburgh Press, 1970.

Meerbote, Ralf (ed.) *Kant's Aesthetics*, Atascadero, Ridgeview Publishing Company, 1991 (North American Kant Society Studies in Philosophy, vol. 1).

Menzer, Paul. *Kants Ästhetik in ihrer Entwicklung*, Berlín, Akademie Verlag, 1952.

Mertens, Helga. *Kommentar zur ersten Einleitung in Kants* Kritik der Urteilskraft, Munich, Johannes Berchmans, 1973.

________. "Schiller und Kant", *Kant-Studien*, núm. 47, 1955-1956, pp. 113-147 y 234-272.

Meredith, James. "Last Stages of the Development of Kant's Critique of Taste", en James Meredith (ed.), *Kant's Critique of Aesthetic Judgement, Translated, with Seven Introductory Essays, Notes, and Analytical Index*, Oxford, Clarendon Press, 1911.

Möller, Joseph. "Die anthropologische Relevanz der Ästhetik", en A. Bucher, H. Drüe y T. Seebohm (eds.), *Bewußtsein, Gerhard Funke zu eigen*, Bonn, Bouvier, 1975, pp. 349-368.

Monk, Samuel. *The Sublime: A Study of Critical Theories in Eighteenth-Century England*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1960.

Morris, David. *The Religious Sublime: Christian Poetry and Christian Tradition in Eighteenth-Century England*, Lexington, Kentucky University Press, 1972.

Munzel, G. Felicitas. "'The Beautiful Is the Symbol of the Morally-Good': Kant's Philosophical Basis of Proof for the Idea of the Morally-Good", *Journal of the History of Philosophy*, núm. 33, 1995, pp. 301-329.

Nachtsheim, Stephan. "Vom Angenehmen, Schönen und Erhabenen. Bemerkungen zu Kants Lehre vom Ästhetischen", en R. Breil y S. Nachtsheim (eds.), *Vernunft und Anschauung. Philosophie-Literatur-Kunst. Festschrift für Gerd Wolandt zum 65. Geburtstag*, Bonn, Bouvier, 1993, pp. 211-236.

Nahm, Milton C. "'Sublimity' and the 'Moral Law' in Kant's Philosophy", *Kant-Studien*, núm. 48, pp. 502-524.

________. *Genius and Creativity*, Nueva York, Harper and Row, 1965.

________. "Productive Imagination, Tragedy and Ugliness", en *Proceedings of the Ottawa Congress on Kant, 1974*, Ottawa, University of Ottawa Press, 1976, pp. 268-279.

Parret, Herman. "Kant sur la musique", *Revue Philosophique de Louvain*, núm. 95, 1997, pp. 24-43.

________ (ed.) *Kants Ästhetik, Kant's Aesthetics, L'esthétique de Kant*, Berlín y Nueva York, Walter de Gruyter, 1998.

Petock, Stuart Jay. "Kant, Beauty, and the Object of Taste", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, núm. 32, 1973, pp. 183-186.

Pippin, Robert B. "The Significance of Taste: Kant, Aesthetic and Reflective Judgment", *Journal of the History of Philosophy*, núm. 34, 1996, pp. 549-569.

Rintelen, Fritz J. V. "Kant and Goethe", en Lewis W. Beck (ed.) *Proceedings of the Third International Kant Congress*, Dordrecht, Reidel, 1972, pp. 471-479.

Rogerson, Kenneth R. *Kant's Aesthetics: The Roles of Form and Expression*, Lanham, University Press of America, 1986.

Savile, Anthony. *Aesthetic Reconstructions: The Seminal Writings of Lessing, Kant and Schiller*, Oxford, Basil Blackwell, 1987.

Schaper, Eva. "Taste, Sublimity, and Genius: the Aesthetics of Nature and Art", en Paul Guyer (ed.), *The Cambridge Companion to Kant*, Cambridge: Cambridge University Press, 1992, pp. 367-393.

________. "Arguing Transcendentally", *Kant-Studien*, núm. 63, 1972, pp. 101-116.

________. *Studies in Kant's Aesthetics*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1979.

Scharader, George. "The Status of Teleological Judgment in the Critical Philosophy", *Kant-Studien*, núm. 45, 1953-1954, pp. 204-235.

________. "The Status of Feeling in Kant's Philosophy", en *Proceedings of the Ottawa Congress on Kant, 1974*, Ottawa, University of Ottawa Press, 1976, pp. 143-164.

Schüssler, Ingeborg. "Éthique et théologie dans la *Critique de la faculté de juger* de Kant", *Revue de Théologie et de Philosophie*, núm. 118, 1986, pp. 337-372.

Seel, Gerhard. "Über den Grund der Lust an schönen Gegenständen. Kritische Fragen an die Ästhetik Kants", en Hariolf Oberer y Gerhard Seel (eds.), *Kant. Analysen-Probleme-Kritik*, Würzburg, Köningshausen & Neumann, 1988, pp. 317-356.

Shier, David. "Why Kant Finds Nothing Ugly", *British Journal of Aesthetics*, núm. 38, 1988, pp. 412-418.

Souriau, Michel. *Le Jugement Réfléchissant dans la philosophie critique de Kant*, París, Librairie Félix Alcan, 1926.

Stolnitz, Jerome. "On the Significance of Lord Shaftesbury in Modern Aeshtetic Theory", *Philosophical Quarterly*, núm. 11, 1961, pp. 96-112.

Summers, David. "Why Did Kant Call Taste a 'Common Sense'?" en P. Mattick, Jr. (ed.), *Eighteenth-Century Aesthetics and the Reconstruction of Art*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 120-151.

Tatarkiewicz, W. *History of Aesthetics*, 3 vols., La Haya, París, Varsovia, Mouton-PWN-Polish Scientific Publisher, 1970-1974.

Tonelli, Giorgio. "La formazione del testo della *Kritik der Urteilskraft*", *Revue Internationale de Philosophie*, núm. 8, 1954, pp. 423-448.

Townsend, Dabney. "From Shaftesbury to Kant. The Development of the Concept of Aesthetic Experience", *Journal of the History of Ideas*, núm. 48, 1987, pp. 287-305.

Trede, Johann Heinrich. "Ästhetik und Logik. Zum systematischen Problem in Kants *Kritik der Urteilskraft*", en H. G. Gadamer (ed.), *Das Problem der Sprache*, Munich, Wilhelm Fink, 1967, pp. 169-182.

Tuvenson, Ernest. "Space, Deity, and the 'Natural Sublime'", *Modern Language Quarterly*, núm. 12, 1951, pp. 20-38.

________. "The Importance of Shaftesbury", *English Literary History*, núm. 20, 1953, pp. 267-299.

________. "Shaftesbury and the Age of Sensiblility", en Howard Anderson y John Shea (eds.), *Studies in Criticism and Aesthetics, 1660-1800*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1967, pp. 73-93.

Vollrath, Ernst. "Kants *Kritik der Urteilskraft* als Grundlegung einer Theorie des Politischen", en G. Funke (ed.), *Akten des 4. Internationalen Kant-*

Kongresses, Mainz 6.10. April 1974, parte II.2, Berlín y Nueva York, Walter de Gruyter, 1974, pp. 692-705.

Vorlander, Karl. *Kant, Schiller, Goethe*, Leipzig, Meiner, 1923 [reimp. Aalen, Scientia, 1984].

_________. "Goethe und Kant", *Kant-Studien*, núm. 23, 1919, pp. 222-232.

Vossenkuhl, Wilhelm. "Schönheit als Symbol der Sittlichkeit. Über die gemeinsame Wurzel von Ethik und Ästhetik bei Kant", *Philosophisches Jahrbuch*, núm. 99, pp. 91-104.

White, David A. "The Metaphysics of Disinterestedness: Shaftesbury and Kant", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, núm. 32, 1973-1974, pp. 239-248.

Whitney, George T. y David F. Bowers (eds.), *The Heritage of Kant*, Princeton, Princeton University Press, 1939.

Will, Frederic. "Cognition Through Beauty in Moses Mendelssohn's Early Aesthetics", *Journal of Aesthetics and Art Criticism*, núm. 14 , pp. 97-105.

Zammito, John H. *The Genesis of Kant's* Critique of Judgment, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1992.



Tabla cronológica de la vida y la obra de Immanuel Kant

1724, 22 de abril: nacimiento de Immanuel Kant en Königsberg como el cuarto de los nueve hijos del maestro artesano sillero Johann Georg Kant (nacido en 1682) y de su esposa Anna Regina (nacida en 1697)

1732-1740: estudios en el *Collegium Fridericianum*, dirigido por el pastor pietista Franz Albert Schultz (1692-1762), también profesor de teología de la Universidad de Königsberg; estudia los autores clásicos de la lengua latina

1737: muerte de su madre

1740, 24 de septiembre: se inscribe en la Universidad de Königsberg; estudios de matemáticas, ciencias naturales y física bajo la influencia del maestro wolffiano Martin Knutzen (1713-1751); también asiste a las clases de teología de Franz Albert Schultz

muere Guillermo I y sube al trono Federico II el Grande como rey de Prusia

1746: muerte de su padre; concluye sus estudios en la universidad; se sustenta impartiendo clases particulares

1748-1754: tutor privado de diversas familias de los alrededores de Königsberg: Judtschen, Arnsdorf y Rautenburg

1749: escribe su primer libro, *Pensamientos para una verdadera estimación de las fuerzas vivas* [*Gedanken von der wahren Schätzung der lebendigen Kräfte*]

1751: muere Martin Knutzen

1754: muere Christian Wolff

escribe dos ensayos: *Si la Tierra ha cambiado su eje durante sus revoluciones* [*Ob die Erde in ihrer Umdrehung... einige Veränderung erlitten habe*] y *Sobre la pregunta si la Tierra envejece*

desde un punto de vista físico [*Die Frage, ob die Erde peralte, physikalisch erwogen*]

1755: escribe *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo* [*Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels*]

12 de junio: obtiene el título de *magister* con la tesis *Sobre el fuego* [*De igne*]

27 de septiembre: obtiene el título de docente libre, *i.e.* la autorización para desempeñarse como docente universitario, con la tesis *Nueva exposición de los primeros principios de la metafísica* [*Principiorum primorum cognitionis metaphysicae nova dilucidatio*]

1756: de enero a abril escribe tres ensayos sobre el terremoto de Lisboa

8 de abril: concursa, sin éxito, para obtener la plaza de Martin Knutzen

10 de abril: sostiene la defensa pública de su disertación *Monadología física* [*Metaphysicae cum geometria iunctae usus in philosophia naturali, cuius specimen I. continet monadologiam physicam*]; con la presentación de este trabajo obtiene el cargo de profesor extraordinario de la Universidad de Königsberg

25 de abril: como anuncio de las lecciones que impartirá en el semestre de verano, publica *Nuevas observaciones para la explicación de la teoría de los vientos* [*Neue Anmerkungen zur Erläuterung der Theorie der Winde*]

1757: como anuncio de las lecciones que impartirá, publica *Resumen y anuncio del curso de geografía física con un apéndice sobre los vientos del oeste* [*Entwurf und Ankündigung eines Collegii der physischen Geographie, nebst Anhang…*]

1758, 22 de enero: ocupación de Königsberg por los rusos

como anuncio de sus lecciones del semestre de verano, publica su *Nuevo concepto doctrinal sobre el movimiento y el reposo* [*Neuer Lehrbegriff der Bewegung und Ruhe*]

diciembre: concursa, sin éxito, para obtener la plaza de Georg David Kypke

1759: como anuncio de sus lecciones de otoño, publica *Ensayo de algunas consideraciones sobre el optimismo* [*Versuch einiger Betrachtungen über den Optimismus*]

1760: publica sus *Pensamientos en ocasión de la reciente muerte del señor Johann Friedrich von Funk* [*Gedanken bei dem frühzeitigen Ableben des Herrn Johann Friedrich von Funk*]

1761: Martin Lampe, ex soldado del ejército prusiano, comienza a trabajar como criado de Kant (lo hara durante más de 40 años)

1762: durante julio termina la ocupación rusa en Königsberg

Jean-Jacques Rousseau publica *Emilio* y el *Contrato social*

Johann Gottfried Herder (1744-1803) se hace alumno de Kant y frecuenta sus aulas durante dos años

Kant escribe *La falsa sutileza de las cuatro figuras silogísticas* [*Die falsche Spitzfindigkeit der vier syllogistischen Figuren*]

1763: escribe dos obras: *El único argumento posible para apoyar la demostración de la existencia de Dios* [*Der einzig mögliche Beweisgrund zu einer Demonstration des Daseins Gottes*] e *Intento por introducir el concepto de magnitudes negativas en filosofía* [*Versuch, den Begriff der negativen Größen in die Weltweisheit einzuführen*]

1764: Kant rechaza el ofrecimiento para ocupar una cátedra de poesía

publica las *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* [*Beobachtungen über das Gefühl des Schönen und Erhabenen*]

publica, en tres entregas, en el *Diario erudito y político de Königsberg* [*Königsberger Gelehrte und Politische Zeitungen*], el *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza* [*Versuch über die Krankheiten des Kopfes*]

Kant recibe, de parte de la Academia de Berlín, el segundo premio por su ensayo *Investigación sobre la distinción de los prin-*

cipios de teología natural y moral [*Untersuchung über die Deutlichkeit der Grundsätze der natürlichen Theologie und der Moral*]; el primer premio fue otorgado a Moses Mendelssohn (1729-1786)

Johann Heinrich Lambert publica su *Nuevo Organon*

1765: Kant publica el *Anuncio de la organización de sus lecciones en el semestre de invierno 1765-1766* [*Nachricht von der Einrichtung seiner Vorlesungen in dem Winterhalbenjahre, von 1765-1766*]

empieza la correspondencia con Johann Heinrich Lambert

solicita el empleo de subibliotecario de la Biblioteca Real del castillo de Königsberg

Gottfried Wilhelm Leibniz publica sus *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*

1766: Kant publica sus *Sueños de un visionario esclarecidos por los sueños de la metafísica* [*Träume eines Geistersehers, erläutert durch Träume der Metaphysik*]

comienza la correspondencia con Moses Mendelssohn

abril: obtiene, como su primer empleo público fijo, el puesto de subibliotecario de la Biblioteca Real, el cual conservará hasta mayo de 1772

Moses Mendelssohn publica su obra *Fedón*

1768: publica *Sobre el primer fundamento de la distinción de las regiones del espacio* [*Von dem ersten Grunde des Unterschiedes der Gegenden im Raume*]

1769, octubre: recibe la invitación para ser profesor titular en la Universidad de Erlangen; pero como abriga la esperanza de obtener una cátedra en la Universidad de Königsberg, rechaza la invitación en diciembre

1770, enero: la Universidad de Jena lo invita como profesor titular

marzo: concursa para la plaza de profesor de lógica y metafísica en la universidad de su ciudad natal

21 de agosto: defensa pública de la disertación *Principios formales del mundo sensible y del inteligible* [*De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis*]; mediante la presentación en disputa pública de este trabajo, Kant se convierte en profesor titular regular de la Universidad de Königsberg

1770-1781: década del silencio; origen de la *Crítica de la razón pura* [*Kritik der reinen Vernunft*]

1770-1788: Karl Abraham von Zedlitz ocupa el cargo de ministro de educación de Prusia

1771: publicación de la reseña del libro de Pietro Moscati intitulado *De las diferencias corporales esenciales entre la estructura de los animales y de los hombres*

Johann Heinrich Lambert publica su *Arquitectónica*

1772: Kant abandona sus actividades de subibliotecario; expone por primera vez, en carta a Marcus Herz, las líneas fundamentales de su concepción de la *Crítica de la razón pura*

1775: publica, como anuncio de las lecciones que impartirá ese semestre, *Sobre las diversas razas humanas* [*Von den verschiedenen Rassen der Menschen*]

muere Christian August Crusius

1776: publica en el diario *Königsbergische Zeitung* el ensayo *Instituto Filantrópico de Dessau* [*Dessau Philantropinum*]

muere David Hume

durante el semestre de verano Kant ocupa el cargo de decano de la Facultad de Filosofía

1777: publica un nuevo ensayo sobre el Instituto Filantrópico de Dessau

Johannes Nikolaus Tetens publica sus *Ensayos filosóficos sobre la naturaleza humana y su desarrollo*

muere Johann Heinrich Lambert

1778: rechaza el ofrecimiento como profesor en la Universidad de Halle

mueren Voltaire y Jean-Jacques Rousseau

Gotthold Ephraim Lessing publica *Sobre la educación de la raza humana*

1779-1780: durante el semestre de invierno Kant desempeña, por segunda ocasión, el cargo de decano de la Facultad de Filosofía

1780: se convierte en miembro permanente del senado de la universidad; ocupará este cargo hasta 1804

1781, mayo: publicación de la *Crítica de la razón pura* [*Kritik der reinen Vernunft*]

1782-1783: durante el semestre de invierno Kant desempeña, por tercera ocasión, el cargo de decano de la Facultad de Filosofía

1783: publica los *Prolegómenos a toda metafísica del porvenir que pueda presentarse como ciencia* [*Prolegomena zu einer jeden künftigen Metaphysik, die als Wissenschaft wird auftreten können*]

reseña del libro de Schultz *Ensayo de doctrina moral para todo hombre independientemente de las diferencias religiosas*

diciembre: Kant adquiere una casa propia

Moses Mendelssohn publica *Jerusalem*

1784, noviembre: Kant publica en la revista *Berlinische Monatsschrift* su ensayo *Ideas para una historia universal en sentido cosmopolita* [*Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*]

diciembre: responde a la pregunta planteada por la Academia de Berlín "¿Qué es la Ilustración?" con el ensayo titulado *Respuesta a la pregunta ¿qué es la Ilustración?* [*Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?*]

muere Denis Diderot

1785: en enero y noviembre publica, en la revista *Allgemeine Literatur-Zeitung* de Jena, dos reseñas del libro de Johann Gottfried Herder *Ideas*

en marzo publica, en la revista *Berlinische Monatsschrift*, el ensayo *Sobre los volcanes de la Luna* [*Über die Volkane im Monde*]

en abril publica la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* [*Grundlegung zur Metaphysik der Sitten*]
en mayo publica, en la revista *Berlinische Monatsschrift*, el ensayo titulado *Sobre la publicación ilegal de libros* [*Von der Unrechtmäßigkeit des Büchernachdrucks*]
en noviembre publica, nuevamente en la revista *Berlinische Monatsschrift*, el ensayo titulado *Sobre la definición del concepto de raza humana* [*Über die Bestimmung des Begriffs einer Menschenrasse*]
Mendelssohn publica sus *Horas matinales*

1785-1786: durante el semestre de invierno Kant desempeña, por cuarta ocasión, el cargo de decano de la Facultad de Filosofía
tiene lugar la disputa entre Moses Mendelssohn y Friedrich Heinrich Jacobi conocida como "disputa del panteísmo"

1786, enero: Kant publica en la revista *Berlinische Monatsschrift*, el ensayo titulado *Presunto inicio de la historia humana* [*Mutmaßlicher Anfang der Menschengeschichte*]
en Pascua publica *Primeros principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza* [*Metaphysische Anfangsgründe der Naturwissenschaft*]
durante el semestre de verano Kant desempeña, por primera vez, el cargo de rector de la universidad
agosto: muere Federico el Grande
reseña del ensayo de Gottlieb Hufeland *El principio del derecho natural* [*Grundsatz des Naturrechts*]
Observaciones sobre el examen de Jacobi a las Horas matinales *de Mendelssohn* [*Bemerkungen zu Jakobis Prüfung der Mendelssohnschen* Morgenstunden]
octubre: publica en la revista *Berlinische Monatsschrift* el trabajo *¿Qué significa orientarse en el pensamiento?* [*Was heißt, sich im Denken orientieren?*]
septiembre: sube al trono Federico Guillermo II; Kant organiza el papel de la universidad en las festividades de ascensión al trono

7 de diciembre: Kant ingresa como miembro externo de la Academia de Ciencias de Berlín

1787: segunda edición de la *Crítica de la razón pura*

1788: aparece publicada a principios de año la *Crítica de la razón práctica* [*Kritik der praktischen Vernunft*]

en enero aparece en la revista *Der Deutsche Merkur* el ensayo *Sobre el uso de principios teleológicos en filosofía* [*Über den Gebrauch teleologischer Prinzipien in der Philosophie*]

semestre de verano: Kant desempeña, por segunda ocasión, el cargo de rector de la universidad

muere Johann Georg Hamann

9 de julio: primer edicto de Federico Guillermo II sobre religión

19 de diciembre: nuevo edicto sobre religión

1789: inicia la Revolución francesa

el escritor ruso Nikolai Karamsin (1766-1826) hace una visita imprevista a Kant, quien le brinda amable acogida durante tres horas

Karl Leonhard Reinhold publica sus obras *Sobre el destino de la filosofía kantiana* y *Ensayo de una nueva teoría de la facultad de representación*

Johann Schulz publica su *Examen de la* Crítica de la razón pura *de Kant*

1790: publicación de la *Crítica de la facultad de juzgar* [*Kritik der Urteilskraft*]

como respuesta a Johann August Eberhard, Kant publica *Sobre un descubrimiento según el cual toda nueva crítica de la razón pura sería inútil respecto de una anterior* [*Über eine Entdeckung, nach der alle neue Kritik der reinen Vernunft durch eine ältere entbehrlich gemacht werden soll*]

como parte de la obra de Ludwig Ernst Borowski intitulada *Cagliostro,* Kant publica el ensayo *Sobre el fanatismo y los remedios contra él* [*Über die Schwärmerei und die Mittel dagegen*]

Salomon Maimon publica su *Ensayo sobre filosofía trascendental*

1791: en el número correspondiente a septiembre de la revista *Berlinische Monatsschrift*, publica el ensayo *Sobre el fracaso de todos los ensayos filosóficos en la teodicea* [*Über das Mißlingen aller philosophischen Versuche in der Theodizee*]

Johann Gottlieb Fichte visita por primera vez a Kant

durante el semestre de verano Kant desempeña, por quinta vez, el cargo de decano de la Facultad de Filosofía

1792, 5 de marzo: se da a conocer un nuevo y más estricto edicto de obediencia en costumbres religiosas

abril: Kant publica en la revista *Berlinische Monatsschrift* el ensayo sobre *El mal radical* [*Von radikalen Bösen*]

14 de junio: se le niega el permiso para publicar en la revista *Berlinische Monatsschrift* el trabajo titulado *De la lucha del principio bueno contra el malo por el dominio del hombre*

Gottlob Ernst Schulze publica su obra intitulada *Enesidemo*

Johann Gottlieb Fichte publica su *Crítica a toda revelación* (considerada por el público, en un primer momento, como obra de Kant)

Francia se constituye como república

1793: en Pascua publica *La religión dentro de los límites de la mera razón* [*Die Religion innerhalb der Grenzen der bloßen Vernunft*]

en septiembre, en la revista *Berlinische Monatsschrift*, publica el ensayo *Sobre el antiguo dicho: "puede que esto sea correcto en teoría pero no vale en la práctica"* [*Über den Gemeinspruch: Das mag in der Theorie richtig sein, taugt aber nicht für die Praxis*]

Lewis White Beck publica su *Resumen explicativo de los escritos críticos de Kant*

Friedrich Schiller publica su obra intitulada *Sobre la gracia y la dignidad*

Luis XVI es guillotinado

1794: segunda edición de la *Religión dentro de los límites de la mera razón*

durante la primavera y el verano el rey emprende fuertes acciones restrictivas en materia de religión y culto

en la revista *Berlinische Monatsschrift* correspondiente al mes de mayo, Kant publica su ensayo *Algo de la influencia de la Luna sobre el clima* [*Etwas vom Einfluß des Mondes auf die Witterung*]

en la *Berlinische Monatsschrift* correspondiente al mes de junio publica *El fin de todas las cosas* [*Das Ende aller Dinge*]

en julio es nombrado miembro de la Academia Imperial Rusa de Ciencias de San Petersburgo

1 de octubre: Kant es amonestado por el rey

12 de octubre: Kant responde la carta del rey

Johann Gottlieb Fichte publica su *Doctrina de la ciencia*

se promulga en Prusia una nueva Ley General

Robespierre es guillotinado

1794-1795: durante el semestre de invierno Kant desempeña, por sexta vez, el cargo de decano de la Facultad de Filosofía

1795: publica *Para la paz perpetua* [*Zum ewigen Frieden*]

Friedrich Schiller publica sus *Cartas para la educación estética del hombre* y *Sobre la poesía ingenua y sentimental*

Friedrich Wilhelm Joseph Schelling publica *El yo como principio de la filosofía*

inicia la correspondencia con Friedrich Schiller

1796: se publica la segunda edición de *Para la paz perpetua*

en la publicación correspondiente al mes de mayo de la revista *Berlinische Monatsschrift* publica el ensayo *Sobre un tono elegante surgido recientemente en filosofía* [*Von einem neuerdings erhobenen vornehmen Ton in der Philosophie*]

julio: Kant abandona la actividad docente; imparte su última clase el 23 de julio

octubre: publica en la revista *Berlinische Monatsschrift* el ensayo *Solución a una disputa matemática* [*Ausgleichung eines auf Mißverstand beruhenden mathematischen Streits*]

diciembre: publica en la revista *Berlinische Monatsschrift* el ensayo *Anuncio de la próxima celebración de un tratado de paz perpetua en la filosofía* [*Verkündigung des nahen Abschlusses eines Traktats zum ewigen Frieden in der Philosophie*]

1797: publicación de *La metafísica de las costumbres* [*Die Metaphysik der Sitten*] con sus dos partes: *Primeros principios metafísicos de la doctrina del derecho* [*Metaphysische Anfangsgründe der Rechtslehre*] y *Primeros principios metafísicos de la doctrina de la virtud* [*Metaphysische Anfangsgründe der Tugendlehre*]

el 14 de junio los estudiantes de Königsberg organizan un homenaje por los cincuenta años de Kant como escritor

en la revista *Berliner Blätter* publica el ensayo *Sobre un presunto derecho a mentir por filantropía* [*Über ein vermeintes Recht, aus Menschenliebe zu lügen*]

10 de noviembre: muere Federico Guillermo II; Federico Guillermo III se convierte en rey

1798: se publica *El conflicto de las facultades* [*Der Streit der Fakultäten*]

publicación de la *Antropología desde un punto de vista pragmático* [*Anthropologie in pragmatischer Hinsicht*]

Kant ingresa como miembro de la Academia de Ciencias, Literatura y Arte de Siena

1799: en agosto publica en la revista *Allgemeine Literatur Zeitung* la *Declaración abierta acerca de la* Doctrina de la ciencia *de Fichte* [*Erklärung in Beziehung auf Fichtes Wissenschaftslehre*]

1800: gran debilitamiento físico; su antiguo alumno y pastor Ehregott Andreas Christoph Wasianski asume sus cuidados; algunos otros alumnos comienzan a organizar la publicación de sus lecciones;

en septiembre Gottlieb Benjamin Jäsche edita las lecciones de *Lógica* [*Logik*] de Kant

1802: Friedrich Theodor Rink edita las lecciones de *Geografía física* [*Physische Geographie*]

1803: Friedrich Theodor Rink edita las lecciones de *Pedagogía* [*Über Pädagogik*]

9 de abril: última carta de Kant

octubre: primer agravamiento de su estado de salud

muere Johann Gottfried Herder

1804, 12 de febrero, 11 horas: muere Kant

28 de febrero: Kant es sepultado

23 de abril: honras fúnebres en la universidad

mayo: Friedrich Theodor Rink edita el ensayo premiado *¿Cúales son los verdaderos progresos de la metafísica desde los tiempos de Leibniz y Wolff?* [*Über die Fortschritte der Metaphysik seit Leibniz und Wolff*], este ensayo había sido escrito en 1790

Índice analítico

absurdos 40/224
acción 20/216 21/216 25/218 44/226 51/229
admirable 74/239
admiración 5/209 8/210 9/210 10/211 30/220 51/229
adornos 14/213 39/224 50/229
Adrasto 31/220
afecto 31/221 37/223 66/236
afectuosa 35/222
afectuosidad 63/235
agrada (-ar, -an) 14/213 65/236 79/242
agradable (-es) 1/207 2/207 4/208 22/216 n43/226 54/231 62/234 66/236 92/248
Alcestes 31/220
alegra 34/222
alegre (-es) 11/211 31/220 49/229 76/241 82/243 90/247
alegría (-as) 2/207 4/208 5/209 12/212 28/219 30/220 34/222 56/232 58/233 66/236 74/240 101/252
alemán (-a, -es) 82/243 91/248 94/249 95/250
Alemania 84/244 99/251
Algarotti 52/230
alma (-as) 3/208 4/208 n10/211 19/215 28/219 42/225 46/227 56/232 57/232 72/239 73/239 75/240 76/241 77/241 85/245
altanería 58/232 58/233
altanero 94/249
alucinado (-os) 109/256
amabilidad 9/211 48/228 76/241 91/247
amable (-es) 9/211 19/215 20/215 n21/216 22/216 23/217 31/220 52/230 56/232 75/240 76/241
amablemente 35/222
amigo (-a, -os, -as) 10/211 18/214 34/222 37/223 56/232 59/233 91/247 93/249
amistad 5/209 11/211 22/216 32/221 33/221 63/235 n98/251 104/253
amistosamente 74/240
amor n6/209 10/211 11/211 12/212 21/216 n21/216 31/220 33/221 37/223 41/225 46/227 66/236 75/240 80/242 n89/247 92/248 95/250
amorosa (-os, -as) 72/239 84/244 105/254
Anacreonte 19/215
angustia n6/210
aparentan 79/242
aparente 59/233 96/250
apariencia (-as) 19/215 26/218 36/223 70/238 92/248
Aquiles 12/212
árabe (-es) 69/237 100/252
Argonautas 104/253
armonizar (-n) 19/215 28/219
arquitectura 8/210 83/244 107/255 108/255
arrogancia 93/249 94/249 98/251
arrogante 13/212 17/214 94/249 n94/249 95/249
arte n11/211 39/224 55/231 56/232 80/243 102/253 108/255
artes 83/244 85/245 88/246 110/256
atractivo (-a, -os) 52/230 65/236 66/236 70/238 73/239 105/254
Attakakullakulla 104/253
audacia 9/211 n87/246
audaz 12/212 13/212 n87/246 91/248
Bayle 3/208
bella figura 67/237
belleza (-as) 5/209 8/210 9/211 n16/214 23/217 24/217 26/218 27/219 30/220 38/223 41/225 46/227

47/227 48/228 51/229 57/232 65/236 69/237 70/238 73/239 83/244 84/244 105/254
bello (-a, -os, -as) 1/207 4/208 5/208 5/209 8/210 9/210 9/211 10/211 n11/211 11/211 12/212 14/213 16/214 19/215 20/215 22/216 23/217 24/217 25/218 28/219 29/220 30/220 31/220 33/221 34/222 38/224 39/224 40/224 42/225 47/228 48/228 49/228 49/229 50/229 51/229 52/230 53/230 55/231 n55/231 56/231 57/232 59/233 62/234 63/235 66/236 67/237 69/238 72/239 73/239 75/240 76/240 76/241 77/241 79/242 81/243 n81/243 82/243 83/244 84/244 85/245 86/245 87/246 n87/246 n88/246 90/247 92/248 93/248 95/249 104/254 107/255 108/255 110/256
bello sexo 47/228 50/229 52/230 53/230 54/230 56/232 57/232 59/233 60/234 61/234 63/235 73/239 74/240 78/241 n88/246 n88/247 90/247
benevolencia 20/216 21/216 23/217 32/221 36/223 37/223 85/245
benevolente 35/222
bondad 21/216 26/218 31/221 35/222 50/229 56/232
bondadoso (-a) 20/215 22/216 25/218 28/219 35/222 66/236 85/245
bonita (-o, as) 65/236 67/237 69/237 69/238 70/238
brilla (-ar, -an, aba) 5/209 n6/209 14/213 36/223 38/223 84/244 95/249
brillante (-es) 63/235 83/244
brillo 66/236 108/255 110/256
broma (-as) 2/207 9/211 11/211 11/212 12/212 16/214 61/234 62/234 84/244 87/246 90/247
bromista 10/211 66/236
burla 63/235 95/249 100/252
Canadá 107/255
carácter 11/211 16/214 19/215 27/218 27/219 28/219 29/220 32/221 33/221 35/222 40/224 48/228 49/228 50/229 54/231 n55/217 58/232 63/235 71/238 74/240 79/242 82/243 87/245 90/247 92/248 93/248 97/250 n97/250 99/251 101/252 102/252 103/253 105/254
caracteres 12/212 14/213 54/231 n81/243 85/245 n85/245
característico 29/219
ciencia (-as) 42/225 53/230 83/244 85/245 88/246 102/253 108/255 109/256 110/256
circasianas 69/237
cobarde 106/254
cobardía 104/254
cólera 12/212
colérico (-a) 29/219 36/222 36/223
color 36/222 65/236 67/236 103/253
comedia 11/212 12/212 84/244
compasión 13/212 20/215 n21/216 23/217 24/217 25/218 35/222 37/223 50/229
compasiva 28/219
complacencia 22/217 23/217 24/217 25/218 35/222 56/232
complacer (-en) 23/217 49/229 91/248
complaciente (-es) 22/217 61/234 87/246 92/248
complacientemente 79/242
comprensiones 3/208
conciencia 23/217 94/249
conscientes 53/230 67/237
conducen 20/215
conducta 22/216 23/217 37/223 38/223 47/227 78/241 94/249 95/245 106/254
confiado 12/212 80/242

confianza 14/213 98/251 99/251
conmover (-lo, -se) 67/237 30/220 55/231
conmovido (-os) 11/211 12/212 28/219 37/223
conmueve (-en) 5/209 8/210 17/214 42/225 44/226 66/236
conoce (-er) 34/222 37/223 54/231 55/231 61/234 91/248
conocimientos 52/230
contempla 41/225
contemplación 4/208
contemplativa 98/251
coquetería 13/212
Corán 101/252
corazón n6/209 n6/210 12/212 21/216 n21/216 22/216 23/217 25/218 26/218 28/219 32/221 33/221 35/222 41/225 46/227 55/231 56/232 63/235 65/236 66/236
cortés (-eses) 10/211 87/246 90/247 94/249 101/252
cortesía 10/211 37/223 89/247 107/225
credulidad 96/250
Cromwell 9/211
cruel (-es) 60/233 86/245 104/253
Châtelet 51/230
chillante 39/224
chinos 101/252
chiste 52/230
D'Alambert 90/247
Dacier 51/229
deber (-es) 20/216 21/216 56/231 80/242
débil (-es) *20/215* 34/222 45/226 n97/250 106/254
debilidad (-es) 17/214 24/217 53/230 56/232 93/248 95/249
decente 71/238 74/240 107/255
decoro 47/227 105/254
decorosa *13/213* 71/238
decorosamente 75/240
defecto (-os) 12/212 16/213 57/232 58/232 58/233 67/237 85/245 n94/249
delicado (-a, -os, -as) 4/208 13/212 29/220 41/225 46/227 49/229 52/230 56/232 63/235 64/235 68/237 71/238 n81/243 83/244 95/250 101/252 105/254
desagradable 63/235
desagradablemente 1/207 39/224
desdicha (-ado) 12/212 18/214 21/216
deseado 43/226
desear (-an) 69/237 110/256
deseo (-os) 22/216 25/218 29/220 84/245 92/248
desgracia (-ada) 35/222 n21/216
desprecia 34/222
despreciable (-es) 16/214 57/232 61/234 80/242 n78/241
desprecio 5/209 95/249 101/252
dichosa 71/238
dignidad 11/212 12/212 n21/216 23/217 27/219 33/221 47/227 77/241
diligencia 5/209
diligente 65/235 93/248
Dios n6/209
disgusto (-os) n17/214 72/239
disimula 35/222
displacer 1/207
disposición 25/218 67/236 67/237
domésticos (-as) 65/236 80/242 107/255
Domiciano 3/208
dulce (-es) 77/241 85/245 104/254
dulcemente 12/212
educación 49/228 *61/234 104/253* 110/256
educado (-a) 50/229 62/234 87/246
egoísmo 24/217 25/218 27/219
elegante 49/229 78/241
embellecer 69 237 75/240 76/240
emoción (-es) *4/208 10/211 13/212* 30/220 100/251
emociona 86/245

enamorado (-a) 1/207 37/223 71/238 75/240 86/245
encanta (-ar) n11/211 30/220 42/225
encantador (-a, -as) 22/216 25/218 40/224 46/227 49/228 65/236 66/236 76/241 82/243 84/244
encanto (-os) 5/209 31/221 44/226 48/228 51/229 52/230 53/230 57/232 58/232 59/233 62/234 63/235 64/235 74/239 76/241 77/241 79/242
engreimiento 67/237
ennoblece (-er, -erlo) 13/212 75/240 76/240 77/241 78/242
ennoblecidas 24/217
enternecido 21/216
entusiasmo 33/221 88/246 n98/251
Epicteto 42/225
esclavitud 54/231
esclavo 38/224
escultura 83/244 107/255
Esopo 72/239
España 98/251
español (-es) 82/243 85/245 86/245 93/249 95/250 100/252
especie humana 20/216 65/235
esperanza (-as) n8/210 73/239
esposa (-as) 31/220 56/232 76/241 91/248
estima (-ar, -arse) n8/210 10/211 14/213 33/221 63/235
estimable 15/213
estimación 23/217 35/222 38/224 63/235 94/249
estimado (-as) 29/219 91/248
estúpido 58/232
eternas n6/210
eternidad 5/209 9/210 n6/209 19/215
europeo (-os) 69/237 105/254
exageraciones 96/250
exagerado (-a) 39/224 60/234 94/249 n94/249 98/251 108/255
excéntrico 91/248
excesos 35/222 61/234 71/238
exquisita 63/235
extraño (-a, -os, -as) 17/214 33/221 54/231 86/245 90/247 n97/250 98/251 101/252 109/256
extravagancia 86/245 101/252 108/255
extravagante (-es) 16/214 18/214 18/215 34/222 39/224 40/225 82/243 85/245 86/245 96/250 98/251 100/252 101/252 104/253 108/255
fanático 98/251 99/251
fanatismo 33/221 96/250 98/251 99/251 n98/251
fanfarrón 17/214 39/224
fantaseador 16/214 34/222
fantasía (-as) 15/213 18/215 34/222 46/227 99/251
fantasioso 95/250
fascinación 30/220 31/221 41/225 63/235
fastidio 18/215 80/243
fastidioso (-os) 17/214 n78/241
fatuo (-os) 16/214 n17/214 75/240 77/241 n78/241
feliz (-ces) 2/207 n37/223 71/238 73/239
felizmente 109/256
femenino (-as) 50/229 68/237 79/242 106/254
feo (-os) 56/231 58/232 76/241
fetichista 103/253
fidelidad 12/212
figura (-as) 5/208 14/213 19/215 48/228 63/235 65/236 68/237 70/238 86/245 101/252
fina estampa 69/237 76/241
fineza 10/211 n43/225
fingido (-a) 35/222 38/223
fingimiento (-os) 33/221 38/224
fino (-a, -os, -as) 2/207 9/211 26/218

40/224 48/228 50/229 61/234 62/234 65/236 66/236 69/237 74/240 77/241 84/244
flemático (-a) 27/219 29/220 39/224 93/249 97/250
francés (-a, -es) 18/215 81/243 82/243 83/244 86/245 87/246 n87/246 n89/246 89/247 90/247 91/247 91/248 92/248 93/249 95/250 100/251 100/252
Francia 83/244 84/244 n87/247 n88/246
frialdad 70/238
fríamente 68/237
frío (-a) 21/216 36/223 37/223 51/229 55/231 65/236 83/244 90/247 92/248 94/249 97/250 100/251
frívolo (-a, -os) n21/216 28/219 60/234 89/247 90/247 99/251
generoso (-a) 31/220 35/222 53/230 56/232 100/252 104/254
geografía 52/230 54/231
georgianas 69/237
goces 30/220
Golconda n8/210
gran lama 18/215
Grandison 40/224
grosero (-os) 27/219 44/226 95/249
gusto (-os) 2/207 16/214 33/221 39/224 41/225 42/225 44/226 n43/226 53/230 54/231 55/231 57/232 64/235 n64/235 65/236 67/236 67/237 68/237 69/237 69/238 71/238 73/239 79/242 80/242 n78/241 82/243 82/244 83/244 84/244 85/245 n89/246 91/247 91/248 92/248 n94/249 95/249 95/250 96/250 98/251 101/252 105/254 107/255 108/255 109/256 110/256
gustoso (-as) 45/226 50/229
Haller 9/210
Hanway 13/212
Heráclito 21/216
hermosamente 65/236
hermosear 70/238 78/242
hermoso (-a) 11/211 41/225 55/231
hermosura 42/225
hindúes 101/252
hipócrita 38/224
historia 52/230 54/231 100/252 107/255 108/255 n87/246
Hogarth 18/214
Holanda 82/243
holandés (-a) 84/244 93/248 94/249
holgazán 21/216 23/217
hombre (-es) 2/208 5/209 9/211 12/212 14/213 20/215 22/217 23/217 25/218 26/218 27/218 29/220 31/221 32/221 34/222 40/224 44/226 45/226 45/227 n43/225 n43/226 53/230 56/232 57/232 59/233 60/234 62/234 64/235 65/235 67/237 68/237 69/237 69/238 70/238 73/239 74/240 75/240 76/240 76/241 77/241 78/241 78/242 79/242 80/242 n78/241 87/246 n89/247 93/248 97/250 99/251 100/252 106/254 107/255 109/256 n88/246
Homero 4/208 12/212 18/215
honor (-es) 18/215 25/218 26/218 29/219 38/224 39/224 46/227 60/233 86/245 93/249 95/249 103/253 104/254
honorable n17/214
honrado (-os) 85/245 104/253
horror 5/209 9/210
humanidad n6/209 n21/216 53/230
humano (-a, -os, -as) 1/207 2/207 n6/209 n8/210 15/213 17/214 21/216 n21/216 23/217 24/217 25/218 27/219 32/221 33/221 45/226 46/227 49/228 50/229 61/234 103/253 108/255 109/256
Hume 102/253
idolatría 103/253

imaginación 70/238 100/252
imaginarnos 8/210
impulso (-os) 20/216 24/217 26/218 29/220 31/221 45/227 46/227 47/227 55/231 57/232
inclinación (-es) 2/207 3/208 13/212 23/217 24/217 26/218 27/219 28/219 29/220 31/220 35/222 46/227 47/227 57/232 61/234 68/237 71/238 75/240 80/242 86/245 97/250 99/251 105/254
inclinación (-es) sexual (-es) 61/234 71/238 76/240 77/241 78/242
inclinadas 57/232
inclinar (-arse, -a) 53/230 90/247 100/251
inconstancia 28/219 30/220 31/221
inconstante (-es) 33/221 57/232 93/248 94/249
indiferencia n21/216 32/221 61/234 71/238 80/243 96/250 100/251
indiferente 1/207 90/247 94/249
Indostán 69/237
ingenio (-os) 9/211 18/215 19/215 44/226 57/232 62/234 84/244 89/247
ingenioso (-a, -os) 2/207 12/212 87/246 88/246 91/247
ingenuidad 38/224 40/224 76/241 84/244
Inglaterra 84/244 99/251
inglés 59/233 82/243 83/244 90/247 91/248 92/248 93/249 95/250 n96/249 101/252
injusticia 22/217 33/222
injusto (-os) 56/231 106/254
inmortalidad 19/215
insensibilidad 42/225
insensibles 29/220 105/254
instinto (-os) 24/217 46/227 61/234 64/235 68/237 77/241 105/254
intelectuales 3/208 42/225
inteligencia 16/214 17/214 34/222 50/229 52/230 66/236 84/244 97/250 n97/250
inteligente 17/214 31/220 37/223 n96/250 97/250
inteligible 17/214 87/246
interés 20/215 21/216 25/218 38/223 44/226 46/227 70/238
íntimo (-os) 67/236
italiano (-os) 81/243 82/243 83/244 86/245 95/250
japoneses 101/252
Jasón 104/253
joven 16/214 75/240 110/256
júbilo 5/209
justicia 20/216 21/216 25/218 35/222
juventud 14/213 50/229 74/240
Kepler 3/208
Klopstock 18/215
La Bruyère n10/211
lágrimas 21/216 35/222 57/232
leyes 35/222 104/253
libertad 33/221 54/231 62/234 79/242 102/253 104/253
libertinaje n64/235 71/238
Licurgo 104/253
limpias 41/225 49/229
limpieza 60/234
literatura 41/225
Lucrecia 60/233
lustre 26/218 29/220 32/221 39/224
magnánimo (-as) 11/212 57/232
magnífico (-a) 6/209 8/210 9/210 36/222 39/224 47/227 82/243 82/244
majestuoso 19/215
mandato 56/231
maniaco (-os) 16/214 n17/214 34/222 39/224 42/225
masculino (-a, -as) 16/214 48/228 49/228 50/229 54/231 55/231 56/232 59/233 63/235 66/236 75/240 77/241 78/241 79/242 90/247 107/255

matemática (-as) 19/215 88/246
matrimonial (-es) 72/239 79/242
matrimonio (-os) 65/235 91/248
melancolía 5/209 28/219 30/220 33/221
melancólico 12/212 18/215 28/219 30/220 32/221
memoria 53/230
menospreciarse 64/235
menosprecio 15/213
mérito (-os) 15/213 36/223 n43/225 45/227 76/241 77/241 78/242 88/246 104/254 n94/249 n97/250
metafísica 19/215 n87/246
Milton 4/208 n10/211 18/215
minucias 41/225
minuciosa 41/225
moda 32/221 38/223 77/241 100/251
modales 89/247
modestia 63/235
modesto (-a) 58/232 66/236
Monaldeschi 60/233
monstruosidad (-es) 16/214 18/215 19/215 39/224 101/252 105/254 108/255 109/256
monstruoso (-os) 16/214 18/215 34/222 102/252 108/255
Montesquieu 90/247
moral 24/217 25/218 27/218 27/219 34/222 42/225 44/226 47/227 49/228 53/230 54/231 59/233 62/234 65/236 66/236 67/237 70/238 77/241 79/242 87/245 n87/246 104/254 105/254 110/256
morales 12/212 19/215 27/219 29/219 29/220 40/225 55/231 61/234 70/238 85/245 93/248 105/254
moralmente 56/231 87/246
motivación 26/218
mujer (-es) n21/216 31/220 47/228 48/228 49/229 51/229 52/230 53/230 54/231 55/231 56/231 57/232 58/232 59/233 62/234 63/235 64/235 65/236 66/236 68/237 74/240 75/240 76/240 76/241 77/241 n78/241 78/242 79/242 80/242 86/245 87/246 88/246 n88/246 n89/247 91/247 101/252 106/254 107/255
música 41/225 n43/226 55/231 83/244
nación (-es) n81/243 83/244 84/244 85/245 n87/246 96/250 98/251 107/255
nacional (-es) 81/243 n81/243 82/243 88/246 90/247 93/249 96/250 100/251
natural (-es) 28/219 50/229 53/230 71/238 73/239 77/241 84/244 86/245 97/250 98/251 99/251 105/254
naturaleza 2/207 3/208 n6/209 12/212 15/213 16/213 16/214 20/215 23/217 24/217 27/219 31/221 32/221 33/221 36/223 39/224 45/226 46/227 47/227 49/228 50/229 51/229 53/230 61/234 64/235 71/238 72/239 75/240 76/240 77/241 78/242 79/242 82/244 85/245 97/250 98/251 n98/251 99/251 102/253 103/253 108/255
naturalmente 84/244 101/252
necio (-os) n17/214 40/224
negro (-os) 14/213 102/253 103/253 106/254 106/255
Newton 52/230
Ninon Lenclos 60/233
noble (-es) 6/209 n6/209 8/210 9/210 9/211 10/211 12/212 13/212 15/213 16/214 18/215 19/215 23/217 24/217 25/218 28/219 31/220 31/221 33/221 36/223 38/224 40/224 40/225 42/225 44/226 45/226 45/227 48/228 50/229 51/229 56/231 62/235 65/236 66/236 72/239 73/239 74/239 75/240 76/241 77/241

82/243 83/244 84/244 85/245 90/247 92/248 94/249 99/251 100/252 104/254 108/255 110/256 n88/246
noble porte 65/236
noble sexo 48/228
obscenidades 61/234
obstinación 32/221 91/248
obstinado 40/224
odia 33/221
odio 95/249
ofensa (-as) 13/212 33/222 39/224 50/229 57/232
ofensivo (-a) 59/233 60/233
opinión (-es) 25/218 32/221 35/222 37/223 n43/226 60/233 69/237 73/239 81/243 93/248
orden 56/231 64/235 73/239 77/241 80/242 84/244 98/251
ordenado 46/227 93/248
orgullo n8/210 93/249 94/249 98/251
orgulloso (-a) 85/245 94/249 104/253
Oriente 100/252 105/254
ornamentos 64/235
Ovidio 18/215
padre Labat 106/254
pasión (-es) 1/207 18/215 20/215 48/228 n64/235
pedante (-es) n17/214 77/241
Pekín n102/252
pena 21/216 80/243
penoso n11/211
persas 69/237 100/252
perversión 34/222
perverso 69/238
petulancia 94/249
petulante 95/249
pícaros 62/234
piedad n6/210 13/212
pintura (-tor) 4/208 36/223 47/227 83/244
placer (-es) 1/207 2/207 2/208 3/208 25/218 27/219 30/220 44/226 69/238 74/240 80/243 104/254 105/254 110/256
poema (-as) n10/211 19/215
poesía 84/244 107/255 108/255
porte 64/235
principio (-os) 18/215 20/216 22/216 23/217 24/217 24/218 25/218 26/218 28/219 30/220 31/221 32/221 34/222 38/223 45/227 52/230 56/232 61/234 70/238 79/242 80/242 91/248 n98/251 99/251
Providencia 19/215 24/217 25/218 56/232
pudor 61/234
pueblo (-os) 54/231 69/237 81/243 n81/243 84/244 85/245 n85/245 86/245 88/246 90/247 95/249 96/250 n96/250 99/251 102/252 103/253
pueril 35/222 40/224 80/242
raza 69/237
razón 12/212 34/222 52/230 n81/243 n89/246 98/251
razonamientos 53/230
refina (-aran) 55/231 67/237 72/239
refinado (-a, -os) 3/208 18/215 25/218 27/219 29/219 40/224 69/237 71/238 72/239 74/239 93/248 96/250 101/252 109/256
refinamiento (-os) 64/235 80/242 82/243
regla (-as) 20/215 23/217 46/227 53/230
religión 38/224 96/250 n98/251 100/251 100/252 101/252 103/253 109/256
religiosidad 96/250
religiosos (-as) n6/209 108/255
repugnancia 49/229 61/234
repugnante (-es) 59/233 106/254 108/255
respecto 36/223 39/224 61/234 n64/235 74/239 84/244 92/248 103/253
respeto 10/211 11/212 12/212 15/213 31/220 33/221 37/223 50/229

63/235 66/236 73/239 79/242 n89/247 91/247
Robinson 40/224
rostro (-os) 11/211 48/228 63/235 64/235 65/236 66/236 67/237 70/238 76/241
Rousseau n89/247
sah Nadir 13/212
salvaje (-es) 86/245 103/253 104/253 104/254 107/255
sanguíneo 28/219 34/222 37/223 38/223
sano 64/235 67/236 95/250
secreto (-os) 31/221 33/222 38/224 47/227 48/228 56/232 61/234 62/234 105/254 110/256
seducción 77/241
seducir 13/212 67/237
seductor (-as) 58/232 72/239
Seis Naciones 104/253
sencillez 14/213 39/224 63/235 74/239 95/249 108/255 110/256
sencillo (-a, -as) 8/210 9/210 9/211
sensación (-es) 1/207 3/208 4/208 8/210 11/211 68/237
sensibilidad 1/207 2/207 3/208 12/212 30/220 34/222 36/222 40/224 41/225 43/226 55/231 67/236 67/237 70/238 72/239 81/243 84/244 86/245 87/246 n89/247 93/248 95/250 110/256
sensible (-es) 4/208 28/219 30/220 35/222 38/223 50/229 83/244 85/245 86/245 87/245 87/246 104/254
sentimiento (-os) 1/207 2/207 3/208 4/208 5/209 10/211 n10/211 11/211 11/212 12/212 14/213 15/213 16/214 18/215 19/215 20/215 20/216 21/216 n21/216 22/216 23/217 24/217 25/218 26/218 27/218 27/219 28/219 29/219 29/220 30/220 32/221 33/221 34/222 37/223 40/224 40/225 42/225 n43/225 43/226 44/226 49/229 50/229 52/230 53/230 54/231 55/231 56/232 62/234 63/235 65/236 66/236 67/236 67/237 68/237 70/238 71/238 72/239 74/239 75/240 77/241 79/242 80/242 80/243 81/243 n81/243 82/243 82/244 83/244 85/245 87/246 90/247 92/248 93/249 95/249 96/250 97/250 98/251 99/251 100/251 100/252 101/252 102/253 103/253 105/254 107/255 108/255 109/256 110/256
sentimiento moral 24/217 27/219 34/222 53/230 54/231 67/237 77/241 110/256
señor (-a) 2/207 51/229 68/237 n89/246 102/235
señorita 60/233
señoritos 77/241
severamente 59/233
severidad 58/233
severo (-os, -as) 10/211 33/221 35/222 59/233 n55/231
sexo (-os) 2/208 47/228 48/228 49/228 50/229 51/229 52/230 53/230 54/231 55/231 n55/231 56/232 57/232 58/232 59/233 61/234 62/235 63/235 64/235 66/236 68/237 71/239 75/240 75/240 77/241 89/247 90/247 105/254 106/254
Simónides 77/241
simpatía 12/212 25/218 34/222 37/223
sincera (-os) 10/211 25/218
soberbia 93/249
soberbio 94/249 n94/249 95/249
soledad 6/209 n6/209 n7/210
soñadora 109/256
sublime (-es) 1/207 4/208 5/208 5/209 6/209 8/210 9/210 9/211 10/211 n10/211 11/211 n11/211 11/212

12/212 14/213 16/213 16/214 18/214 18/215 19/215 21/216 23/217 25/218 29/220 30/220 32/221 33/221 36/222 39/224 40/224 41/225 47/228 49/228 51/229 59/233 63/235 65/236 66/236 67/236 73/239 77/241 79/242 81/243 n81/243 82/243 83/244 84/244 85/245 87/245 87/246 92/248 93/248 98/251 100/251 103/253 107/255 108/255
sublimidad 11/212 12/212 36/222 76/241 n16/214
sufrimiento 34/222
superstición 86/245 96/250 99/251
supersticioso (-a) 96/250 97/250 98/251 99/251
Tartaria 7/210
temerario (-a) n89/247 91/248
temeridad 13/212
temor 28/219
temperamento (-os) 27/218 27/219 28/219 29/219 29/220 30/220 32/221 34/222 36/222 37/223 39/224
teología n87/246
ternura 11/211 20/215
terror 4/208 n6/209 n7/210
terrorífico (-a) 5/209 6/209 8/210 9/210 13/212
Tíbet 18/215
torpe 38/223 50/229
tragedia 11/212 84/244
tranquilo (-a) 30/220 34/222 40/224 63/235
tristeza n21/216 57/232
trivial 16/214 19/215 23/217 35/222 40/224 102/253 108/255
trivialidades 90/247 101/252
turcos 69/237
útil (-ès) 26/218 43/226 43/226 44/226 50/229 52/230 93/248
utilidad 41/225
valor 26/218 36/223 38/223 42/225 59/233 80/243 88/246 n94/249 100/252 101/252 104/253 105/254
vanidad 53/230 57/232 58/232 58/233 59/233 67/237 77/241 91/248 93/249 94/249
vejez 14/213 16/214 31/220
venga 88/246
venganza 13/212 33/222 104/254
Venus 4/208
veracidad 9/211 33/221
veraz 85/245 100/252 104/253
verdad 87/246 n87/246 n89/247
verdaderamente 42/225 107/255
verdadero (-a, -os, -as) 19/215 21/216 22/216 23/217 25/218 32/221 35/222 36/223 39/224 58/233 59/233 n97/250 106/254 107/255 110/256
vergüenza 25/218
vicio (-os) 12/212 22/217
vicioso 35/222
vida 30/220 73/239 79/242 80/242 86/245 98/251 109/256
viejo 75/240
viejo verde 16/214 35/222
violencias 109/256
Virgilio 12/212 18/215
virtud (-es) 9/211 18/215 19/215 20/215 n21/216 22/216 23/217 24/217 25/218 26/218 28/219 29/219 36/223 38/223 40/224
virtuoso (-a, -os, -as) 3/208 19/215 20/216 21/216 25/218 26/218 38/224 46/227 56/231
vivacidad 35/222 92/248
voluptuosidad 68/237
vulgar (-es) 27/219 29/220 36/223 44/226 61/234 72/239 97/250 98/251
zonzo 17/214

Índice



ESTUDIO PRELIMINAR
VII

Estilo y carácter de la obra
VII

La época y el contexto de las *Observaciones* en el conjunto de la obra kantiana
XVI

El sentimiento de lo bello
XXIII

El sentimiento de lo sublime
XLI

Las propuestas de Kant sobre el sentimiento de lo sublime
XLVII

Las propuestas de Kant sobre el sentimiento de lo bello
LXI

Consideraciones sobre la presente edición y traducción
LXX

Beobachtungen über das Gefühl des Schönen und Erhabenen

Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime
2

Erster Abschnitt
Von den unterschiedenen Gegenständen des Gefühls vom Erhabenen und Schönen

Primera sección
Sobre los diferentes objetos del sentimiento de lo sublime y lo bello
3

Zweiter Abschnitt
Von den Eigenschaften des Erhabenen und Schönen am Menschen überhaupt

Segunda sección
Sobre las propiedades de lo sublime y lo bello en el hombre en general
8

Dritter Abschnitt
Von dem Unterschiede des Erhabenen und Schönen in dem Gegenverhältniß beider Geschlechter

Tercera sección
Sobre la diferencia de lo sublime y lo bello en la interrelación de los dos sexos
29

Vierter Abschnitt
Von den Nationalcharaktern, in so fern sie auf dem unterschiedlichen Gefühl des Erhabenen und Schönen beruhen

Cuarta sección
Sobre las características nacionales en cuanto se basan en la diferente sensibilidad para lo bello y lo sublime
48

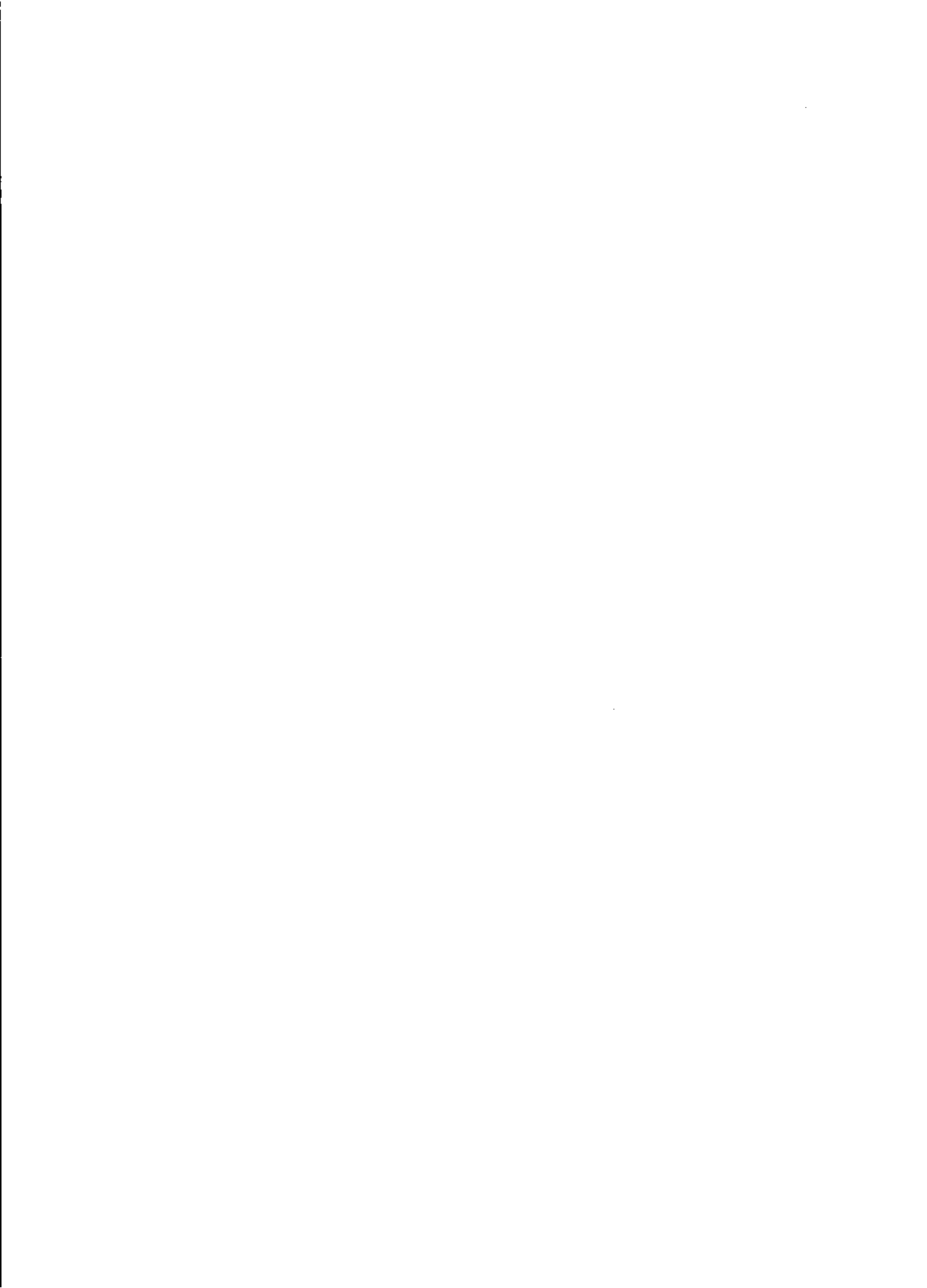
Notas a la traducción
LXXV

Tabla de correspondencias de traducción de términos
XCV

Bibliografía
CI

Tabla cronólogica de la vida y la obra de Immanuel Kant
CXI

Índice analítico
CXXIII



Observaciones sobre el sentimiento
de lo bello y lo sublime,
un volumen de la Biblioteca Immanuel Kant,
se terminó de imprimir en octubre de 2011
en los talleres de
Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA),
Calzada de San Lorenzo Tezonco 244,
colonia Paraje San Juan,
Iztapalapa, 09830 México, D.F.

En su composición se emplearon tipos de las familias
Bodoni BT, LWR Bodoni T medium y Griego ático II

Para la impresión de los interiores se usó
papel cultural de 75 g
y para los forros cartulina couché de 300 g

Esta edición consta de 3 100 ejemplares

El cuidado editorial estuvieron a
cargo de JUAN CARLOS RODRÍGUEZ AGUILAR



de tan magno proyecto sólo se cumplirá cabalmente si cuenta con la colaboración directa e indirecta de todas las personas que aprecian el pensamiento kantiano o sienten una genuina curiosidad por él; es decir, si se incorporan a esta iniciativa como estudiosos de los problemas y temas abordados por el gran filósofo de Königsberg o como lectores críticos de las páginas que contienen su filosofía.

Títulos publicados
en la Biblioteca Immanuel Kant:

Crítica de la razón práctica

Crítica de la razón pura

Los progresos de la metafísica

De próxima aparición:

Crítica de la facultad de juzgar

Antropología en sentido pragmático

Gran parte de los críticos de la filosofía moral kantiana, influidos por la interpretación que Hegel hiciera de ella, le han imputado sin motivo el cargo de concebir a los seres humanos como capaces de dejar a un lado todos sus intereses, sentimientos y deseos para actuar únicamente por respeto a una ley moral impersonal que nada tiene que ver con nuestro verdadero yo. Sin embargo, nada hay más alejado del verdadero carácter de la filosofía de Kant que esa interpretación dualista que separa lo racional de lo sensible, lo fenoménico de lo nouménico.

Ya desde este ensayo de juventud, Kant presenta a sus lectores la vital interrelación de las diversas facultades humanas, pues la vida es una experiencia infeliz cuando los sentimientos son menospreciados y es un gran infortunio la disociación entre sentimiento y razón. Kant nos mostrará que el sentimiento de lo sublime es la esencia del obrar moral y que el sentimiento de la belleza es, a su vez, símbolo de tal moralidad.

Es bien sabido que Kant abordó no pocos de los problemas más arduos de la historia de la filosofía en los campos especulativo y práctico; sin embargo, a menudo se olvida que también abordó asuntos menos difíciles de una manera elegante y oportuna, con un estilo ágil y ameno. El humor y el ingenio son empleados en las entretenidas páginas de este ensayo, casi más literario que filosófico, que se publicó ocho veces en vida de Kant y que, a juicio de los reseñadores de aquel momento, debía estar no sólo en los estudios y bibliotecas de los eruditos sino también en los tocadores de las damas.



www.fondodeculturaeconomica.com

